

ENTRE EL CONCHOS Y EL BRAVO

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Eduardo García Pando

ENTRE EL CONCHOS Y EL BRAVO

Eduardo García Pando



Colección
Soltar las amarras

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

 **@somoscreatura**

Diseño y maquetación

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

SINOPSIS

Estás a punto de iniciar un viaje a través del túnel del tiempo, recorrerás un gran espacio *Entre el Bravo y el Conchos*, los ríos más reconocidos en el estado grande de Chihuahua.

Prepárate para una aventura a campo traviesa por el desierto indomable ubicado en ambos márgenes de los ríos Bravo y Conchos, igual navegando por las aguas del Cañon del Pegüis, que explorando comunidades nacientes en condiciones adversas y que se aferran a la supervivencia. Paralelamente serás partícipe de las gestas armadas reconociendo a los personajes que dieron rumbo a nuestro estado y al país, a través de este libro recorrerás a pie, a caballo, o en carromato la historia, la geografía, la política tomado de la mano con personajes que forjaron una cultura en este desértico y vasto territorio ocupado tanto por tribus indígenas, como por mestizos, españoles y criollos, conocerás poblaciones y personas del lado americano que de una u otra manera son parte del entorno entre el Bravo y el Conchos. Transitarás por veredas acompañado siempre de algún ranchero, de un apache

o comanche, de un indio Julimes, un Concho o de un terrateniente, un militar o un misionero. Aprenderás a construir un presidio para resguardarte de las constantes incursiones de tribus nómadas, que al igual que los pobladores establecidos en la zona tienen necesidades básicas de supervivencia como tú.

Ésta es crónica histórica de un pueblo en el desierto lánguido de Chihuahua...Ojinaga. Te invito a recorrer su geografía hilvanando sucesos que marcaron el acontecer desde sus inicios y primeros asentamientos de los habitantes de esta desértica región, hasta nuestros días en la inhóspita y atrayente zona del antiguo mar de Tetis. En la exploración del libro encuentras; conchas, *amonites*, *trilobites* y *hasta nautilus*, que son algunos de los fósiles más fácilmente identificables en la región y que el libro describe donde se ubican, además de otras cosas por demás interesantes que irás descubriendo en la lectura.

En este volumen el autor dispone de fuentes fidedignas; documentos familiares, testimonios reales de la vida de antaño en la frontera, de entrevistas e investigaciones en sus largos recorridos por las comunidades e inmediaciones de los ríos Bravo y Conchos, igual conocerás de primera mano las

conversaciones con personajes de la vida familiar, social y política, las cuales explican de algún modo el ser e idiosincrasia, es decir los rasgos, temperamento, carácter, y distintivos propios que han acriollado a los diversos colectivos en las comunidades asentadas entre estos dos importantes ríos, afluentes que fueron la atracción de seres humanos que formaron nuestra cultura muy propia.

Adentrarse entre el Bravo y el Conchos es una aventura que no te puedes perder.

ENTRE EL CONCHOS Y EL BRAVO

Eduardo García Pando

PROLOGO

“Si ignoras lo que ocurrió antes de que tú nacieras, siempre serás un niño”. Cicerón.

Al poeta, novelista y filósofo español, Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana se le atribuye la frase; “*Quien no conoce su historia, está condenado a repetirla*”.

La filosofía de la historia nos dice que nada se repite, todo acontecimiento es nuevo. Las gestas armadas o conjuntos de hechos memorables han ocurrido solo una vez, y aunque puede producirse otra revolución parecida a la de 1910, nunca será la misma, porque intervienen otros factores, circunstancias, hechos y personas diferentes, aunque las condiciones sean las mismas, puesto que el hombre-hacedor de la historia- también es el mismo en esencia, pasiones y aspiraciones a través de todos los tiempos, ya que forzosamente se van creando efemérides de sucesión y no de repetición. Habrá pues, cosas y hechos parecidos, pero nunca iguales.

Hablar del autor de este libro, Homero García Gutiérrez, es hablar de historia, “Entre el Bravo y

el Conchos”, no es un texto más, es un libro que representa a la persona y personalidad del escritor, donde él narra magistralmente la sucesión de hechos que se construyeron en la actual Ciudad de Ojinaga y sus alrededores.

El *profe* Homero, como cariñosamente le decimos, dispone de un vasto conocimiento de historia, geografía y de las culturas e idiosincrasias de la región de Ojinaga, gracias a su insaciable ímpetu del saber y de compartir conocimiento.

Escribe este libro como una inquietud por dejar plasmado en letras un poco de las muchas horas de lectura, de caminatas, investigación y de charlas con personajes que tenían el deseo de contar sus anécdotas más memorables de la zona enclavada en medio de dos ríos, espacio que contiene un gran legado histórico y cultural.

El *profe* Homero García nace en Ojinaga, Chih., exactamente a la mitad del siglo pasado, maestro rural, docente en escuela Secundaria de su pueblo, locutor de radio, político, líder sindical, cronista, periodista y un largo etcétera en su vida, en los entornos de la frontera de Chihuahua, entre el Bravo y el Conchos, en esas pampas norteñas tan extensas y solas que aún conservaban las pisadas del búfalo;

se percibe la víbora que guarda su veneno; se avista el gavilán y se siente el viento en remolino. Se ven ahí los campesinos quemados por el recalcitrante sol, y sólo la lluvia temprana o tardía provoca ocasionalmente una sonrisa en sus labios; los días son difíciles. Como el coyote que persigue a la liebre, así los campesinos labran esmeradamente la tierra, esperando su cosecha en el desierto chihuahuense de Ojinaga.

Introducción

Jesucristo, como alfa y omega en la vida del ser humano, nos sorprende al escribir sin ser escritor; a narrar sin llegar quizá al conocimiento exacto de las cosas y a indagar en la historia, pero sólo si somos estudiosos de ella con la firme intención de subrayar la verdad. En esta obra los hechos se ciñen a la realidad, porque de lo contrario tendríamos que ubicarlos como leyenda, novela o algo curioso, y cada caso llevaría la aclaración respectiva de la vida social y cultural de un pueblo que nació en la Junta de los Ríos.

Con este libro, el lector podrá disfrutar la narrativa de los hechos que elegimos con el propósito de dar a conocer la cultura a las próximas generaciones, quienes estarán en su derecho de afirmar lo contrario y mostrar su verdad científica con el rigor que exige la ciencia histórica, al fin y al cabo.

garpa

El infarto social

Sorpresivos como impactantes llegan los acontecimientos difíciles a cambiar las vidas en los pueblos, porque el hombre, como motor de la historia, sigue empeñado en su afán de dominio y conquista hasta convertirse, según los romanos, en un lobo contra sí mismo.

Citemos ahora el caso de varias rancherías asentadas a lo largo del caudaloso y valiente río Conchos, que nace y muere en Chihuahua, a diferencia de otros que se van y entregan sus aguas en otros lados. Aquí, comunidades indígenas ven la llegada de hombres raros en su vestimenta, en su hablar y en sus costumbres, quienes se acercan en primera instancia con un trato amable, pero después cambian. Sin embargo, en 1715 logran imponerse hasta llegar a la confluencia de los ríos llamados Conchos y Bravo, o Región de la Junta –como la conocieron después–, con una espada y una cruz, símbolos de dos estados de poder europeo. Esta zona a la que nos referimos es en la actualidad el municipio de Ojinaga, en el estado de Chihuahua, México.

Corría el siglo XVII, cuando fray García de San Francisco vio lo risueño del paisaje de la Junta, con

su lomerío, jacales, sembradíos, el aire puro, los peces en el río y la algarabía de los jóvenes y viejos agricultores que hacían de ésta la comunidad más grande del poblado, con sus atractivos campos fértiles, que a causa de su belleza provocaban invasiones constantes por parte de otros grupos seminómadas con afanes de dominio.

Desde el pueblo más cercano de Julimes arribaron personajes como fray Andrés Ramírez, quien poco a poco se ganó la confianza de los naturales, introduciendo nuevos cultivos y costumbres, induciéndolos a una nueva fe católica por órdenes de sus superiores, indagando asimismo el modo de vida de las comunidades y la posibilidad de obtener fondos mineros que atrajesen el interés de la Corona española y la fundación de una Misión, como sucedió tiempo después.

Las mujeres aborígenes se empeñaban en cocer el maíz, la calabaza, el frijol y bayas que diariamente transformaban en alimento cotidiano, producto del fruto semi-agrícola y silvestre. Así comenzaba en estas comarcas el siglo XVIII.

Pero además de fray García de San Francisco, estaba fray Andrés Ramírez, quien fue el iniciador de la unificación regional de ocho rancherías en la

Junta. Según las crónicas del profesor Francisco R. Almada, se levantaron censos de población donde muchos de sus habitantes llevaban apellidos como Conejo y Coyote, entre otros, lo cual aprovechó el misionero para anteponer un nombre europeo, surgiendo así Juan Coyote, Pedro Cruz, Diego Conejo, María Colibrí, Juan Zabiata, etcétera.

Los pacíficos habitantes no salían de su sorpresa cada vez que el visitador les imponía cambios en su manera de vestir, en la comida y hasta en el modo de expresarse, que gracias a un indio ladino que medio entendía el castellano, lograban interpretar.

El trigo y el algodón pronto florecieron como medios de producción, ya que el clima los aceptaba bastante bien en la región, y con ello vendrían también muchos beneficios. Con el correr del tiempo y las aguas de los ríos, llegó el momento de solicitar al Real de San Francisco de Cuéllar (hoy Chihuahua) el envío de una avanzada franciscana y militar a estos lugares, para de ahí suavizar la idea del advenimiento militar en la persona del rico minero Juan Antonio Trasviña y Retes, quien calmara a los grupos indígenas conchos y jumanos, que se distinguían por ser los más bárbaros. En sus disputas territoriales, tanto jesuitas como franciscanos se repartieron lugares como las sierras para los

primeros y planicies y llanuras para los segundos, levantando un inventario de cuanto oían y veían en las “tierras de misión”, para el engrandecimiento del Imperio español.

La guerra que España sostenía en Europa exigía de sus colonias cada vez más divisas en oro y plata, que aligeraran sus arcas para dar al traste con las otras economías pudientes de la época como Francia e Inglaterra, las cuales amenazaban pisar con sus plantas el Continente Americano y competir con los hispanos; de ahí que el papado romano, con intereses económicos muy fuertes con los españoles, se convirtiera en un maridaje de beneficio común entre frailes y soldados. Con antelación había llegado otro clérigo a la Junta, el joven fray García de San Francisco, quien recorría desde la Misión de Guadalupe (Ciudad Juárez) hasta la Junta, siguiendo el curso del Río Bravo o Río Grande del Norte, pero sin dejar ningún establecimiento formal en la región. Aunque no hay antecedentes de alguna fundación en estos territorios, suponemos que su tenacidad sí influyó en las visitas a los aborígenes antes de 1680, ya que sus escritos hablan de sublevaciones de apaches contra establecimientos españoles.

Más al norte, los indomables apaches jamás aceptaron la sumisión y el vasallaje de los españoles,

no así los indios de la Junta, que sabían de estas noticias y se presentaron ante el general Domingo Jironza Petriz de Cruzate para solicitarle la paz, protección y alimento.

Juan Fernández de Mendoza levantó una especie de acta en junio de 1684, como posesión de estos terrenos que son en la actualidad Presidio, Tx., en nombre del rey de España, Carlos II –*el Hechizado*–, donde se exhibe este dato a la entrada de *Fort Leaton*, convertido en museo, aunque el Virrey de la Nueva España, el duque de Linares, reconoció más valedera el acta de posesión de 1715 certificada por Trasviña y los frailes.

En la Junta existía un indio ladino llamado Antonio de la Cruz, originario de este lugar, quien tenía fuerte influencia sobre los suyos al ser un astuto cacique que se hacía obedecer. Dicha influencia fue aprovechada muy bien por los españoles, quienes lo convirtieron en “General”, con el fin de manejar a los indios auxiliares que habían captado desde Rosales, Julimes, Meoqui y San Francisco de Conchos, siendo en este último lugar donde existió un presidio militar y donde se veían claras intenciones de fundar también un presidio, agregándose a esta tarea dos frailes más: Juan Francisco García y Gregorio Osorio, quienes junto con Andrés Ramírez –

que ya conocía el caminito–, guiaron la avanzada militar de Juan Antonio Trasviña y Retes, elegido por el virrey para tomar posesión del lugar y para que le informara de todo lo que ocurriera durante la travesía de Chihuahua a la Junta de los Ríos. Los conchos cultivaban maíz o sanate, como ellos lo llamaban.

Los ojos de la Iglesia y el virreinato fueron puestos en Trasviña por las riquezas que sus minas producían y la condescendencia que éste tuvo al pagar todo de su bolsa; fue así que sus inversiones en mulada, víveres, soldadesca, vestimenta, armamento, herramientas y hasta regalos para los indios, se hicieron a cambio de pasar a la historia como el fundador de la actual ciudad de Ojinaga.

Llegó a este territorio a los 58 años, como un buenazo, casado con Rosa Ortiz de Campos, y con cuatro hijas. Poseía cuatro minas ricas en producción, las cuales le valieron los títulos de “Alguacil del Santo Oficio de la Inquisición”, “Teniente de Gobernador” y “Capitán de la Nueva Vizcaya”, y en el ejército tenía el título de “Sargento Mayor”. Por títulos y dinero no paraba.

Su capital guio a los frailes que venían con la consigna de fundar un convento con su respectivo pre-

sidio; es decir, una obra grandiosa que protegiera el territorio del avance inglés y francés, que ya estaba fundando colonias y amenazando al poderío español en América.

Muchos indios, como los anchanes, los mimbres, los pajalmes y los chotomes, que vivían en lo que hoy es Cuchillo Parado, recibieron en el trayecto a Juan Antonio en forma pacífica; de ahí en adelante vieron lo imponente de la Sierra del Pegüis, pero su espíritu aventurero de buenos españoles, los impulsa a continuar hasta otra sierra que llamaron “De la Cruz”, porque ya conocían los cuentos de Cabeza de Vaca.

El 30 de mayo de 1715 avistaron el lugar a donde arribaron al día siguiente; el sargento mayor Trasviña ordenó dar descanso a la caballada y trazó el orden en que deberían entrar hasta la Junta; y según los informes del cura Andrés Ramírez, se afinaron las armas, se preparó la caravana y se mandaron avanzadas para recibir el día 1 de junio a Trasviña. Los indios formaron arcadas con ramas del río y flores que algunas indias trajeron. Los jumanos, patarabueyes, conejos, cíbolos, cacalotes y otros grupos indígenas, también se prepararon para dar la bienvenida a los extranjeros blancos, reuniéndose las ocho rancherías en la Junta, por ser la de mayor

población. Niños, jóvenes y adultos fueron obligados al recibimiento, los opositores también llegaron al lugar y pernoctaron en santa paz.

El anfitrión de estos indios era Pascual Ortega, otro gobernadorcillo que impone a los suyos aceptar sus órdenes, mientras Trasviña y su gente llegaban a caballo, tal vez pensando que hacía casi doscientos años había llegado Cortés a la Gran Tenochtitlan de la misma manera, sólo que aquel por calzadas y éste por lomas.

Atravesaron dos filas de indios, subieron las lomas altas hasta encontrarse con Ortega y Antonio de la Cruz, que esperaron a que Trasviña, con un poco de recelo, se apeara de su caballo y siguiera a pie flanqueado por sus soldados y auxiliares apercebidos de alguna sorpresa.

Nada desagradable sucedió; los caciques indios lo invitaron al centro del poblado, y Trasviña –previniendo a los suyos– ordenó recogerse al ocultarse el sol, sin salir a ninguna parte, a menos de que él lo autorizara. Andrés Ramírez, ya conocido, agradeció el recibimiento a los naturales y los invitaba para el próximo domingo 2 de junio a una ceremonia, donde el comandante de la expedición hablaría a todos los ahí congregados. Lo más importante sería la certificación que harían del Acta de Fundación,

acto que obligaba a los españoles a darle toda la formalidad de acuerdo con el protocolo español. Las familias indias se recogieron también, unos a sus casas y otros a preparar lo que los frailes les indicaban, instalando fogatas y centinelas en los cuatro puntos del lomerío, para protección de los recién llegados.

La tarde fue cálida, como el clima perdurable de esta región en pleno junio, aunque durante las noches soplaron brisas y se sentía el fresco del río con olor a jara mojada.

Los mosquitos fueron espantados por la humedad del mezquite y el guamis que quemaron los españoles al momento de cenar. Al día siguiente levantarían los autos de posesión.

El acta de sumisión con bandera tendida y arrebolada

Aquel domingo 2 de junio de 1715 amaneció soleado; la gente corría tratando de no perderse nada de lo que acontecería en la iglesia improvisada con adobe, jaras y un techo de tablas, mientras llegara otra construcción mejor. Ahí estarían los principa-

les y los intérpretes de la lengua, los gobernadorcillos, los capitanes, los frailes, los soldados y los hombres y mujeres de las rancherías, para oír lo que Andrés Ramírez recalcó una y otra vez: la obediencia. También que “escribieran” al virrey para que enviara más misioneros, sometiéndose a ellos y al mismo virrey en franca sumisión de dominio. Ramírez habló en castellano, que muchos entendieron por ser ladinos, y también les hablaron en su lengua, por conducto de Antonio de la Cruz.

Al parecer, los indios estaban contentos; salieron siguiendo a Trasviña hasta la casa donde se hospedó y donde también les dio un sermón, asegurándose de las obligaciones y vasallaje que debería tener todo el pueblo y las provincias cercanas hacia el rey. Este acontecimiento lo supo hasta el mismo visitador de presidios y minas, Juan José de Mazóni, quien intervino en el convento de Zacatecas y obtuvo un permiso permanente a favor de Andrés Ramírez, para que se quedase en la Junta como predicador y vigilante de que todo se respetara por parte de los indios sometidos.

Trasviña y Retes ordenó construir pequeñas balsas y canoas para reconocer el terreno a través del río; después –a su regreso– entregó a los indígenas carne, harina y vestidos al estilo español; también

camisas de ruan, florete, sedas, enaguas de sarga, paño de rebozo de seda, zapatos de cordobán y medias de seda, ya que muchos andaban casi desnudos. Esto significó más de 400 pesos y tabaco repartido entre los gobernadorcillos y caciques alegres como tejones en su madriguera. Se ordenó asimismo la construcción de un convento con paredes de adobe y con sus celdas para los religiosos; aunque la iglesia se goteaba, porque en aquel entonces sí llovía a cántaros.

El autor de estos apuntes ha recorrido en la actualidad estos lugares con arqueólogos, sacerdotes, profesores y políticos interesados en los restos de lo que ahí ocurrió en 1715, obteniendo datos localizables de los cimientos de piedra y lodo en el subsuelo de Lomas Altas de San Francisco; es decir, el poblado actual que conserva ese nombre y que originalmente fue llamado “Misión de San Francisco de la Junta de los Ríos Bravo y Conchos”.

Las escasas excavaciones hechas en este lugar afloraron en huesos, piedras de río y una ancha cimentación de la loma alta hacia abajo, con esqueletos humanos y huesos fragmentados con la posibilidad de la existencia de algún panteón. Se supone que el presidio militar de la Junta estaba amurallado con una capilla grande que aún hoy enseña par-

te de las enormes piedras de sus cimientos, sobre los cuales edificaron los nuevos dueños de esos lugares y conservaron parte de sus paredes. Cien años después, sería casa particular.

En 1715 nacía otra ciudad española en la geografía del territorio de la Nueva España, que exigía una fortificación mayor, al igual que otros puntos militares para que fueran vigilantes de las fronteras del virreinato y a la vez dieran mayor protección al avance español dirigido hacia el norte. El 2 de junio de ese año se firmaba y redactaba el acta por fray Gregorio Osorio y fray Juan Francisco García. Este documento existe amarillento y empolvado en un museo de Sevilla, en España.

El comandante Trasviña siguió explorando los poblados y preguntando por las minas; así llegó a otra ranchería de indios polames y cíbolos, en donde encontró 550 lugareños. Los púliques eran 92 y luego conoció a los indios conchos en número de 87.

Trasviña iba en su balsa anotando distancias, cerros, agujajes y posibles minas. Y aunque nadie pudo informarle ciertamente sobre ellas, sí supo de otras tribus apóstatas que robaban haciendas y rancherías que estaban también cerca del Río Bravo del

Norte, a donde continuamente llegaban. Juan Antonio Trasviña y Retes decide por fin retirarse a San Felipe el Real el día 5 de junio de 1715, portando valiosos documentos para el virreinato y dejando a los frailes custodiados por ocho soldados, algunos albañiles y otros carpinteros para ir edificando la fortificación, hasta convertirla en presidio militar.

En el trayecto a Chihuahua detiene su marcha para observar los antiguos manantiales de Coyame, lugar que le gustó para edificar el pueblo de Santiago de Coyame, planificando sus calles, su iglesia y una pequeña plaza frente al templo, también con el conocimiento de los indios moradores asentados en las laderas del cerro de donde brotan las aguas cristalinas desde su origen. Ahí conoce a Andrés Coyame, un indio que era el general de los cholomes.

El día 11 de junio por la tarde, Trasviña llega a Chihuahua como un gran conquistador de ciudades, sin perder ni un solo hombre y con grandes informes rendidos al virrey.

Los gastos de esa expedición nos hablan de seis mil pesos gastados de su propio peculio y con la promesa de enviar a los frailes de la Junta unos aros que sirvieran de cedazos para cernir harina, garbanzos, habas y árboles frutales que abundaron

en la región, así como el granado, el durazno, el ciruelo, higos y parras que empezaron a endulzar la gastronomía de los indígenas y la soldadesca. Los mestizos también empezaron a formar parte del nuevo estrato social de la Junta.

Trasviña falleció el 12 de septiembre de 1724, y tiempo después se tuvo un aumento en el consumo de ganado para el régimen alimenticio. También la actividad ganadera fue ganando terreno como lo habían previsto los colonizadores, y sólo algo espantaba el sueño a Trasviña: la falta de explotación minera, ocupación que por años le había distinguido en el Real de San Felipe.

El surgimiento del Presidio Militar del Norte hizo que los misioneros fueran cambiados y la aparente calma pronto se convirtió en un torbellino provocado por otros grupos indígenas indomables e imbuidos por enfrentamientos con tribus rebeldes más allá del septentrión; los españoles discutían sobre la jurisdicción civil en esa región y los indios se alzaron en contra de los españoles, ya que los obligaban a trabajar a cambio de muy poco pago, haciéndolos sentir abandonados a su suerte y con muchos enemigos al frente.

El rey Felipe V resolvió de manera tardía sobre el Real, ya que las tribus locales se hallaban

alzadas en plena rebelión, optando por apresar a los misioneros Andrés Baro y José de Aparicio, teniéndoles en largo cautiverio hasta la llegada del alférez José de Aguirre, quien vino desde Chihuahua para liberarlos y de nuevo lograr el sometimiento de la indiada, tanto de los locales como de los coyames. Hasta aquí no se sabe nada de frailes muertos por los indios en sus propias comunidades, como en la sierra; los tarahumaras y tepehuanes tomaban venganza sobre ellos al sentirlos aliados de un gobierno despótico que los explotaba, siendo esta la razón por la que fueron flechados muchos de ellos a quienes, con el tiempo, la Iglesia les dio calidad de mártires.

En los contornos entre Ojinaga y Presidio, Tx., todavía en la década de 1960 podían verse entre los matorrales cercanos al Río Bravo, tres tumbas de cantera con inscripciones de frailes en sus epitafios; de nuevo nos dirigimos mi padre y yo hacia el lado americano, frente al Cerro Alto –pasando el río–, para ver si era posible localizar aquellas tumbas enormes según me contaba, donde algunos que laboraron del lado americano, comían al mediodía, aprovechándolas como mesas para consumir el “lonche”; eso fue por algunos años, hasta que las grandes inundaciones, el vandalismo, la misma mi-

gración americana o tal vez personas interesadas, acabaron por quitar del lugar esas tumbas; lo cierto es que treinta años después ya nada pudimos encontrar, o los altos cercos de alambre nos impidieron llegar hasta ahí. Este relato pudo ser creíble, dado el interés de la Iglesia por ocultar lo más posible los cadáveres de aquellos que –llegados de muy lejos– morían por acá, así como para protegerlos de los indios alzados. La solución era sepultarlos en secreto y alejados del presidio.

La iglesia más antigua en Coyame data entre los años de 1720 y 1725, siendo el antiguo maestro albañil de apellido Ramírez, testigo de enterramientos de frailes empalados aún en los propios muros que afloraron en época reciente; él fue el encargado de restaurar ese templo en ruinas y junto con esto en la parte de abajo hacia el lado izquierdo de la nave central, un talacho del mismo obrero abrió involuntariamente un boquete que dejó ver hacia abajo escalones de barro macizo y piedra que no supieron a dónde conducían, porque al comunicarlo al Cura de ese tiempo, sin hacer comentarios ordenó tapar todo inmediatamente. Los cadáveres, apenas unos cuantos huesos de frailes, fueron encontrados en la parte de arriba con restos de

ropaje talar, propio de los religiosos de la Iglesia, enterrados de inmediato en el panteón.

Volviendo a la Junta, más de cuarenta familias acordaron salir del lugar hacia Julimes, no así el tesón de Baro y Aparicio, que siguió firme en el lugar hasta 1730, en que ya no fue posible permanecer por los incessantes ataques de los indios rebeldes. Otros más se fueron a Chihuahua buscando protección.

Ya en la Villa de Chihuahua aparecieron nombres como el general Marcos, el gobernadorcillo indio Pedro Porras, Bernardo José y otros, mientras sus lugares de origen quedaron totalmente en el abandono debido al miedo que sentían sus pobladores.

En 1752 el virreinato recibe al Conde de Revillagigedo, un personaje revoltoso que ordena repoblar las antiguas misiones inmediatamente, armar la milicia y obligar a sus antiguos pobladores a radicar en ellos, originando alborotos e inconformidad entre los indios vecinos que corrían horas de intranquilidad. Los encargados de ejecutar las órdenes de José de Barroterán eran José de Izazola y Fermín Vidaurri, quienes aplicaron la fuerza armada al máximo, restableciendo poco a poco la tranquilidad. Pero al ausentarse, volvían los sustos y la agitación entre los habitantes de los presidios.

Localmente, en la Junta de los Ríos se vivían días difíciles aún para las familias de los soldados, quienes eran poseedores de las armas. Sin embargo, con la llegada del capitán Manuel Muñoz de Castañeda, los naturales del lugar fueron mantenidos en orden con el apoyo de las operaciones militares contra los apaches y comanches que sembraban el terror. Todo mundo quería proteger su cabellera; sin embargo, llegó otro militar de refuerzo, el teniente Manuel Villaverde y Mantilla, con muchos habilitados y sargentos dispuestos a asegurar definitivamente la conquista y la paz en estos terrenos. Corría el año 1759 y con él vendrían nuevos acontecimientos.

Con la llegada de estos milicianos a la actual región de Ojinaga, quedaron establecidos sus apellidos hasta hoy, en atención al profesor Almada. Muchos de los militares que fueron reconocidos son: Lucas Contreras, Ramón Villa, Antonio Leyva, Juan Antonio Márquez, Manuel Villa Soto, Narciso Tapia, Miguel Góngora, Domingo Montiel, Vicente Ortega, Manuel Holguín, Pedro Torres, Manuel Marrufo, Pedro y José Sánchez, y Esteban y Julián Salazar, entre otros blancos que no pertenecían a las órdenes religiosas sino a los militares.

Fue en este año, 1759, cuando se toma el acuerdo

de trasladar el presidio militar de la Junta al Centro Histórico de la actual Ojinaga, llamado “Presidio de Santiago de las Amarillas”, en honor al virrey de la Nueva España, don Agustín de Ahumada y Villalón, virrey de las Amarillas. Esto pronto se convirtió en una fortaleza mayor que abarcaba un solar inmenso, siendo en la actualidad el Zócalo Municipal, la parroquia, la presidencia municipal y el viejo cuartel con el anexo de la panadería “La Francesa”, propiedad de la familia Hernández Silva, que antiguamente fue de la familia Spencer.

La construcción del presidio estuvo a cargo del alférez Pedro Lucero Godoy, quien construyó también una capilla castrense ocupando la compañía a cincuenta hombres y la cantidad de 13,359 pesos anuales pagados de la Real Hacienda.

Lucero Godoy movilizó gente que representara la mano de obra barata y de inmediato pensó en traer indios tarahumaras de la Misión de Santa Cruz de Tarahumaras (hoy Valle del Rosario).

El 22 de marzo de 1751 se celebró en la Ciudad de México la Real Junta de Guerra y Hacienda, donde en el punto número cuatro se toma el acuerdo de erigir y fundar un presidio en el paraje llamado “Los Pilares”, que diera seguridad a los terrenos que formaban una especie de triángulo geográfico entre la

Villa de Chihuahua, las misiones de la Junta de los Ríos (en el pueblo de San Francisco) y el Real Presidio de El Paso. La encomienda de la fundación del nuevo presidio fue asignada al capitán Alonso Víctores Rubín de Celis, quien recibió de la Real Caja seis mil pesos para la realización de dicha obra.

Debido a la dilación y falta de interés por parte del capitán Rubín de Celis para cumplir con la comisión de construir el presidio, fue hasta seis años después, en otra Junta de Guerra celebrada el 31 de julio de 1757, donde en el primer punto se pide al virrey que imponga al capitán un recordatorio para que cumpla con su deber. En esta junta también se determinó el cambio de ubicación del presidio, ordenando que se buscara el mejor lugar apropiado en el paraje de la Junta de los Ríos.

El 18 de agosto de 1757, el capitán Alonso Víctores recibió en su casa, de manos del escribano real, el decreto que lo obligaba a cumplir con la construcción del presidio, el cual firmó de enterado, pero siguió con el plan de dejar pasar el tiempo, aun a costa de perder privilegios.

Comprobada la serie de informes falsos y la desobediencia de dichas órdenes de construcción, el virrey y el capitán general de la Nueva Vizcaya,

Mateo Antonio de Mendoza, caballero profeso de la Orden de Santiago y Coronel de dragones de los reales ejércitos, ordenó que se suspendiera la comisión dada a Rubín de Celis y se le exigió que reembolsara los seis mil pesos a las cajas reales, que con mucha anterioridad había recibido.

El 7 de octubre de 1759, don Manuel Muñoz envía un memorial al gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya, en el cual hace el ofrecimiento de construir el nuevo presidio de la Junta de los Ríos Norte y Conchos, contribuyendo de su propio peculio con todo lo necesario para la construcción hasta terminarlo, con la única condición de que se le nombre capitán vitalicio de este presidio.

El 24 de noviembre de 1759, el gobernador Mateo Antonio de Mendoza acepta y emite el decreto, por medio del cual depone y suspende del cargo al capitán de armas, Alonso Vítores Rubín de Celis, por falta de cumplimiento en su obligación de construir el presidio de la Junta de los Ríos, hoy Ojinaga.

El 29 de noviembre de 1759, don Mateo Antonio de Mendoza otorga el nombramiento de capitán interino a Manuel Muñoz, para que se haga cargo de la compañía que estaba bajo el mando de Rubín de Celis, y con ella proceda a fundar el presidio en

la Junta de los Ríos. El contingente militar que integraba la compañía, comandada por Manuel Muñoz, se componía de los siguientes oficiales: teniente Manuel de Villaverde, alférez Juan Hidalgo, sargento Santiago Gómez y tres cabos: Jacinto Valverde, Manuel de Villa y Domingo Montiel, así como 42 elementos de tropa.

En cuanto a la localización del terreno donde se construyó el presidio, éste se ubicaba a la izquierda con rumbo al poniente, a una legua del Pueblo de San Francisco; hacia la derecha con rumbo al oriente a una distancia de cuatro leguas, el Pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe con 134 varas de frente y 83 varas de fondo.

El 13 de diciembre de 1759 dio inicio esta construcción que no era pequeña y que se llevó un año de trabajos cansados, hasta su término el 15 de diciembre de 1760, siendo don Sebastián de Guruceaga quien solicitara, a nombre del capitán Muñoz, la verificación de los materiales y la obra ya terminada para comprobar que se cumpliera lo prometido.

Descripción de la obra

Se le nombró “Presidio de Nuestra Señora de Bethlehem y Santiago de las Amarillas”, edificado en la Junta de los Ríos; constaba de una muralla con cuatro torreones, casa para el capitán, para el teniente y el alférez; una capilla, una tienda y setenta casas para los soldados.

Medía 134 varas de frente y otras tantas de fondo, con un corral independiente para la caballería que medía 64 varas de largo por 68 de fondo.

Los materiales usados en la construcción fueron 197 mil adobes de buena calidad secados al sol, una puerta principal de tres varas de alto y tres varas de ancho; 91 puertas de diferentes medidas, 88 ventanas en diferentes medidas y 3 215 morillos que se gastaron en la manufactura de los techos y las soleras.

Don Joseph Sáenz de Sagardia fue el ingeniero constructor y director de la obra de este presidio de la Junta. De toda esta construcción aún quedan las copias del plano original que se localizó en España.

Don Manuel Muñoz y Castañeda costeó con recursos propios la construcción y por tal hecho,

como se había acordado, se le nombró capitán interino de ese presidio –todo bajo la vigilancia de los españoles–, dándole carácter castrense dedicado a contener a los indios rebeldes que pululaban por todos lados y a vigilar los caminos.

El censo levantado en septiembre de 1760 por orden del mismo Muñoz, arrojó en el pueblo de San Francisco 72 habitantes; en San Juan, 187; en el pueblo de los Mezquites, 45 habitantes; y en Conejos (El Ancón) había 73 personas, siendo estos los poblados más numerosos con protección y vigilancia del presidio.

Algunas tribus que habitaron esta pacífica región fueron: en 1535, los indios jumanos; en 1581, los patarabueyes; en 1582, los abriaches; en 1715, los oposmes, los conejos y los venados, así como los otomancos u otomacos. En 1746 los mezquites, conejos y cacalotes; en 1760 los cholomes, de los cuales algunos de ellos junto a los tarahumaras traídos de Parral, ayudaron a la construcción del presidio; también cíbolos, púliques, tapacolmes, polacmes y los conchos, formando estos últimos la tribu más grande en la región, aunque se desconoce la fecha exacta de su ubicación en esta comarca. Pero de todos, los más belicosos y huraños eran los jumanos.

Los apaches, que no propiamente dormían en sus laureles, llegaron hasta estas nuevas construcciones atacando el 23 de julio de 1760, pero fueron rechazados y el soldado Lucas Contreras perdió la vida. Por esos días, el capitán Muñoz de Castañeda tiene un serio problema con las autoridades eclesiásticas, a causa de que un soldado desertor, llamado Juan Antonio Márquez, tratando de evitar el juicio sumario durante las diligencias, logra escapar de él, que era la autoridad militar. El reo se fugó corriendo y buscando refugio adentro de la iglesia, por lo que el capitán manda que lo saquen por la fuerza y lo traigan de nuevo al cuartel que estaba al lado del templo católico; en esos momentos, el capellán fray Fernando Izaguirre considera la actitud del capitán como un acto de desacato, según las costumbres de la época, motivo por el cual el religioso se dirigió al juez eclesiástico en Chihuahua, Pablo Tomás de Victorica, quien a su vez turna el caso hasta el gobernador Mendoza –que en esos momentos se encontraba en la Villa de Chihuahua–, por lo que ellos consideraban una violación a la inmunidad religiosa; un fuero y privilegio que con el tiempo, cien años después, acabarían las Leyes de Reforma.

En esos enjuagues estaban, cuando llega el co-

municado de que el reo Márquez sería trasladado a la iglesia parroquial Chihuahua, de donde había sido llevado para la conclusión de su causa, la cual llegó a los castos oídos del obispo de Durango, Pedro Tamarón y Romeral, consiguiendo al fin que el reo en disputa sufriera arresto de seis meses, obligándole a cumplir sentencia de servicio militar del presidio hasta el tiempo que le faltaba de su enganche; la causa en sí no se consideró grave, pero sí de mucho escándalo para esta época de cerrado oscurantismo religioso.

Con frecuencia, los indios norteros eran sacados a reforzar las guerras contra otros indios, según convenía a los militares jefes de los presidios.

En 1769 se encontraba en la Junta sólo la población indígena organizada para su defensa; otros indios rebeldes seguían atacando ranchos y haciendas.

En Coyame funcionaba el Presidio del Príncipe; en Manuel Benavides había el de San Carlos de Cerro Gordo, y más al norte el de Pilares, que con el tiempo fue cambiado a Coyame, por severas sequías.

Presidio de Santiago de las Amarillas

El término “Presidio” viene del latín *presídium*, aplicado a un lugar de guarnición o presidiendo un distrito militar. Los españoles aplicaron el primer concepto a un simple fuerte que mantenía dentro de él a personas, víveres, herramientas y granjas, incluso a su alrededor, con asentamiento indígena.

Estas fortificaciones aparecen cuando el gobierno español considera amenazantes a las tribus bárbaras del norte y a la protección de sus fronteras políticas. Desde 1570 el virrey Martín Enríquez estableció los cinco primeros en el centro del virreinato y después, por las revueltas de los tarahumaras, se establecieron en la Nueva Vizcaya; a estos se sumaron otros grupos indígenas rebeldes como los conchos, tobosos, cabezas, salineros, mamites, julimes, colorados, etcétera, siendo los tobosos los más aguerridos.

La región con mayores problemas fue Nuevo México, que obligó a muchos colonos españoles a refugiarse Río Bravo hacia abajo. En el Distrito de El Paso se levantaron apaches, sumas, mansos,

janos, pimas, seris y tepocas, lo que hacía pensar seriamente a los españoles que la conquista del norte sería mucho más difícil que la del centro de México, y así fue.

Estos ataques provocaron la fundación del Presidio del Norte en 1683, inicialmente debajo de El Paso por toda la frontera, siguiendo el curso del río hasta la Junta donde se amuralló el recinto de esa Misión con funciones propias de un presidio militar. A un capitán se le veía como patrón o comandante de lo militar, lo económico y social.

En 1685 aún no acababan las revueltas del norte cuando aparece el señor de La Salle con la firme intención de expandir el comercio francés y por qué no, de paso poner un ojo en la rica mina del norte de la Nueva España.

Tres años después de la llegada de Trasviña y Retes a estos contornos de la Junta, los españoles fundan un importante presidio en San Antonio de Béjar (1718), abarcando militarmente desde el centro al sur de Texas, lo que actualmente es el moderno San Antonio.

La vida social que se hacía en estos presidios no era agradable para nadie; sólo los jefes y oficiales de alto rango por medio de la corrupción, vivían

medianamente bien, pero el soldado de tropa, aunque era pagado con monedas de plata, no recibía en principio una paga en efectivo; desde el virrey, el capitán o los curas oficiales exigían una parte del salario que llamaron “quite”, por supuestos servicios y manutención. Y con el fin de mejorar la administración interna de los presidios, aparece en 1729 la primera ordenanza para regular los servicios.

Los capellanes de cada presidio se responsabilizan de ofrecer a los soldados su misa y darles sus días festivos, así como administrar los sacramentos, acompañar a la tropa en sus expediciones y cobrar hasta cierto límite, los matrimonios y servicios funerarios. En tiempos de guerra sus honorarios eran fabulosos.

Los soldados tenían que turnarse en las guardias; alimentaban caballos y se les prohibía vender armas, caballos o uniformes a los civiles; custodiaban a los oficiales, a los curas y a las recuas o caravanas de comerciantes; estos últimos proveían al presidio de harina, maíz, carne, chocolate, azúcar, mantas, armas, caballos, jabones, pieles, papel, material de costura, etcétera, aunque los contratos de compra-venta que resultaron más corruptos fueron de las mismas ordenanzas de regulación de precios.

El presidio que nos ocupa regionalmente es el del

Real Presidio de Nuestra Señora de Belén y Santiago de las Amarillas, comúnmente conocido como “La Junta” y también como “Presidio del Norte”.

Estas fortificaciones se modificaban según las circunstancias del momento o bien por la visión política en el cambio de gobierno de virreyes, visitadores o comandantes; éste fue el caso de muchos presidios y el de Las Amarillas no fue la excepción, ya que existió primero en Pilares una fortaleza que hoy en día aún se conserva con el mismo nombre y en la que es notoria la cimentación a flor de tierra. El trazo que tenía originalmente la construcción afloraba en parte del panteón. La capilla y algunas murallas fueron originalmente un banco plano en el sur del Río Bravo, exactamente a la mitad del trayecto entre El Paso y la confluencia de los ríos en Ojinaga. En 1757 fue cambiado a Julimes y regresado en 1773 a la Junta, con el fin de fortificarlo más, aumentando la población civil y militar, hasta ubicarlo en Coyame.

José de Gálvez es enviado al virreinato como inspector general, arrojando datos interesantes sobre los presidios. Primero se da cuenta que la corrupción seguía existiendo y como ejemplo menciona la venta de un caballo que era de cinco pesos y se lo vendían a los soldados en diez (reales). Exigió que

cada presidio debería situarse donde hubiera bastante agua y pastura, y por lo que respecta a este lugar, no había inconveniente en seguirlo moviendo, puesto que se encontraba entre dos ríos. Lo único que los ponía a pensar y a preocuparse eran las frecuentes incursiones de comanches, apaches y hasta seris que venían en hordas salvajes amenazando a los pobladores, provocando también la movilización del contingente del Presidio de Cerro Gordo hacia un poco más al norte, adecuándolo al lado derecho del Río Bravo con el nombre de San Carlos de Cerro Gordo (hoy Manuel Benavides).

Este presidio estaba situado aproximadamente seis millas arriba del gran arroyo que hoy se conoce como Arroyo “El Piélago”, de su confluencia con el Río Bravo, a casi once millas al sudeste de Lajitas, Tx., que fue ocupado en 1773. Su guarnición empezó a llegar en el verano de ese año, después de largas jornadas por tierras solitarias, agrestes montañas e indios silvestres.

El trajinar del Presidio de las Amarillas se dio desde el campamento de Pilares –que después fue llamado “Del Príncipe”–, ubicado a sólo 44 millas al sur de la población texana de *Van Horn*, el cual sufre la ocupación militar y civil en marzo de 1774, donde constantemente se desplazaban partidas o volan-

tas militares hacia El Carrizal, al sudoeste de Villa Ahumada y al de la Junta, aguas abajo del Río Bravo.

San Carlos de Cerro Gordo, La Junta y El Príncipe, llegaron cada uno a tener hasta 57 soldados y oficiales, así como diez exploradores que iban en busca de las huellas de apaches y mezcaleros que venían arreciando por todos lados; a ellos se suma otra rama de los apaches: los lipanes. Se sabe que a la Junta llegaron jefes como Victorio, Mangas Coloradas, Taralchi, Cojinillín y el mismo Ju, entre otros caciques que merodeaban los parajes.

La vida dentro de los presidios fue preocupante para el soldado que pensaba en la corrupción, la pobreza, su familia y la guerra; su salario era de 290 pesos y el llamado “Soldado de Cuera”, por su vestido de protección, llegó a cargar hasta ocho cueros de vaca sobre él para protección de flechas y lanzas; el salario variaba según el rango. La pobreza campeaba y algunas mujeres no salían por no tener ropa; sus hijos, también desnudos, estaban mal alimentados. La situación obligó a muchos a sembrar o tener poco ganado permitido, pero siempre cerca al presidio para su protección.

Los apaches mezcaleros aceptan al fin las condiciones de los españoles, sometiéndose por un

tiempo a vivir en paz, en las reservas, a cambio de protección y comida. Se asentaron con sus familias cerca del presidio en Ojinaga, empezando a edificar casas desde la parte baja de la ciudad hacia la Sierrita de la Cruz, lo más cercano a las aguas del río. Los españoles les entregaban carne, frijol y ropa, pero no querían trabajar en otra cosa que no fuera en sus casas. A extramuros del presidio empezó a poblarse una especie de colonia indígena, a la que poco a poco iban dándole forma de poblado. Corría el año 1782 cuando el Caballero de Croix viaja desde Janos a Galeana hasta llegar a Presidio de Pilares; opina que es inadecuado para un pueblo sostener así a la guarnición y decide trasladar ese presidio a 130 kilómetros al sur. Pensó en ubicarlo en Coyame, donde su Misión estaba totalmente abandonada; en la Junta no hizo ningún movimiento, pero en San Carlos, ese mismo año, cambió las tropas a la abandonada Hacienda de Chorreras (Chihuahua).

En el Presidio de las Amarillas la población crecía a 106 soldados, mientras que en Coyame subía a 76. Los de la milicia recibían manutención de la misma gente cercana y de la Hacienda Real. La tropa, con ayuda de algunos indios mansos, elaboraba adobes para amurallar el recinto militar, construir torres en las esquinas y corrales para los caballos;

citamos aquí el dato de unas excavaciones recientes en lo que fue San Carlos, que arrojaron como resultado el hecho de que fue el más grande, según sus dimensiones. A la fecha queda en pie sólo una gran tapia de adobe que tenía bastiones y corrales; un cuadrado de 127 metros en un perímetro de 508; El Príncipe fue el más pequeño, con tan solo 382 en derredor.

Los bastiones en el de San Carlos eran soportados por altos cimientos de piedra que tenían un espesor de setenta centímetros; tenía algunos cuartos hasta de 6.5 metros y todavía en la época de los años setenta del siglo pasado, pudimos apreciar estas habitaciones destechadas. El vandalismo y los buscadores de tesoros en ese lugar terminaron por acabar con su estructura o lo que quedaba de ella en ese tiempo.

La capilla estaba casi siempre a la mitad del lado interior de la muralla, cubierta con una o más capas de cal. Los reos eran sujetos con cadenas en calidad de presidiarios, obligados a trabajar muy duro, sólo a cambio de su comida; se les obligaba también a traer el agua desde donde fuera hasta el centro del presidio, guardándola en tanques de madera hasta de doce pies cúbicos.

En estos presidios, como en casi todos, la forma de distribuir las habitaciones era prácticamente igual. Por ejemplo, la bodega para guardar pólvora y municiones, y los portales y habitaciones de los jefes, casi siempre quedaban frente a la plaza del pueblo, lo que se hacía por estrategia militar de los españoles acuartelados a piedra y lodo.

Aun en sus soledades y melancolías, la soldadesca en el presidio se las arreglaba para pasarla bien; intercambiaban objetos, eran adictos a algunos vicios como la baraja, pero también leían, escribían y practicaban el tiro; nada de borracheras. Algunos tenían a su concubina y otros acosaban a las mujeres de los demás, cuando estos se encontraban en campaña. El número de féminas se fue incrementando en los presidios con las esposas, novias, concubinas o trabajadoras que ofrecían diversas cosas a los soldados; las de raza negra y las indias eran las que más preferían para el matrimonio, porque pensar en la dote de alguna mujer blanca, ¡ni para cuándo! Además, el permiso del casorio lo tenía que autorizar el mismo rey.

En 1788 muere el rey Carlos III, dejando como herencia el surgimiento de numerosos pueblos que se fueron formando alrededor de los presidios; sin duda un hecho histórico importante si se toma en

cuenta que fueron núcleos de población civil, que después originaron grandes ciudades.

Antes, en julio de 1779, una cédula real autoriza a las delegaciones de indios apaches mezcaleros que habían cooperado con las tropas europeas, a asentarse cerca del recinto amurallado; estos indios tenían como enemigos a los lipanes y salineros.

Solicitando ayuda y protección, los jefes de los mezcaleros temían una venganza; un tal Alonso; otro Domingo Alegre y otro llamado Patule y Juan Tuerto, estaban de acuerdo en poner a trabajar a su gente sembrando y construyendo casas para su propia comodidad. Los españoles estaban contentos y les dieron, además, ropa y regalos.

En octubre de 1779, llega al presidio llamado también “Del Norte”, el teniente Manuel Muñoz, discutiendo con ellos, pero permitiéndoles a la vez irse a cazar búfalos con el compromiso de volver; estos lugares eran llanos con pastos cercanos, desde lo que hoy es Marfa, Tx., hasta los contornos de los comanches, por lo que solicitaron un piquete de soldados para acompañarlos. Muñoz les entregó tabaco, cuchillos y comida para el viaje, y el jefe Alonso, muy astuto, todavía le sacó un buen lugar para asentarse con sus familias en una colina de un cuadrado de sesenta varas por cada lado. Ahí fa-

bricaron adobes y cortarían madera para que 44 personas ocuparan este lugar. Y en lo que había quedado casi abandonado de la antigua Misión de San Francisco, ochenta mezcaleros plantaban trigo, pero su suerte les duró poco tiempo y tuvieron que irse a otro lugar.

Entre la Sierrita de la Cruz y el Presidio en Ojinaga, se ampliaron los terrenos del caserío; los indios se dividieron en cuatro grupos, que vivían en aparente calma hasta que llegó la calamidad al poblado: una inundación del Bravo y el Conchos acabó con los sembradíos de maíz y los pobladores empezaron a abandonar el lugar y sus casas, que sumaban 113. Parece que desde 1780 este tipo de desgracias ha perdurado en Ojinaga hasta nuestros días. Curiosamente, las inundaciones se asocian con el número 8; por ejemplo, 1958, 1968, 1978, 1998, etcétera... hasta la del presente siglo en el año 2008.

Se va de ahí toda la indiada, menos la gente del jefe Alonso que permanece en ese poblado que llamaron “Buena Esperanza”.

Muñoz quiere impedir la huida, pero no consigue nada; recurre entonces a trabajadores españoles para seguir con las construcciones del caserío.

Por su parte, Croix convence a Domingo Alegre

para vengar la muerte de su amigo Juan Tuerto, a manos de los gilas, que lo asesinaron en las hostilidades que él mismo realizó cuando se fue del presidio. Los españoles tuvieron que seguir con las obras de construcción, sembrando y cultivando los campos, obligando a los hijos de los mezcaleros a cooperar con ellos; como salario ofrecieron tres reales diarios por una jornada, desde la salida del sol hasta la tarde.

Pronto llegaron otros indios mandados por Volante y Manuel Cabeza, incursionando en los combates; y aunque después abandonan el recinto, le sacaron al trabajo de campo en la siembra de granos para despejar y quemar la maleza, cazar y recolectar frutos silvestres y de paso que les impusieran el catolicismo como religión, bajo amenazas y látigo. Por esta razón empezó a escasear la mano de obra barata, y el presidio ya era insuficiente en mercancía para la manutención de las familias. Los indios se dieron cuenta de que no estaban hechos para vivir en ese cautiverio y prefirieron vivir de la cacería y la recolección en lugar de cultivar. Decidieron vivir separados y libres, y no bajo las órdenes de jefes y oficiales; pero cuando volvían esporádicamente y se acercaban al presidio, generaban inquietud entre ellos. Lo atrayente aquí era el mezcal, los dátiles,

las biznagas, las tunas, las pitahayas, los mezquites o chorupes, y el venado y el búfalo; es decir, atractivos ofrecidos por las montañas y llanuras cercanas al presidio; y mientras los comanches seguían considerando a todos los apaches como enemigos declarados, ellos seguían preparándose para curtir pieles y comida para el invierno.

Con el cambio de administración militar, en 1790 se llega a otro acuerdo de paz en el Presidio del Norte, regresando ocho partidas de mezcaleros decididos a poner de nuevo su residencia aquí; esto durante los siguientes tres años en que eran entre 230 o 250 guerreros, llegando hasta novecientos entre mujeres, hombres y niños, con ocho capitanillos al frente.

Al volver la convivencia, el comandante Pedro de Nava ordenó el sostenimiento de estas familias; trató bien a los jefes y les dio regalos, al estilo Hernán Cortés –simples baratijas que no tenían ningún valor, pero que los indios aceptaban gustosos, estimando de preferencia los espejuelos–. Se motivó a los soldados a convivir con los jóvenes indios para ir ganando confianza y les permitieron el uso de sus caballos; visitaban a conocidos en el presidio y se les expedían salvoconductos para protegerlos de las tropas españolas, aunque en realidad era una

forma de que volvieran a cierto grado de dependencia sobre ellos.

Cada mujer adulta recibía por semana una sexta parte de un quintal de maíz o trigo, tabaco, azúcar, sal y poca carne; esto se hacía cada lunes y estas mujeres indias –a cambio– cooperaban con sus hijos en la limpia de cultivos e irrigación de la tierra en las cosechas o moliendo maíz.

A este tipo de influencia llamémosle civilizada. Al mismo tiempo preveían la adopción a la cultura y religión española, aunque el trabajo mismo seguía siendo forzado y duro.

En la década de 1980, el doctor en arqueología, Charles Kelly, visitó Ojinaga asegurando ante testigos que le oíamos, que los cimientos del viejo Presidio de Ojinaga aún permanecen bajo edificios y el pavimento del Centro Histórico de esta población fronteriza, pero sin hacer ninguna excavación importante.

Las vacas americanas

Las grandes planicies con mucho pasto y maleza permitieron la supervivencia de “vacas” con cuernos chiquitos, como los describió el autor de *Naufragios y Comentarios*, el aventurero español Álgar Núñez Cabeza de Vaca. Su parecido con la vaca española casi coincidía, menos en su cornamenta, su pelo y su cabeza. El bisonte o búfalo americano dominaba por manadas estos entornos y los indios aprovecharon todo de este animal que casi quedó en extinción, gracias a los blancos, cuando aparece el ferrocarril atravesando las praderas americanas.

Los franceses le llamaron búfalo (buey) y los españoles, copiando a los indios, lo conocían por cíbolo, hasta aplicarlo a una mítica ciudad llamada Cíbola, según el fraile más mentiroso de la historia: Marcos de Niza.

El bisonte y el venado llegaron a ser el platillo fuerte de tobosos, cocoyomes, cabezas, conchos y otros familiares cercanos de los apaches a quienes les fueron preparando el camino para la cacería. En 1540, en el corazón del virreinato en la Ciudad de México, por las tardes frescas, don Antonio de Mendoza, el virrey, leía apasionadamente los rela-

tos escritos de las mil aventuras de Andrés Dorantes y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, compañeros del negro Estebanico y Alonso del Castillo Maldonado. Esa gente naufragó en la costa de la Florida, EUA, en la expedición de Pánfilo de Narváez en 1527 junto con Juan Ortiz y Lope de Oviedo; este último se quedó entre alguna tribu, casado con una india, y jamás volvió a ver a sus compañeros de naufragio. El virrey seguía sus lecturas y fue así como supo que Cabeza de Vaca y sus acompañantes se hacían pasar por brujos o curanderos para escapar de las tribus que los aprisionaban; una aventura casi mítica, pero en algo creíble; llama su atención el hecho de que estos náufragos dicen llegar a la confluencia de los ríos, que después llamarían “La Junta” (hoy Ojinaga), llegando primeramente a El Mulato, región de ese mismo municipio que se convertiría en el primer lugar en donde un blanco español ponía pie en tierras chihuahuenses, atravesándolas de oriente a poniente. Ahí, las tribus asentadas los trataron bien: los jumanos, los sumas, los mansos, los rayados, los chisos, los tobosos, los conchos y los julimes, andaban casi desnudos cultivando la calabaza y el frijol a orillas de los ríos. Sobre esto no hay duda por lo claro de su ubicación y las crónicas de historiadores serios que confirman esta versión de

su llegada a la Junta de los Ríos.

La travesía fue a pie, llamándoles la atención a los lugareños el color de la piel, sobre todo la del negro Estebanico, con color chocolate. Se entendían a señas, pero los ojos de Álvaro Núñez estaban en todo; especialmente en el ingenio de los jumanos para construir sus casas, excavando un medio metro de la superficie, aplanando y nivelando hasta edificar paredes con jaras y lodo del río, o una habitación comunal suficientemente térmica y provechosa que podía ser cuadrada u ovalada, con fuertes estacas en las esquinas, hasta techarlas con pieles del bisonte de la pradera norteña.

Sus cuerpos los rayaban con colores blancos, negros o cafés; usaron canales para que fluyera el agua a las plantas agrícolas; tenían un jefe o gobierno local y usaban a diario la lanza, la rodela de cuero, el arco y la flecha.

El peregrinaje de Álvaro Núñez lo hizo conocido y por méritos propios fue considerado como único en esa aventura que le llevó hasta Sinaloa. Tal vez sabía algo de curaciones; era muy apegado al catolicismo romano, y aunque muchos lo tacharon de blasfemo y fanático, su propósito era salir vivo de aquella odisea vivida a base de muchas zozobras en

el mar y luego en la parte desértica y montañosa de lugares inhóspitos no conocidos por ellos. Sufrieron esclavitud por parte de los indios y tuvieron que soportar el cautiverio por siete años, pero aún seguían soñando y avanzando hasta encontrar a sus coterráneos. Así, paso a paso estaban escribiendo una magna aventura en una increíble tragedia escrita no sólo en Chihuahua, sino en otros estados.

El ingeniero Víctor Mendoza Magallanes dice que el apellido Cabeza de Vaca suena curioso y posiblemente hasta ridículo, pero al conocer la historia de este apellido, nos damos cuenta de que su vida y su nombre se originan de un abuelo español, desde sus bisabuelos en Jerez de la Frontera en España. Tu vieron que pasar seis generaciones para que Álvar llegara como primer blanco a Chihuahua, introduciéndose por Ojinaga. Por eso su obra ha quedado plasmada en cuadros, libros, murales, pinturas, etcétera... por la curiosidad que despierta esta odisea. Muchos escudos y óleos fueron plasmados en torno a las familias con este apellido y emblemas del estado norteño de Chihuahua, que también lo adoptó.

De Ojinaga siguió el curso del río Conchos hasta el Papigochi, donde pájaros “picoslargos” le canturrearon al oído. Su suerte empezaba a cambiar,

aunque muchas opiniones difieren sobre la ruta, ya que algunos señalan que tardaría un año más en esa empresa para tener contacto con los suyos (1536). Estos relatos seguían entusiasmando al virrey Mendoza, quien pensó en abrir nuevas rutas hacia el norte del territorio, enviando después a Núñez Cabeza de Vaca, bien recomendado ante el propio emperador hispano. Allá en la metrópoli salió bien librado, nombrándolo el monarca “Distinguido Caballero de la Orden de Santiago y Calatrava”, designándolo también gobernador, capitán general y juez mayor de las provincias del Río de la Plata, títulos de los cuales gozó muy poco, debido a que en las tertulias y oficinas, el diablo metió la cola y empezaron las conspiraciones en su contra, todo con el propósito de ponerlo en contra del diabético rey Carlos V.

Los colonos envidiosos y esclavistas de la región de La Plata no soportaron el trato bondadoso que Cabeza de Vaca daba a los indios y no tardaron en amotinarse en su contra, asociándose con comenderos, comerciantes y mineros, hasta tomarlo preso y levantarle falsos testimonios con testigos comprados, acusándolo de revoltoso y traidor al rey; agravios muy delicados en ese tiempo que lo ataron de pies y manos, sin respetar sus títulos; las

cadenas eran lo único que lo sostenían. A las acusaciones se sumaron asesinatos y desmanes, y la cuantiosa fortuna se le vino abajo en los tribunales hasta aclarar su delicada situación. Luego de liberarlo, terminó sus días muy viejo, pobre y en total amargura contra la farsante monarquía española.

Se dijo que él era un hipócrita, falaz “protector de los indios”. Los conspiradores consiguieron pruebas, testigos y documentos que lo acusaban de querer independizarse de España y nombrarse rey en Argentina.

La Corona española sabía que al otorgar tanto poder a uno de sus súbditos, el diablo podía tentarle y alzarse en su contra; y parte de este escenario lo vivió en carne propia el conquistador de México, Hernán Cortés, con acusaciones que prosperaban sin poder evitar por lo menos ser investigado y llamado a la península como instigador y cometer perjurio. La traición le dolía hasta la médula.

El archivo de Indias en Sevilla da luz a muchos pasajes interesantes sobre este enjuto personaje; sin embargo, los historiadores, maestros y hasta doctores en la materia, opinan diferente sobre el fantasioso viaje de Álvaro Núñez y sus acompañantes. Lo que sí resalta en esta figura es el optimismo por no

desmayar ante una situación difícil, pues cuando su vida estaba de por medio, en cada momento la observación que hizo de las diversas tribus a donde llegó, dejaron un legado importantísimo para la historia y esto merece ser evocado.

La literatura, más que la historia, lo ubica como un mentiroso, contumaz y descarado que engañaba incluso al virrey. Se dice que fue también vanidoso, que quiso sacarle jugo a su aventura y obtener reconocimientos que al fin y al cabo consiguió; en fin, fue un exagerado que con su fabulosa riqueza de Cíbola y Quivira, entusiasmó la imaginación de otros ambiciosos que llegaron después a estos contornos nortños, atraídos por supuestas riquezas, aunque otros aseguran que él nunca dijo tal cosa. De ahí nació un mito que sería comprobado cuando se exploró Nuevo México, donde se hablaba casi de un paraíso mucho mayor que el que Cortés había saqueado del Imperio Mexica y acá se afirmaba que había minas y oro por montones. Decían que de este último había hasta en los muros de las casas, lo que ocasionó que la región fuera conocida como “El Dorado”.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, de niño vivió en casa de su abuelo don Pedro de Vera y Mendoza Salazar, muy distinguido en la corte; de él aprendió

muchos relatos que quizá de adulto y aprovechando la situación, quiso hacer realidad.

Otro rasgo importante que menciona en *Naufragios...*, es que dice –según Álgvar Núñez– que con los indios “se entendían”. Al hacer alusión al lenguaje, señala que en la Junta, por ejemplo, hablan atabasco. Y desde la actual ciudad de Ojinaga y por todo lo largo del río, este dialecto o idioma se parecía al vascongado y al de los apaches. La teoría del paso del hombre por el Estrecho de Bering podría ser de mayor aceptación, con la posibilidad de que esa lengua fuera muy antigua y perdurara en esos lugares; el grupo lingüístico en este caso tendría raíces similares al vasco y mientras tanto, colonos, aventureros y oficiales de la milicia española introducían su culturización entre los distintos grupos de indios en esa confluencia de ríos. El aspecto del manejo del caballo lo aprovecharon los astutos tobosos, convirtiéndose así en los más guerreros y peligrosos; tanto, que para 1644 ya competían con los españoles, atacándoles sus haciendas, robando y asolando las caravanas. Los movimientos eran más lejanos y rápidos; lo mismo incursionaban hasta Parral, y a su regreso pasaban el Bravo y atacaban a otras tribus más al norte. Pronto se les unieron los salineros, julimes y colorados.

El polvo de estos lugares que siempre ha sido sofocante; el calor agotador y la sobreexplotación, fueron provocando enfermedades que antes no se conocían. Los frailes cada vez les exigían más apego a las costumbres católicas que ellos no comprendían bien; las ceremonias, los muebles de las casas, las costumbres, cruces en las puertas, la crianza de gatos, perros y gallinas... y hasta el petate fue suplido por una cama; hasta el tesgüino –aún es conservado por algunas familias– les fue prohibido, todo bajo la amenaza del látigo y la anatema. Poco a poco los malos tratos esclavizantes iban creando descontento en aquellas almas que vieron tristemente perdida su libertad, tierras y salud; la tuberculosis empezaba a cobrar sus primeras víctimas, las cuales eran sepultadas en subterráneos, quemándolas y ofreciendo las cenizas y huesos al sol.

El presidio exigía trabajo forzado, tipo encomienda o repartimiento; sistema de esclavismo inhumano surgido de los abusos de los españoles y solapado por la Iglesia.

Los conchos, tan prolíficos, pronto se habrían extinguido; los otros indígenas los seguirían después reduciendo en número cada vez mayor.

En San José de Parral, por ejemplo, las florecien-

tes minas pedían más mano de obra barata; los españoles organizaban subastas de hombres y mujeres que capturaban de los mismos indios y negros, viniendo hasta la Junta de los Ríos incursionando como esclavistas hambrientos de riqueza para poder satisfacer a su antojo esa mano de obra requerida. A los indígenas se les redujo a servidumbre por diez años seguidos, mientras el negro estaba postrado de por vida como esclavo.

Los indios conchos o conchas, por su afición a buscar conchas en el río, fueron los primeros en tener contacto con los españoles; esta tribu fue de las más extendidas en el estado de Chihuahua; en la Junta practicaron cultivos de calabaza, maíz, frijol y bayas de los mezquites. Los ancones fértiles del Bravo y el Conchos se prestaban para esto; su vestimenta consistía en faldones tejidos con la fibra de vegetales y aprovecharon también las pieles del venado y el conejo, mientras seguían pescando sus conchas, que muchas había en el río. Eran de los más prósperos económicamente.

El río toma su nombre originalmente como Río de las Conchas; sus riberas eran atrayentes con nácares vistosos. Vertiente con caudal enorme, aguas cristalinas con peces, patos, etcétera... todo impresionó al español, quien quiso nombrarlo “Río Ebro”,

pero no prosperó ese nombre. Geográficamente lo hacen un punto estratégico para las milicias y caravanas que después llegarían hasta el Nuevo México.

Toda esta región era sana, prácticamente virgen; las lluvias eran frecuentes, sin contaminación. Ni los vendavales fuertes de marzo y abril molestaban a sus moradores; los fríos y heladas del norte tampoco hacían mella en las rústicas viviendas enjarradas con lodo y barro de río; fue el hombre mismo que con su barbarie y fanatismo dio al traste con esas tribus, siendo los conchos quienes desaparecieron primero; las minas y molindas provocaron su emigración forzada a otros fundos como Santa Bárbara y Parral.

Los conchos ya estaban hartos de los blancos y los frailes; tanto, que en 1645 buscaron alianza con otros grupos para atacar las Misiones y guarniciones españolas. Estos reaccionaron “calmándolos” a sangre y fuego. Los tobosos, aquellos que tenían fama de antropófagos, pusieron a prueba su crueldad uniéndose a los atacantes; en Tabalaopa asaltaron los carros españoles que iban a Nuevo México y muchas tribus del desierto se alzaron contra los agravios de los hispanos; los curas proponían al gobernador que la solución estaba en exterminar a los indios o enviarlos a obrajes en Puebla o México en

colleras; los españoles criticaban a los misioneros de muchos abusos en contra de los indios, obligándolos a trabajar gratis como servidumbre las tierras de la Misión en todo lo que el Cura necesitara; se les azotaba si no obedecían o faltaban a los servicios religiosos; les pedían renunciar al tesgüino y sus costumbres. Y como ya comentábamos, se les quitaron sus libertades; ni siquiera podían ir o venir a algún lado, a menos que fuera con la anuencia del religioso que en algunos casos estaba confabulado con los ricos mineros o encomenderos para enviarles indios que los esquilaban, con su respectiva gratificación para el fraile.

La paciencia de los indígenas se fue agotando ante una supuesta evangelización: “Curioso caso –dice Zacarías Márquez Terrazas– el de los españoles que ni siquiera en la guerra dejaban de preguntar sobre la existencia de minas”. Por parte de las Misiones Católicas, cita este mismo historiador chihuahuense el caso de una Misión por la región de Satevó, “donde se enseñaba español a los indios y tocaban instrumentos musicales para servicio del templo; los frailes exigían sus cocinas y anexos para los huéspedes; una gran troje o galera; un molino de trigo bien montado y viñedos, todo pegado a la casa del Cura; un amplio huerto con hortalizas

y árboles frutales con cercas de adobe. La Misión tenía sus tierras con cultivos de algodón y legumbres, y en otra propiedad se cultivaba frijol y había varios sitios de ganado mayor; las cosechas eran abundantes con producción de muchas fanegas de maíz; yuntas, arados e indios trabajaban los sembradíos de los religiosos católicos que los tomaban a su servicio”.

Llegaron a tener más de trescientas cabezas de ganado en vacas, chivos, caballos, mulas, etcétera... los ornamentos de culto en la Misión consistían en bordados de plata, comulgatorios metálicos de esa calidad, imágenes y retablos dorados; custodias repujadas con piedras preciosas y ciriales de plata dorada. Todo esto habla de la voracidad de los curas y de un negocio emprendido por la Iglesia a costa del sudor y sufrimiento de los indígenas en todo México.

Las innumerables quejas en contra de los jesuitas no tardarían en surtir efecto en las cortes españolas, obligando al rey Carlos III a decretar su expulsión de todo el territorio de la Nueva España en 1767. Los que finalmente –como siempre– quedaron sin opinión ni bienes, fueron los indios, mientras los jesuitas se llevaron todo lo que pudieron. Así transcurría el periodo colonial en la Junta donde las

condiciones de vida de los habitantes, fue parecida.

El colonialismo no admitía diferencias e intromisiones que no fueran otras más que las impuestas por los amos españoles; aquí siguieron los franciscanos más felices que nunca, al conocer la expulsión de sus adversarios religiosos que en número de 2 200 tuvieron que salir del virreinato, por decreto de Carlos III.



Pedro, el esclavo

Tengo a la vista una copia de la compra-venta de un esclavo negro en el estado de Chihuahua, donde esta situación perduró desde la Colonia hasta muy entrado el siglo XX. Aún con leyes y reglamentos al respecto, imperaba más aquello de acatarse, pero no se cumplía. Baste este ejemplo:

Primera Escritura mía del protocolo del C. José Z. Anzuosa, Notario Público Distrito Iturbide. Compra-venta de un esclavo negro. Venta real de un esclavo llamado Pedro, en el año 1721 según escritura número 21. Sello Tercero, VII Real, años de mil se-

tecientos diez y nueve y veinte. Jesús, María y José, Joaquín y Ana, alumbren mi entendimiento, pulsen mi pluma y salven mi alma. Amén.

Notorio sea a los que la presente vieren como yo, don Antonio de Villalba, vecino de esta Villa de San Felipe el Real, minero y dueño de hacienda en su jurisdicción, por mí y en nombre de mis herederos y sucesores otorgo, que VENDO realmente y con efecto a don Eugenio Ramírez Calderón, vecino asimismo, minero y dueño de hacienda en esta jurisdicción, un esclavo nombrado PEDRO, mío propio que será de edad treinta años más o menos, mismo que hube y compré a don Diego de la Erran, vecino de esta villa, en nombre y con poder de don Antonio de la Campa Coz, vecino y labrador en el Valle de la Poana, jurisdicción de la Villa de Nombre de Dios de la Nueva España, por escritura que me otorgó a los once días del mes de octubre del año próximo pasado en diecinueve, ante don Juan Bonilla, escribano público de esta villa. Y como tal mi esclavo, se lo vendo por libre de empeño, hipoteca, censo, tacha, defecto ni enfermedad pública o secreta.

Vendo en precio y cuantía de cuatrocientos pesos de oro común en reales, que será su valor y me ha dado y pagado dicha cantidad por ser ya en mi poder y aunque no sea la paga presente en ella, me satis-

fago yo por enterado a mi voluntad sobre las leyes de la entrega y prueba, como en ella y en cada una se contienen, seguro que dicha cantidad es el justo precio y valor de mi esclavo que no vale más y en su caso que lo diga de ella, le hago gracia y donación al comprador, pura, mera, perfecta e irrevocable la que el derecho llama y con las insinuaciones y renunciaciones de leyes hechas en las Cortes de Alcalá de Henares que tratan la compra, venta o permuta por más dinero de su justo precio y los cuatro años que yo tenía para pedir rescisión de esta venta. Y desde hoy en adelante, me desaforo, desisto y aparto de dicha acción, propiedad y señorío, que a dicho esclavo he tenido y tengo, y todo ello lo cedo, renuncio y transfiero en el dicho don Eugenio Ramírez para que como propio suyo lo venda, cambie o enajene a su voluntad, a quien se lo tengo entregado en señal de posesión y tradición verdadera. Tengo por bien del esclavo esta escritura para que sirva de real y verdadero TÍTULO y por ella me obligo a la cesión segunda y saneamiento de esta venta en la mejor y más solemne forma que por derecho pueda y pudiera obligarme por su persona y bienes habidos, y por haber con poderío a las Reales Justicias de su majestad, en especial a las de esta villa y para que me compe-
lan por todo vigor a derecho, denuncio el mío propio,

domicilio y vecindad de la Ley SIT CONVENIRET con la general en forma en cuyo testimonio otorgo la presente que es hecha en la Villa de San Felipe el Real, a dos días del mes de enero del año mil setecientos veintinueve y el otorgante, a quien yo el escribano doy fe, conozco.

Así la otorgo y firmo.

Testigos: Bachiller Juan de Bilchis. Antonio García de la Vega y Juan Martínez Vaca.

Presentes ante mí: Antonio de Villalba: Rúbrica.

José Z. Anzuozza, Escribano Real y Notario Apostólico. Rúbrica.

Los negros como los indios, sufrieron esta lacerante costumbre fermentada en mentalidades enfermas y ávidas de riqueza a costa de lo que fuera; nadie, salvo raras excepciones, lograron promulgar leyes contra el sistema esclavista colonial, pero en la práctica eran letra muerta; los decretos reales chocaban contra el hostigamiento de militares, frailes y hacendados.

En el Presidio del Norte se manejó la encomienda y repartimiento sin mucho provecho; los constantes ataques de grupos “bárbaros del norte” eran tan frecuentes que dejaron muy poca oportunidad

al sistema esclavizante de blancos, indios y negros que llegaron a pensar que aquellos que les hablaban de Dios y su justicia estaban de acuerdo con el blanco, mientras los azotes sobre las espaldas eran frecuentes, lo que iba incubando un odio y resentimiento contra los españoles que los robaban y los ofendían. Fue en estos contornos de la Junta a donde llegaron los alzados indios encontrando eco en la insurrección del populacho encasillado en presidios y reales; muchos misioneros fueron flechados, arrestados y apedreados con una soga al cuello sin ninguna compasión.

Los gobernadores respondieron enviando soldados rabiosos como Diego Guajardo y Fajardo, trabando fuertes y sanguinarios ataques con los indígenas rebeldes a la Corona, resultando mucho más difícil de dominar el norte que el sur del virreinato. Eran tribus indómitas que no conocían la escritura y sus construcciones débiles eran sólo para protegerse de las inclemencias del tiempo. Pero su temperamento era rudo, salvaje y resistente a pesar de su nomadismo.

Los españoles blancos eran obligados a asistir los domingos a misa, costumbre impuesta por la Iglesia desde tiempo atrás. Los esclavos también sufrían penas corporales porque los maltrataban con azo-

tes y recibían multas por la blasfemia o por dibujar imágenes, además de las penas que les imputaban por portar navajas o pistolas, pelear en la calle y el abigeato. El delincuente se hacía acreedor a latigazos en la plaza pública y a los borrachos se les vestía con túnica y gorra roja. Pero además de sus veinticuatro latigazos, eran exhibidos públicamente durante tres horas. La moral pública y privada era regida por la Iglesia. Por las tardes tocaban las campanas para que todos se recogieran en sus casas y las calles empezaron a iluminarse con lámparas de aceite; así, en la mentalidad de los frailes fue gestándose la idea de crear un gran templo como en otras partes; es decir, una gran catedral lujosa, porque al fin y al cabo estaban en una de las provincias más ricas. Las autoridades imponían a los esclavos de las minas un poco más de trabajo a fin de que salieran 12.5 centavos para cada marco de plata que producían las minas de Santa Eulalia y en otras fue del 1.5%. Así, en 1725 fue colocada la primera piedra en Chihuahua.

Se habla de un millón de pesos de ese tiempo, cantidad que a propios y extraños pareció asombrosa, ya que las condiciones de pobreza en el pueblo eran muy marcadas aún en el gobierno civil y militar del Real de San Felipe. Pese a todo, se hizo

en estilo barroco y de gran belleza.

Una rica clase religiosa iba conjuntando bienes y privilegios que producirían cuantiosas ganancias sólo en unas cuantas manos; o como si dijéramos, “una vida lujosa en medio de un mar de penas”.

En una centuria y media más vendrían los problemas económicos para el país, pero ya le tocarán al benemérito don Benito Juárez afrontarlos al darse cuenta –al llegar al gobierno– que la Iglesia Católica era poseedora de las tres cuartas partes del territorio de su propiedad. Por lo pronto estaban muy cerca de las puertas del virreinato las ideas gloriosas de igualdad, libertad y fraternidad.

Esa enorme catedral fue y es admirada por sus paredes de cantera que cambian de tono en su brillo dorado hasta un tono amarillento en la tarde; grandes puertas labradas fueron traídas de la vieja Europa hasta Chihuahua a lomo de mula; la ebanistería se trabajó en oro y plata; una verja de hierro cubría el atrio y el cementerio de gente importante quedaba sepultado a sus alrededores; después se quitaron las tumbas con el paso del tiempo; las campanas muy grandes anunciaban los oficios religiosos; la topografía de la ciudad de Chihuahua fue creciendo siguiendo el modelo español y enfrente de la gran catedral, una plaza central y los edificios

del Ayuntamiento; y en los costados, las casas consistoriales, lujosos aposentos de la clerecía romana.

Desde 1717, en lo que hoy es Aldama, logran que Pedro Cano de los Ríos construya una capilla con cúpula llamada Santa Ana de Chinarras, para lo cual llevaron indios que habitaban en lugares cercanos al río Chuvíscar; esto se debió a los deseos de los franciscanos. También lograría lo suyo doña María Apresa Ibarra, quien muy generosa regaló a los jesuitas la valiosa Hacienda de Tabalaopa. Los inspectores y visitadores se rotaban constantemente según el criterio político o compadrazgo de estos con el rey o el virrey en turno, Hugo O'Connor, quien es el ejemplo más claro del encomendero español que viene a la Nueva Vizcaya y en 1760 establece y fortalece aún más el presidio en la Junta; y obedeciendo las órdenes de los religiosos, cambia esta fortaleza a Julimes, para proteger a seis misioneros franciscanos que ahí habitaban y trasladó a 43 soldados, un capellán y seis exploradores indios en San Carlos de Cerro Gordo que estaba sobre el Río Bravo, cuarenta leguas debajo de la Junta, la cual fue puesta en alerta por este propio visitador para cuando se necesitara de sus servicios; impuso asimismo el recorrido entre un presidio y otro de volantas; y mientras unos venían, otros iban. Esa protección traía grandes costos a la Real Hacienda, pero a la vez

se protegía el ganado, la propiedad, los aguajes y en fin... se protegía el territorio, gastando miles de ducados en esas empresas.

La sociedad religiosa que había fundado Ignacio de Loyola en 1540 hizo de cada fraile un soldado preparado para obedecer y proteger al Papa, aun cuando los negocios mundanos y las actividades políticas les fueron prohibidos. Los jesuitas fueron y son muy hábiles, y con mucha energía se convirtieron en industriales, agricultores, banqueros y comerciantes con el propósito –dicen– de mantener sus escuelas y Misiones, lo que despertó suspicacia aun en el mismo rey, por la rapidez con que aumentaba su riqueza, al grado de expulsarlos siendo incluso temidos por su sagacidad y riqueza económica. Los donativos de los ricos les dan poder dentro de la jerarquía católica y su “voto de pobreza” fue puesto en tela de juicio. Carlos III los expulsa del territorio mexicano y Fernando VII los vuelve a traer a México; para 1819 muy pocos aprovecharon la oferta. Los nativos hablaban de tesoros escondidos en cuevas o en los templos, pero estos religiosos no sólo fueron expulsados de México, sino también de España, sin perder jamás sus caudales.

La clave del éxito o bonanza pecuniaria estaba en

la explotación de hombres y bestias que trabajaron juntos para sacarle el mayor provecho a la tierra o a la industria. Por esta región de la Junta nunca ha prosperado un verdadero fundo minero; la Sierra del Pegüis, con enormes montañas en épocas recientes, hizo aflorar plata, pero salía más cara la inversión que el producto obtenido y cesó rápidamente el deseo de algunos aficionados a la minería. Muy cerca de ahí, en el poblado de Cuchillo Parado, existen cavernas, pero las de mayor tamaño están en la cabecera municipal en Coyame, donde el turismo puede observar los caprichos y bellezas de la naturaleza, pero nada de mineral en oro, sólo en plomo y poca plata; un contraste muy marcado en los centros mineros del sur y centro de México, incluso de las minas chihuahuenses que llenaron los cofres del Imperio español y del papado romano.

La minería fue la actividad económica más lucrativa en la Nueva España y eso no aminoró el desarrollo del Presidio del Norte, sino que seguía siendo testigo de caravanas que iban hasta el Nuevo México o a la provincia de Texas que empezó a poblarse de rancheros ricos, aventureros y bandidos en poblados que serían famosos con su estilo al viejo oeste.

Entre el Bravo y el Conchos, las técnicas de culti-

vo cambiaron, el arado tomó el lugar de la coa y los troncos de yuntas fueron ampliando los sembradíos. La variedad de semillas hizo más opíparas las comidas; la escuadra y el serrucho dieron sustento a las casas, el doble se asentaba ahora con nivel, las soleras y marcos afirmaban muros y puertas. Las costumbres iban cambiando, sólo la amenaza constante de indios apaches y comanches perturbaban la tranquilidad. En la Junta y el nuevo presidio militar surgió un camino que topaba con el Río Conchos y en este paraje, conocido como Las Vegas, fue donde los caminantes con sus carromatos o caballos descansaban antes de llegar al poblado mayor que estaba en la loma alta de Ojinaga. El caserío era notorio y las campanadas del templo se escuchan incluso hoy hasta San Francisco de la Junta de los Ríos, aquel viejo poblado español.

Se fraccionaron parcelas para la siembra y el forraje de los animales; la ganadería empezó con chivas, vacas y borregos junto con la utilidad del caballo. Los burros y mulas ayudaron en mucho al campesino aun en sus viajes largos hasta Julimes, aventurándose a llegar hasta el mismo Real de San Felipe y a pesar del peligro apache.

Las pequeñas caravanas promovieron el comercio en esta región; se le dio más formalidad al cal-

zado y vestido, y las telas facilitaron los gustos en el vestir, todo con un tinte norteño españolado.

Las noticias, aunque muy retrasadas, llegaban por conducto de los arrieros y soldados que venían desde muy lejanas tierras –decía la gente–, mientras seguían el desarrollo. El siglo XVIII formó un porvenir asombroso en las villas, pueblos, rancherías y haciendas que ansiosos esperaban los chismes y noticias de los viajeros, principalmente el mestizaje que poco a poco iba ganando mayoría racial; no así el indígena, quien por su condición humillante e ignorante no demostraba ninguna atracción por las novedades. Así se enteraban sobre los movimientos de Independencia sin que en el norte tuvieran mucha aceptación las ideas de emancipación, por lo cual ahí siguieron fieles a la corona española.

Nuestra región seguía en constante movimiento; otras rancherías también progresaban y la migración hacia Texas era constante; los texanos sufrían igual el flagelo de la indiada, obligándolos a solicitar la ayuda del ejército o contratando mercenarios que cazaban indios mediante pago por cada cabellera. Santiago Kirker salió experto y rico en estos enjuagues.

La villa del Presidio del Norte empezó a tener otra cara: dos calles polvosas, una plaza cívica al

centro, el caserío en fila y el cuartel militar siempre poblado de tropas en movimiento y acecho. La fachada frontal de la iglesia tenía semejanza con la del Fuerte de San Antonio, Tx., pero luego vino una torre del lado derecho y se perdió la simetría con aquella; las campanas que estuvieron abajo, en el atrio, fueron subidas a esta torre de cemento.

Esa vieja cimentación y paredones del antiguo presidio sirvieron para enjarrar de nuevo los muros y el techo reforzado de aquel recinto religioso de adobe atravesado; en torno a estos edificios surgieron solares trazados a la antigua con el agujón para reconocer el norte; luego medir con una cuerda, reconocer y amojonar cada terreno medido en leguas comunes por cada viento o lado de la superficie que se trazaba, incluyendo testigos y representantes de la Real Hacienda y de la Renta de Correos.

El Conchos, con su gran caudal, seguía fluyendo de oeste a este, haciendo progresar muchas viejas rancherías que sobrevivían de la agricultura y ganadería; los buenos pastos abundaban y esto les permitía la crianza de caballos y mulas; en los hogares se instalaron algunos telares, carpinteros, herreros y la lechuguilla que abundaba en la región, permitió la hechura de sogas y costalera burda.

Las ideas ilustradas

El pensamiento europeo, basado en el estudio de grandes acontecimientos históricos que prepararon el advenimiento de una burguesía pensante para acabar con los viejos sistemas coloniales europeos y americanos, llegó a la mitad del siglo XVIII, cuando los intelectuales preparaban propaganda revolucionaria de los filósofos y escritores ingleses y franceses.

No tardaría en llegar a la Nueva España todo el material humano y literatura que renovarían hasta los cimientos del gobierno civil y eclesiástico con un movimiento llamado “La Ilustración”. De la Francia revolucionaria saldrán las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, penetrando en nuestro país en la clase media principalmente, compuesta por mercaderes, criollos, algunos eclesiásticos, médicos, libreros, funcionarios públicos, etcétera, que se interesaban más por esa corriente reformatoria. A pesar de la vigilancia de la Inquisición Católica, seguían llegando libros, pasquines y hojas que eran consideradas sediciosas y que en un principio sólo atacaban los dogmas de la Iglesia y muy poco su poderío y riqueza. Se hicieron famosos algunos escri-

tos de Voltaire, Diderot, Raynal, Volney D'Alambert, Montesquieu, Rousseau, Locke, etcétera; luchadores por la libertad intelectual, religiosa y política, así como la libertad de prensa y de elecciones respecto a la Ley y los derechos naturales.

La vieja Villa de Ojinaga permanecía totalmente ajena a los acontecimientos que sacudían al virreinato central del Imperio español.

En México, desde el siglo XVII hubo manifestaciones de pensamiento moderno que supliera tanta ignominia y fanatismo, empezando con la descomposición misma del concepto del mundo y de la vida como lo percibía el catolicismo romano durante la Colonia. Un ejemplo de eso fue el “Barroco” en lo intelectual y artístico, que hizo posible el tránsito de la catolicidad al modernismo y al racionalismo, según el maestro Agustín Cue Cánovas.

Los literatos Carlos de Sigüenza y Góngora de Argote, y la misma Juana de Asbaje y Santillana, fueron dignos representantes de ese periodo; y aunque favorecidos por algunos grupos, también eran atacados por otros. El mismo rey Carlos III hizo una política ilustrada con algunas reformas que permitían intercambiar ideas y nuevas doctrinas en América, pero no tardó en hacerse presente

la oposición de los jesuitas, quienes, con edictos de la Inquisición, vigilantes y sensores, rastreaban a todo autor afrancesado para llevarlo a las llamas, acusados de herejes y pervertidos.

Con todo eso, en la sociedad se fue formando una conciencia más mexicana; una preocupación por los problemas de nuestra sociedad, del hombre y del gobierno; del sentido de nacionalidad, de la patria, pero sobre todo de independencia; es así que surge una inconformidad contra el régimen español esclavizante y se lucha por lo científico, haciendo a un lado la escolástica dogmática que rayaba en fanatismos.

Otras causas externas que influyen en México, como la independencia de Estados Unidos de América y la invasión de Napoleón a España en 1808, son situaciones que ponen en fuga al rey Fernando VII, obligándolo a esconderse en las Islas Canarias.

Inglaterra, por medio de su Revolución Industrial, había adquirido un poder enorme y España un temor incontenible por la rivalidad entre ambos; de hecho los ingleses en el siglo XVIII fueron la mayor potencia en el mundo y la insurrección en las colonias se volvía cada vez más interesante; la estrella de España empezaba a declinar... las colonias ame-

ricanas ya no soportaban tanto analfabetismo, robos a sus recursos naturales, pobreza, esclavismo, desigualdades, etcétera; aspectos que internamente capitalizarían los criollos como clase intelectual y de lucha para llevar a cabo sus movimientos libertarios americanos.

El criollo se dividió en pobres y ricos, en simpatizantes de la Independencia y en oportunistas que junto a los españoles tuvieron miedo de perder los latifundios y los feudos heredados de sus abuelos conquistadores prefiriendo unirse al virrey Calleja.

Las tertulias servían de escaparate a muchos de ellos para sopesar las nuevas ideas de Independencia y Libertad.

Las secretas sociedades masónicas influían sobre este grupo como si fueran renuevos de olivo; varios criollos, hombres y mujeres en Querétaro estaban de acuerdo en aprovechar tantas circunstancias que llegaron en cascada y que no podían desaprovechar; ya no era posible seguir viviendo de rodillas ante España, con casi 300 años de barbarismo feudal.

Cuando en Europa este sistema era más que caduco, ya se avizoraban las formas de explotación capitalista con el surgimiento de la fábrica y el

maquinismo. Hidalgo mismo lo sabía e invitaba al criollismo pudiente a unirse a ese movimiento que parecía una locura, pero no; esta idea venía de los hombres más cultos de la Colonia, reflejando muy claro aquí el pensamiento agrarista de Hidalgo; la prueba está en que los afectados hacendados criollos no lo siguieron, y mucho menos la Iglesia y los españoles. Sin embargo, se tuvo eco en las castas; los indios y en la mayoría de la población explotada que pedía la restitución de aquellas tierras que los españoles les habían arrebatado. No les importaba la educación, la democracia y la libertad, ambicionando en cambio tener su parcela y trabajarla en su comunidad. El libertador decreta astutamente medidas agrarias y libertad con el fin de acarrear adeptos; después vendría la abolición de la esclavitud, de los tributos, de la pobreza, de las leyes y otras.

Los vientos cada vez soplaban más fuerte; el vendaval de la insurrección armada está por llegar hasta las más apartadas provincias y villas del decadente virreinato; ahora o nunca, la revolución estaba en puerta y Félix María Calleja del Rey reúne lo más granado del ejército represor en torno a los intereses de los grupos más poderosos del reino; españoles y religiosos que aportan sumas extraor-

dinarias para equipar la milicia y proteger sus propiedades.

El glorioso movimiento de emancipación fue descubierto por un chismoso que dio pelos y señas de los conjurados, ordenándose de inmediato su captura.

El que parecía como cabeza de ese movimiento ya tenía antecedentes escandalosos ante el Tribunal de la Inquisición por revoltoso, jugador, bailarín, fumador, mujeriego y muy versado en los textos franceses; ese era el Cura de Dolores, de nombre Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga y Mandarte, hijo de los españoles Cristóbal Hidalgo y Costilla y la señora Ana María Gallaga, vecinos de la Hacienda de Corralejo y con solvencia económica bastante amplia.

Un criollo, que invitado por otros a la casa del corregidor de Querétaro, don Manuel Domínguez, acepta ser guía de un movimiento que él iniciaría, pero que no vería terminado; esto según expuso él mismo, tiempo después al estar preso.

Otros criollos como el capitán Ignacio Allende, Mariano Abasolo, Juan Aldama, Mariano Jiménez, Josefa Ortiz de Domínguez, algunos curas del clero regular, militares, escritores, abogados, filósofos

y otros intelectuales que convencidos del genio y cultura del caudillo que empezaba su odisea hasta terminarla en Chihuahua, estaban dispuestos a arriesgarlo todo por la libertad de su pueblo. Pero al sentirse descubiertos provocan que se adelante el movimiento y al grito de “¡Viva Fernando VII y muera el mal gobierno!”, se lanzan a una lucha encarnizada con una chusma. Sin armas ni disciplina cargaban con lo que podían; saqueaban, se desbordaban pasiones y ya no importaba nada. El pueblo campesino estaba de pie con palos y machetes, pero en número crecían más y más; sólo los hombres de Allende conocían un poco más de disciplina, luego vendrían las desavenencias entre los caudillos.

La masa humana logra su victoria en Monte de las Cruces, y estando a un paso de tomar la misma capital del virreinato, un error de Hidalgo hace que retrocedan hacia Guadalajara, lo que le produjo consecuencias fatales al movimiento y la ruptura definitiva con el capitán Allende.

Se desbordaron las pasiones entre el grupo liberador; vinieron las desavenencias y la decisión fue deponer a Hidalgo del mando y entregarlo a Ignacio Allende. El cura se veía entre la soldadesca mal formada, como un potentado con aires de gran conquistador; le gustaba pasear del brazo con esta mu-

jer y con aquella, y aquella otra, a la vista de todos. Sin embargo, la destitución no hizo mella en su ánimo; era un ser que sabía dirigir bien sus impulsos, un varón de 58 años con dominio propio. Sus seguidores continuamente lo consultaban y éste aconsejaba como un mesías venerable, guía moral del pueblo que lo siguió desde el poblado de Dolores. Por su parte, Allende fue más bravo, más organizador; en Guadalajara despertó el espíritu patriótico, y el pueblo y la sociedad salieron a su encuentro. Su semblante mejoró y pensó quizá que la revolución aún estaba viva; mandó fundir cañones, organizó los escuadrones, inventó cohetes, acumuló balas y granadas, y las piezas pesadas fueron trasladadas a brazo partido atravesando llanuras y montañas, lo que le ganaba más simpatías entre la gente; en lo político nombra al licenciado Ignacio López Rayón como Ministro de Estado y otros como el abogado José María Chico, presidente de la audiencia de Guadalajara.

La imprenta fue aprovechada para dar difusión al movimiento y es entonces que aparece “El Despertador Americano”, donde el pensamiento del prócer Hidalgo se plasmó en sus páginas, explicando a propios y extraños la razón del movimiento libertador y criticando las anatemas que le lanzaba la inquisición.

El ejército de Félix María Calleja y del rey no descansaba ni un momento; tampoco Matamoros, Allende, Aldama, Abasolo y otros liberales que buscaban hombres y armas para el movimiento. La Iglesia, desde los púlpitos, lanzaba sus ataques diarios sobre los cabecillas, mientras la batalla en Puente de Calderón estaba muy cerca.

Cuántos acontecimientos estremecían a la nación, mientras en la vieja guarnición del norte, ya convertida en villa, parecía que nada sucedía; las familias iban y venían hacia el otro lado del río en Texas, procurando las relaciones familiares y negocios con Presidio, Tx., nombre que recibió por el viejo fuerte español *Fort Leaton*, hoy Museo de Texas, conservado casi intacto por parques y museos de la Unión Americana en ese poblado texano.

El viajero incansable, llegado de lejanas tierras, trajo la noticia del ajusticiamiento de unos agitadores que se hizo en el viejo San Felipe de Chihuahua, quienes eran traidores al rey; unos facinerosos, apóstatas, renegados y quién sabe cuántas sartas de calificativos les lanzaron aquellos que debiendo bendecir, se dedicaron a maldecir. Aún había indígenas o descendientes de aquellos indómitos que habían poblado la Junta, cultivando tierras y ganado, y aprendiendo oficios de carpinteros, herreros,

trabajos de la lechuguilla, doma de potros y la carcería de bisontes americanos que pastaban alegremente en las cercanías de Marfa y *Fort Davis*. Las familias reunidas comentaban sobre los sucesos y cómo serían esos hombres que querían cambiar las leyes y condiciones de los trabajadores del campo y de las minas; era muy raro el que sabía leer y escribir; no había escuela y no llegaban los correos o pasquines escritos al pueblo; las fiestas se ajustaban según el parecer del sacerdote en turno o los jefes políticos que ocasionalmente promovían juegos regionales típicos del norte de México.

Se echaba mano de la medicina herbolaria, practicada por curanderos conocedores de las plantas por la tradición misma de sus ancestros; el monte y el desierto producían huevos de toro, mezquites, huizaches, ocotillos; gobernadora, conocida como *guamis*; lechuguilla, sangre de grado, biznagas, te-comblates y muchas especies que el desierto chihuahuense ofrece hasta hoy, utilizando sus hojas, pulpa, fibra, tallo o raíz hasta sacar la sustancia y aplicarla como corresponde. La lechuguilla ofrece su fibra para la incipiente industrialización que el hombre del desierto elaboraba clavando dos palos de un metro de alto más o menos para facilitar la inserción de la fibra seca en un eje, colocando

en el centro una rueda o carrete perforado, que al empezar a girar enrolla la fibra y sale la soga del largo que se quiera. Es necesario utilizar bastantes plantas de lechuguilla, arrancarles la piel con una navaja o cuchillo, ponerlas a remojar para quitarle lo jabonoso, y sacarlas al sol para ser trabajadas antes de que se marchiten.

El ranchero de la región se empeñó por años en hacer sogas y comerciar con ellas; y las mujeres, viendo lo jabonoso de la lechuguilla, aprovechaban su extracto para lavarse el cabello. El qurote de esa planta aún se utiliza para los techos de las casas.

En cuestión de fauna, en la región existían reptiles, coyotes, mapaches, zorras, zorrillos, conejos, pumas, pescados, leones de la sierra, jabalíes, gatos del monte, venados, borregos cimarrones, ardillas, lagartijos, camaleones, tarántulas, alacranes, viudas negras, aves canoras, gavilanes, patos, zopilotes, cuervos, aguilillas, lechuzas, chirrinas, pájaros carpinteros, nutrias, chanates, cardenales, entre otras especies. El campesino fue adaptando a su dieta aquellos animales que domesticaba y que tenía más a su alcance, hasta pasar de agricultor a ganadero, con animales más productivos que originaban los primeros ranchos de la región. Esta acción campirana hizo famosas y pudientes a familias como

los Asúnsolo, los Sánchez, los Ramos, los Pantoja y los Baeza, considerados como el primer tronco productivo de buenos becerros y vacas, que poco a poco fueron exportando al mercado nacional y americano, predominando las razas del Cebú, Cara Blanca, Charoláis y Brahman, como los más adoptados y lucrativos.

El campesino fue el primer paleontólogo de esta región de fósiles, quien, por curiosidad y observación de su medio, sin querer empezó a coleccionar todas esas conchas y piedras raras que abundan en la región de Ojinaga, junto a piezas óseas de la era prehistórica que dejan como testimonio del antiguo mar y de los primeros mastodontes del pleistoceno y el cuaternario, plagados de especies ya extinguidas.

Hoy, la región de Ojinaga, Coyame y Manuel Benavides, son áreas ricas en hallazgos que algunos arqueólogos y paleontólogos han visitado con estudios provechosos para estas ciencias auxiliares de la historia; tanto así, que de 1980 a 1982 muchos empleados del INAH del DF visitaban frecuentemente, entre ellos el actor Germán Robles, un arqueólogo aficionado y conocedor de esta región a la que venía en sus ratos libres, cuando se lo permitía su personaje de Drácula en el cine nacional. Él

llegaba y permanecía en los desiertos ojinaguenses con lupa y talacho, recolectando fósiles entre los cerros quemados, piedras partidas, lajas y bajo el característico sol ardiente.

Hacia 1811, los chismes, rumores y noticias creíbles, decían que los caudillos presos en Chihuahua pronto serían ajusticiados con la pena de muerte y... ¿qué pasaría con el movimiento que encabezaron? –Se preguntaba mucha gente– ¿Habría otros que seguirían con esa guerra de Independencia?

Fueron tantas las interrogantes por lo escandaloso del caso, que no había pueblo o provincia que no conociera de esto; al fin las sentencias se llevaron a efecto con cada uno de los Insurgentes que fueron fusilados y cercenadas sus cabezas para escarmiento de los demás, según decían los españoles, dejando hasta el final el juicio de Hidalgo, porque su castigo debía ser ejemplar.

El prócer guanajuatense e insigne Miguel Hidalgo soportó todo, desde su captura en Norias de Baján hasta Chihuahua; su traslado fue a pie y recibió duros golpes y amenazas. No se le permitía siquiera hacer sus necesidades físicas. El sacerdote y caudillo usó la misma ropa por días enteros y hacía todo esto caminando, porque no tenía permiso de ir al baño.

En Chihuahua, Nemesio Salcedo dio órdenes de trasladarlo en el mayor silencio posible hasta las mazmorras que tenía el antiguo hospital construido por jesuitas, para encerrar ahí a ese “monstruo”, como lo calificaba la misma Iglesia a la que pertenecía, pero que no lo reconocía. En calidad de reo, el 7 de mayo de 1811, el “Padre de la Patria” es sometido a juicio por orden del comandante general Salcedo, nombrando como fiscal a Ángel Abella, al escribano Francisco Salcido y un representante de la Iglesia como oidor. Asimismo, vendría el juicio eclesiástico donde se le cuestionó sobre su persona, ocupación, bienes materiales, relación política con mensajeros de Napoleón, sus amigos presos y los que andaban huyendo; también acerca de las matanzas de españoles, sus propósitos a futuro, el ejército a su mando y sobre la Independencia. Incluso se le cuestionó de lo incautado de las haciendas y casonas de los ricos; armas y alianzas con Estados Unidos de Norteamérica; cargos de herejía y excomuniones; escritos, etcétera.

Continuando hasta el día siguiente con más interrogatorios hasta el 28 de junio de 1811, fue entregado después al poder religioso católico, para ser degradado de los cargos que la misma Iglesia le había conferido. Fue azotado según el modo insultante de la Inquisición, con navaja, raspada la piel de las

manos y despojado uno a uno de sus ornamentos, hasta rebajarlo a la condición de civil, para ser fusilado. Nada de esto impresionó a Hidalgo, quien de antemano había dicho de la inquisición que “nada de lo que contienen las preguntas y los hechos se pueden conciliar con la doctrina del evangelio y con su Estado; reconozco y confieso la fe de su empresa como injusta a las costumbres, al Estado y en particular a esta América”.

Definitivamente, la mentalidad de Hidalgo no correspondía a su época; en mucho se adelantó a sus verdugos y con cuánta razón sus amigos y condiscípulos lo apodaron “El Zorro”.

Sus días sobre la tierra estaban por terminar; la esperanza, la gloria y el lugar del patriota que supo ser fiel al principio de libertad, fue un concepto muy alejado del sentir clasista de la época oscurantista que le tocó vivir. No cesaron de perseguirlo los cancerberos del Tribunal de la Inquisición, atormentándolo hasta sus últimos momentos, según este cuadro infame que transcribimos del historiador Juan A. Mateos.

El 30 de julio de 1811 se notificó al cura Hidalgo que entraría en capilla y que moriría muy pronto, según el tiempo que las leyes daban a los senten-

ciados para disponer sus cuentas con el cielo; la campana del hospital marcaba también las horas, mientras el héroe permanecía impasible. Sin embargo, la sentencia era esperada; Hidalgo se sobrecogió al escucharla, pero la serenidad no lo abandonó en ningún momento, ni siquiera en el instante de la muerte. Hay hombres que respiran luz. Aceptó —como Jesucristo— el último sacrificio.

El canónigo doctoral de Durango, José Ignacio Iturribarria, se introdujo en la prisión del caudillo, seguido del bachiller Mariano Urrutia, el fiscal Ángel Abella, un escribano y dos testigos, a quienes se les mostró una orden reservada del virreinato, del Arzobispado de México y del Tribunal de la inquisición.

Al ver a Hidalgo extrañado con la presencia de esos hombres, el canónigo le dijo:

—Señor: traigo un asunto de importancia para la religión y para la Patria; no menos para la disciplina eclesiástica.

—Explicaos canónigo, porque no percibo el punto de contacto que tengo con todo ello.

—Habéis recibido, señor Hidalgo, con toda cari-

dad cristiana, la noticia de vuestra muerte.

—No es cosa que me preocupa, señor canónigo; el destino del hombre es morir, y esa sentencia la traemos de las entrañas de nuestra madre. Os veo indeciso, ¿nada que podáis decirme?

—Conozco vuestro espíritu y vengo a traeros una súplica que os hacen vuestros prelados y que os indica el Gobierno.

—¿Suplica a un hombre que va a morir?

—Sí, escuchadme. Habéis visto el mal éxito de la **revolución**.

—Perdonad. Yo nunca creí que mi desaparición la perjudicase; estoy persuadido de que seguirá hasta su completo triunfo.

—Decía, señor, que se trata de que escribáis un manifiesto; o más bien, que adoptéis el que venimos a proponeros. En él aconsejáis la paz, que es vuestra misión como sacerdote; abjuráis de vuestros errores y pedís perdón a la Iglesia y al Santo Oficio.

—¡Mis errores! —Exclamó Hidalgo—. Son por ventura las ideas que abrigo de la felicidad de la nación con la Independencia.

—No es mi ánimo entrar en polémica con el señor Hidalgo.

—Caballero, yo he obedecido a mi conciencia, ¡y no pasaré nunca por la humillación que venís a proponerme! ¡No! No me rebajaré ante el pueblo mexicano ni haré vacilar su fe; eso sería detenerlo en la marcha gloriosa que ha emprendido en busca de la emancipación. Os ruego que me dejéis tranquilo en mis últimos momentos. No vengáis a insultarme al borde del sepulcro.

El canónigo quedó confundido con aquellas palabras, pero cediendo al mandato que traía, dijo:

—No es precisamente una RETRACTACIÓN la que se os propone.

—Excusadme, señor canónigo, el disgusto de esta entrevista; os vuelvo a suplicar no interrumpáis los pocos instantes que me restan.

—Es que si os resistís, ya vuestra firma aparece al calce de este documento —oyéronse entonces crujir las cadenas que aprisionaban al héroe; le había sobrecogido un temblor espantoso ante aquella infame revelación.

—¡Sois un miserable! —Gritó lleno de indignación—. Venís a escupir sobre una frente que quería presentar sin mancha ante la posteridad; venís a

empañar mi nombre... Sabed, señor canónigo, que este es el mayor suplicio que podían darme... ¡os vengáis de una manera terrible!

—Así lo exigen las circunstancias, la paz del Estado, la respetabilidad de la Iglesia y el acatamiento de la Inquisición.

—¿Qué le debo a la Iglesia? Sus anatemas... ¿Qué le debo al Estado? Mi sentencia de muerte... ¿Qué le debo a la Inquisición? Verme degradado y envilecido... Yo olvidaría todo, pero el pueblo ha sido más degradado que yo; esos tres poderes le han vejado hasta tenerle en la esclavitud; le han puesto un estigma afrentoso; han explotado su sangre y le han escarnecido. ¿Y es en nombre de esos poderes como venís a proponerme una abjuración? ¡Atrás sicarios! Yo os maldigo en nombre de ese pueblo sumiso y avasallado... Matad mi nombre, llenad de baldón mi memoria, que la revolución seguirá adelantando hora por hora, porque está escrito que los pueblos sacudirán el yugo de las tiranías.

—¡Señor cura Hidalgo! —Gritó a su vez el canónigo—, morís impenitente, pero nosotros os haremos aparecer en otro sentido ante el juicio público.

—Haced lo que os parezca; yo protesto contra

vuestra falsedad y de entre nosotros saldrá el que proclame que yo he muerto llevando intacto en mi fe y en mi conciencia el pensamiento de la libertad de América.

—No lo creáis. Estamos bajo el juramento y preinscripciones de la Inquisición.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Dejadme!

—Hemos entrado en vuestra prisión para convencer al pueblo de que es cierta vuestra retracción, porque vos no podéis desmentirla; porque moriréis solo en el silencio de este calabozo —Hidalgo no pudo responder ante aquel cinismo y aquella perfidia—. Oíd —decía furioso el canónigo—, oíd... puesto que no os podéis zafar de esas cadenas que os aprisionan. Oíd vuestra abjuración y temblad:

Confieso que nada de cuanto he dicho se puede conciliar con la doctrina del Evangelio ni con mi estado sacerdotal; reconozco y confieso que mi empresa ha sido injusta; que ha acarreado males incalculables a la religión, a las costumbres y al Estado, y muy particularmente a esta América.

Asimismo, me reconozco responsable de todos estos males, todo lo cual es muy sensible a mi corazón,

y así deseo llegue a noticia de mi ilustrísimo prelado quien por tantos títulos estoy obligado y de cuyas luces no me he sabido aprovechar y muy rendidamente le pido perdón de los sustos e incomodidades que su Señoría ha tenido que sufrir por mi causa; igualmente le pido perdón al Tribunal de la Fe por no haber obedecido y de las expresiones irrespetuosas con que me atreví a impugnar su edicto. Asimismo, al Excelentísimo Señor Virrey de este reino y demás autoridades constituidas por mi inobediencia; y a los pueblos, por el mal ejemplo que les he dado en cuya virtud les ruego se aparten de los caminos de la Insurrección, que no pueden llevarlos sino a su ruina temporal y eterna.

—Todo esto —dijo el canónigo— lo certifican el secretario y los testigos. Además, haremos pasar por vuestro un manifiesto en el mismo sentido.

—Os tengo compasión —dijo Hidalgo—, la historia se alzaré más tarde para desmentiros; esto no será creído por mis soldados; mañana estaré libre de estas cadenas y mi espíritu volará en torno de mi ejército, en torno de este pueblo que combate por su libertad.

Hidalgo hizo luego una indicación, señalando la puerta a aquellos desgraciados pigmeos que osaban medirse con el caudillo.

“Yo muero; sin embargo, la nación se mueve”. Dios mismo ha ordenado el movimiento como ley eterna de la existencia humana.

En el reducido espacio de aquella torre cilíndrica convertida en calabozo, el adalid preso quiso olvidar el mal momento y sus recuerdos evocaron los primeros levantamientos de aquella masa campesina; una chusma inmensa que marchaba sin disciplina, sin fusiles y sin preparación militar, con solo el ansia de la libertad y las pasiones comprimidas por casi 300 años de sumisión y explotación; contingentes que marchaban siguiendo a sus líderes que acaudillaban su causa.

Pensaba Hidalgo en Ignacio López Rayón, nombrado jefe de la Revolución, antes de caer ellos prisioneros, y qué sería del movimiento a futuro. Rayón era abogado criollo, sabedor de esa lucha de clases que habían originado, pero su timidez y falta de decisión provocaron que pronto se viera opacado por José María Morelos, que le pone más chispa y genio al movimiento. El pensamiento político entre uno y otro marcó la diferencia desde la Junta de Zitácuaro.

Los pueblos viejos, las villas, reales y cantones, despertaron ese impulso que detonó la lucha; el

viejo Presidio del Norte no fue la excepción, la mayoría había tomado partido por la Independencia del país, aunque cierto grupo pudiente vacilaba en su decisión.

En la frontera, los norteamericanos presumían de su libertad ante sus amigos y parientes; todos pensaban que México lograría pronto ese anhelo.

Allá, una decadente clase capitalista había hecho triunfar la revolución y aquí en México, los feudales atrasados estaban en serios problemas ante las ideas liberales de una Constitución como la de Cádiz, que, aunque no se impuso del todo, sí excitó profundamente a las clases dirigentes de la insurgencia.

Los territorios del norte seguían casi despoblados; en Ojinaga campeaba la pobreza, la falta de vías de comunicación, de medios de transporte. La población se consideraba demasiado alejada del centro del estado y del país, por eso se fortalecieron los contactos con Presidio, que era el lugar más próximo, del otro lado del río; fluían técnicas y aperos de labranza más avanzados que le dieron impulso a las tierras agrícolas, aunque los frutos de la agricultura sólo eran para consumo interno. No había almacenes para guardar a futuro, pero

cada año el campesino labraba sus tierras lo más cercano al Bravo o Conchos, y entre ellos florecía la vida en la frontera, casi de milagro, pues los tiempos eran de vacas flacas.

Hombres y mujeres aficionados a la alfarería le sacaban provecho al buen barro de las acequias y el río para elaborar tinajas, vasijas, ollas y jarras al estilo antiguo; aun en las casas viejas o terrenos se pueden observar tepalcates o pedacería de la rústica manera de moldear el barro, que para los antropólogos significaban modelaje de antiguas culturas más allá del Bravo.

Algún hacendoso español dejó semienterrada una bola metálica en lo que pudo ser su molienda de trigo, frijol o metales, que con el tiempo fue encontrada al final de una calle, en las faldas de una loma, trayéndola al centro del poblado y usándola para deslindar algún terreno, pero se hizo leyenda y la gente la llamó “La Bola de Fierro”, hoy enclavada en la esquina de la biblioteca “Profesor José Leyva Aguilar”. Y así como el español trajo al Nuevo Mundo los molinos y en ellos la famosa “muela”, así este perol fundido con buen material, casi en forma de cono y hueco por dentro, tuvo como función golpear con fuerza el material utilizado. Nada tenía de misterioso ni extraterrestre, es una simple parte

del componente de una molienda antigua, siendo la harina la que más se comercializó, aprovechando las ventajas de la agricultura y de la bola metálica al estilo español.

Otra de las tradiciones enraizadas en los habitantes de la Junta (Ojinaga) es la costumbre de fumar. Se sabe que los conchos lo hacían valiéndose de los cigarros hechos de hojas o picadura de un tabaco semi-silvestre que llamaron “macuchi”, el cual causaba adicción, incluso entre los tarahumaras viejos. Los de hoy tienen la facilidad de quemar la hierba que quieran, mientras la variedad y la autoridad se los permitan; el macuchi se cargaba en una bolsita y su mecha era hasta para dos días, usando la hoja delgadita de maíz en lugar del papel; luego lo enrollaban en pitillos, que se conocían como “cigarros de hoja”. Nació entonces un vicio de generaciones. El fumar tiene algo ceremonial o de importancia para la persona; los indígenas lo alternaban con el peyote, planta usada para entrar en las guerras, en sus prácticas religiosas o en la paz; para eso hacían una pipa especial. El tabaco es originario de América y, desde los tiempos prehispánicos en Ojinaga, se sembraba el macuchi con el que llegaron a practicar el trueque con otros indígenas. Esta costumbre permanece hasta nuestros días, pero en

diversas marcas y elaboración, según el gusto y lo arraigado de la adicción.

El peyote

Los tarahumaras lo llaman *jikuri*, y sus efectos pueden ser peligrosos; lo encontramos tanto en la sierra como en el semidesierto de Chihuahua, y produce alucinaciones. Muy pronto se buscó la manera de narcotizarlo o recetarlos para dolores físicos; los curanderos de la sierra lo usan todavía, combinándolo con tesgüino.

El peyote es un pequeño cactus parecido a una zanahoria y combinándolo con alcohol, da como resultado unas alocadas brutas, que quienes lo usan, dicen haber visto hasta al diablo. ¿Sería por estos efectos por lo que sacaron la leyenda del columpio del diablo en Ojinaga? Y no sólo esa, algunas otras se toman como ciertas desde muy atrás en el tiempo, aunque en el fondo todo son especulaciones, cayendo sólo en el campo de lo legendario. Pero a la gente le gusta, y lo mismo jóvenes que adultos viven con la imaginación que les dejaron sus viejos, y así como en muchos pueblos, el nuestro no fue la

excepción; todo con una buena dosis de fanatismo religioso.

Lo real era la ejecución de Hidalgo que se llevaría a efecto por esos días, cuando una serie de prohibiciones le cayeron encima al pueblo de Chihuahua, siendo ejecutados uno a uno desde el mes de mayo, primero Agustín Marroquín, dejando a los principales jefes hasta al último para seguir atormentándolos diariamente con las noticias del sereno don Miguel. Se supo que su tesorero fue muerto el 6 de junio, siendo su propio hermano Mariano Hidalgo. Soportó todo con admirable sangre fría; el asesor que le nombraron pedía que se le cambiara la pena de ser fusilado por ser ministro católico, y propuso el garrote vil que no pudo aplicarse por no haber instrumentos ni verdugo; ésta era otra forma en que la Inquisición ejecutaba a los reos que quería quitarse de enfrente. Y mientras los españoles se preguntaban sobre éstas y otras maniobras, el héroe en su celda escribía versos a sus carceleros; parecía que gozaba de su agonía y de sus ideas libertarias. Su ejército estaba muy lejos para poder salvarle del patíbulo; lo martirizaron con saña hasta lo último.

El acto de la degradación como sacerdote del culto católico no mereció ninguna palabra o gesto,

ningún escándalo; en él sólo había serenidad, y todo lo escuchaba con excesiva indiferencia. Pasado ese espectáculo, ese día siguió platicando con algunos; a ratos orando y meditando, pero jamás hubo una queja. Él mismo había leído a Fleury, quien afirmaba que Dios no impone en la tierra castigos temporales; su sueño de esa noche fue tranquilo, era su último sueño sobre esta vida; mañana sería en la otra y ya estaba listo para empezar a transitar sobre esa senda gloriosa que lleva al verdadero altar de la Patria a sus héroes.

Por fin llega el 30 de julio de 1811, día en que se le llevó el desayuno incompleto, por lo que pidió que le completaran la ración. Llamó a Melchor Guaspe –el alcaide– para regalarle su cajita de rapé adornada y los dulces. A las diez de la mañana lo sacaron de la capilla; le acompañaban algunos sacerdotes y el teniente Pedro Armendáriz era el ejecutor de la sentencia. Pero dejemos que sea el mismo teniente quien narre lo siguiente:



Yo fusilé a Hidalgo

Concluidos los pasos de la degradación que con la misma humildad sufrió el cura Hidalgo, así lo recibí. Lo conduje a la capilla del mismo hospital, siendo ya las diez de la mañana en donde se mantuvo orando a ratos, en otros reconciliándose y en otros hablando con entereza como si no le estuviera llegando el fin de su vida. Acompañado de algunos sacerdotes, doce soldados y yo, lo guiamos al corral del mismo hospital a un rincón donde le esperaba el espantoso banquillo. La marcha se hizo con todo silencio; no fue exhortado por ningún eclesiástico en atención a que lo iba haciendo por sí mismo en

un librito que llevaba en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda. Y tal como lo dije, llegó él al banquillo. Dio a un sacerdote el librito y sin hablar palabra, por sí mismo se sentó en tal sitio, en el cual fue atado con dos portafusiles de los molleros. El crucifijo en ambas manos y la cara al frente de la tropa que distaba formada a dos pasos, a tres de fondo y cuatro de frente que le previenen del fuego desde la primera fila; tres de las balas le dieron en el vientre y la otra le quebró un brazo; el dolor le hizo retorcer un poco el cuerpo, por lo que se zafó la venda de la cabeza y nos clavó aquellos hermosos ojos que tenía; en tal estado hice descargar la segunda fila que le dio toda en el vientre, estando prevenidos que le apuntasen al corazón; poco extremo hizo, aunque sí se le rodaron más lágrimas muy gruesas. Aún se mantenía sin siquiera desmerecer en nada aquella hermosa vista, por lo que le hizo fuego la tercera fila que volvió a errar, no sacando más fruto que haberle hecho pedazos el vientre y la espalda. Quizá sería porque los soldados temblaban como unos azogados; en este caso tan apretado y lastimoso, hice que dos soldados le dispararan poniendo la boca de los cañones sobre el corazón y fue con lo que se consiguió dar fin.

Teniente Pedro Armendáriz

Jefe del Pelotón de

Fusilamiento de Hidalgo

Al morir, el héroe contaba con 58 años; su condición física era bastante buena y esta declaración que hace el teniente Armendáriz, la hizo años después, ya retirado del ejército y de Chihuahua; su conciencia le impuso, allá en Texas, la obligación de dejar para la historia los últimos momentos de Hidalgo y de primera mano se sabe que el cadáver fue expuesto en un tablado y en él, una silla amarrada para la curiosidad pública. Fue en la plaza donde hoy se levanta la columna con su estatua en la ciudad de Chihuahua y no satisfechos aún los odios de la Iglesia y el gobierno español, ordenaron a un tarahumara que de un solo tajo arrancara la cabeza del cuerpo del caudillo con pesado machete, tal como lo habían hecho con los demás Insurgentes caídos por la traición de Elizondo, un ambicioso patán que había pertenecido a la insurgencia, pero que por unas cuantas monedas se convirtió en émulo de Judas.

El sol de esa tarde de julio perdía la fuerza de su

calor y anunciaba pronto la noche; la noticia de esa barbarie pública corría por villas y poblados, señalando cómo el Padre de la Patria había soportado a sangre fría todos los vituperios.

Verdadero mártir de la libertad, a quien el plomo le atravesó su cuerpo, pero al que la eternidad le permitió traspasar con pasos firmes hasta el pedestal del supremo heroísmo que el pueblo ha levantado en su honor.

La Patria le abrió el porvenir. Cada mexicano bien nacido saluda y se postra ante el Altar a la Patria mientras que los esbirros, traidores serviles a tronos extranjeros, mancharon con este asesinato su oficio y pusieron en mal su nombre. Para que nada faltase en esta escena, un clérigo llamado Labarrieta subió a una tribuna que debió haber sido la Tribuna de la Barbarie; y como satélite de la tiranía y el fanatismo, lanzó un anatema contra la idea de la Independencia y maldijo a los héroes en presencia de sus cadáveres.

Las cabezas saladas fueron conducidas hasta Guanajuato para servir de escarmiento al pueblo que osara seguir en contra de los españoles y amenazar los caudales de la Iglesia Romana.

Se cuenta que cuando la noche hubo tendido

sus crespones enlutados bajo aquella rica ciudad de duelo, un hombre se arrodilló bajo la jaula que guardaba la cabeza de Hidalgo; se descubrió la frente que estaba llena de sudor y sacó de su seno un puñal ensangrentado; y arrojándolo al suelo, dijo con voz entrecortada: “Señor, ofrecí vengaros... y Elizondo ya está muerto...”. Era aquel valiente barretero que incendió la puerta de la Alhóndiga de Granaditas, Juan José de los Reyes Martínez Amaro, alias *el Pípila*, quien venía de lejanas tierras.

La Independencia se logró hasta 1821, y entre este año y 1854 se fue gestando nuestra nacionalidad – como lo afirma Cue Cánovas –, apareciendo una clase social conservadora, ahora con mayor fuerza, y un clero católico poderoso con 300 años de fanatismo que le permitieron hasta hoy acumular riquezas en propiedades y que además se valía de la influencia por medio de la enseñanza, el púlpito y el confesionario sobre todos los grupos de la población, con el propósito de infundir sus ideas y consolidar su autoridad. Esta casta, unida a la de los militares, vio privilegios aún mayores con los soldados como aliados, convirtiéndolos en el brazo armado de la Iglesia. Total, el pueblo ignorante sólo estaba impuesto a callar y obedecer por influencia de tres siglos de dominio español y catolicismo romano.

Faltarían todavía diez años para consolidar lo que Hidalgo había empezado. El criollismo rico, la milicia y el clero tan opuestos a la Independencia, al fin verían con buenos ojos esa emancipación y aceptarían separarse de España. Y cuando vieron amenazados sus fueros y propiedades por disposición del monarca español, que ya no podía seguirles manteniendo sus privilegios, y amenazó con quitar soldados y ayuda económica a cambio de que la Nueva España se rascara con sus propias uñas. Nadie lo aceptó, obligando a Guerrero a darse un abrazo en Acatempan por medio de un plan ventajoso para esas clases privilegiadas, dejando a un lado los intereses populares. Guerrero fue engañado, y para cuando despertó de su letargo político, ya teníamos encima la primera monarquía iturbidista representada por una marioneta de mentalidad virreinal al servicio de los intereses de corte conservador.

A la risueña villa fronteriza de Ojinaga llegó Francisco Colomo en 1795, uno de tantos personajes de ese siglo que venía al medio geográfico inhóspito destinado a ser protagonista militar y político donde le narramos aspectos interesantes de su vida, relatados por sus descendientes. Los contornos de sus valles y serranías colindantes con Texas, su flora y singular fauna, plagados de clima extremo-

so, obligaba a muchos esforzados jóvenes a buscar otros horizontes, como Francisco Colomo, el padre de quien fuera después el primer presidente municipal y raíz de una de las familias ojinaguenses más antiguas, descendientes a su vez de aquellos agricultores prominentes emparentados con los Spencer del sur de Texas, y estos a su vez, venidos de la vieja Irlanda.

Eran los tiempos de nuevas expectativas para una nación devastada por la rapiña y explotación de intereses feudales que la monarquía iturbidista trataba de perpetuar, pero las logias masónicas no estaban dispuestas a seguir tolerando más regímenes de tipo conservador feudalista y atrasado. Y entre lo valeroso y decidido de una personalidad surgida por el afán de servicio a la nueva nación que empezaba a gestarse entre asonadas militares, destaca Francisco Colomo, a quien su hoja de servicios lo ubica como un patriota de su tiempo; el acta que lo acredita existe en perfectas condiciones en poder de uno de sus descendientes, Carlos Colomo Sánchez, fechada el 23 de junio de 1870, firmada por don Luis Terrazas y Juan B. Escudero, siendo el presidente de México Benito Juárez García, quien a sus 72 años recibió este documento que arroja luz sobre su trayectoria militar. Al momento de jubilarse recibe \$46.50 de aquellos tiempos, viniendo a

radicar con su esposa e hijos al Presidio del Norte.

Sobre los tiempos de los empleos en cada grado, están los siguientes datos: entra al ejército el 11 de noviembre de 1816 –muy jovencito– y permanece cinco años; sube a cabo el 9 de febrero de 1822 sentando plaza en marzo de ese año; asciende a sargento el 28 de marzo de 1828 por cuatro años, y en 1832 se le nombra alférez segundo. Al año siguiente ya es alférez primero por espacio de tres años; el 11 de agosto de 1836 su nuevo nombramiento es de teniente segundo durante ocho años; el 1 de enero de 1838 es teniente primero, donde también perdura ocho años, habiendo tomado parte en la Batalla de Tampico.

Piensa en el retiro el 24 de octubre de 1844, y siendo ya un cuarentón con experiencia probada, ocupa cargos administrativos; dentro de las milicias fue capitán pagador de colonias militares por cuatro años; como tesorero departamental duró un año; luego llega a Chihuahua como administrador del Hospital Militar y en 1857 fue jefe de Hacienda del estado hasta fines de ese año. Su formación liberal le permitía ser reconocido por mandatarios masones que impulsaron la Revolución de Ayutla en contra del dictador Santa Anna, y volvió tiempo después como comandante del Escuadrón de la

Guardia Nacional por un año, retirándose conforme a la Suprema Orden que se extendió en 1857.

Fue elogiado por sus diversos hechos de armas y obtiene diploma de la Cruz General por haber concurrido a la acción de Santa Cruz de Rosales contra las tropas invasoras de Estados Unidos de América en 1848.

En su constancia se expresa lo siguiente:

Castigos = Ninguno	Conducta Militar = Buena	Valor = Reconocido
Conducta Civil = Buena	Capacidad = Buena	Salud = Buena
Aptitud = Buena		

En enero de 1865 fue comisionado por el Gobierno de la República para sacar los archivos diversos de expedientes contraídos a cantidades del erario federal. Ya en su terruño recordaba sus años juveniles cuando en 1820 fue enrolado a la campaña contra los ópatas rebeldes en Sonora. Aún bajo el régimen del virrey Juan Ruiz de Apodaca, todavía como soldado, fue testigo de una de las páginas más célebres de la historia mexicana: la entrada del Ejército Trigarante a México, estando en sus filas el 27 de septiembre de 1821, obedeciendo a Iturbide de desviar la columna a otra calle donde se en-

contraba “La Güera Rodríguez”, muy emperifollada, presenciando el desfile y al galán desde su balcón.

A Francisco Colomo le tocó jurar la Independencia con una sección de tropa perteneciente a Río Florido el 21 de agosto de 1821. Sus recuerdos abarcaron los tiempos en que era proveedor de las tropas de Ángel Trías, resistiendo años después, en el estado de Chihuahua, a las fuerzas norteamericanas en 1848.

¡Qué lejano sentía aquel 1822 en que sentó plaza con el primer Imperio Mexicano! Fue en marzo, dos meses antes de que Pío Marcha organizara un circo premeditado como alboroto callejero y proclamara a Agustín de Iturbide como Emperador de México. Éste, criollo rico apoyado con el dinero del clero, era pariente del libertador Hidalgo.

La personalidad de Francisco Colomo no varió en nada; siguió perteneciendo a los liberales que empezaron a llegar a México a través de sendas logias; fue un valeroso militar, honrado a carta cabal y su prestigio le valió la confianza de varios presidentes de la república. Todo un patriota destacado, cuya labor es poco recordada entre sus coterráneos; no así su hijo del mismo nombre que ocupó la silla municipal como primer gobernante del movimiento

político en Ojinaga, de 1865 a 1866, como estreno de ese apellido asignado a la antigua Junta por el mismo Benemérito de las Américas, en honor al insigne gobernador recientemente asesinado en Arisiachi por los conservadores. Narraremos las similitudes de ambos en las próximas páginas.

Francisco Colomo (padre) falleció en Ojinaga un 24 de julio de 1871.

Eran los años en que la guerra contra los apaches se recrudecía y consideraban un héroe a todo aquel que se aventuraba a hacerles frente. Colonos, militares, rancheros, hacendados y cazadores de cabelleras, cruzaban desiertos y montañas en busca de recompensas o de la muerte, según les fuera. Buscaban la eliminación social de ese grupo señalado como bárbaros o salvajes implacables.

La oligarquía en Chihuahua no quería amenazas de nadie; sus latifundios aumentaban cada año en haciendas, bancos, agricultura y ganadería, y prosperaban a lo largo del estado y fuera de estos límites. Como decían los rancheros de Marfa, Tx.: “El ganado de Luis Terrazas lo vemos pastar allá por el rumbo de Casa de Piedra, reconociéndolo por sus fierros”. Se presume que el magnate considera-

ba al estado como un rancho más de su propiedad, según comentaban los descendientes de la familia Russell Spencer, que vivían del lado texano.

Ya no importaba tanto el trabajo explotador del indio, ahora eran sus tierras y aguajes para extender la producción ganadera, y de ser posible su exterminio total, por el peligro que representaban como capaces guerreros. Las canciones y corridos se cantaban lo mismo en la capital que en el llano.

La confluencia de ríos como el Conchos y el Bravo significaron un imán para los visitantes de esta comarca; apaches chiricahuas y comanches eran grupos atraídos por la agricultura y caballada que se producía en Ojinaga y en Presidio; luego los ahuyentaban los militares hasta que lograron acabarlos, siendo el estado de Chihuahua quien terminó con la amenaza de la apachería. La ayuda del centro era casi nula y de los EUA poca caballería se desplazaba a las fronteras; el recurso salió del erario estatal y del bolsillo de los hacendados; la consigna era que el mejor indio, era el indio muerto.

Luis Terrazas Fuentes ocupaba continuamente la gubernatura, con la complacencia de los rancheros pudientes que aseguraban era quien más los protegía de las amenazas y robos de sus capitales.

En Presidio, Tx., por ejemplo, el *Fort Leaton* fue un antiguo fuerte español construido en 1683, aprovechándose de la mano de obra indígena; para el siglo XIX, su dueño Benjamín Leaton es tomado por sorpresa por el ejército americano y obligado a celebrar una reunión de paz en el centro de ese vetusto edificio, siendo engañados los indios al pactar con los *gringos* y celebrar con botellas de licor hasta la madrugada. Pero les llegaron los soldados por las azoteas y les vaciaron cargas de balas sobre sus cuerpos, no quedando ninguno vivo. Con esta matanza medio logró salvar su honor y su libertad.

Sobre Ben Leaton pesaba un arresto por vender armas, caballos y licor de contrabando a los indios, aunque estos en adelante le perdieron la confianza; esto demuestra hasta hoy la importancia que tienen para el gobierno americano los denunciantes y los traidores a cambio de dólares.

Benjamín Leaton siguió como próspero ganadero y traficante de armas junto con toda su familia, acabando sus días en ese fuerte que hoy es propiedad de los Parques Nacionales de Texas. Ahí, muy cerca está el cementerio con tumbas antiquísimas que recuerdan a esa familia y la leyenda no se hizo esperar; se dice que Ben Leaton construyó un enorme túnel que atravesaba desde el fuerte hacia el lado mexicano por abajo del río; se decía

que para escapar más fácil o para el ocultamiento del armamento, se aprovechaba la cercanía del Río Bravo, aunque nadie hasta hoy haya podido demostrar que sea cierto.

Presidio era una población pequeña, famosa por ese viejo fuerte español que se caracterizaba por la bonanza de su ganado y tierras, pero también por la crueldad tan inhumana con que eran tratados los presos delincuentes que caían a celdas o mazmorras que en el centro del recinto tenían para escarmiento de “la buena ley”, al estilo texano. Nada le pedía a las de la Inquisición, donde verdugos mentalmente enfermos atormentaban a sus víctimas. A este puerto de Presidio llegaban grandes manadas de caballada fina que luego se vendían a los centros industrioses de los Estados Unidos y que la población cercana de Shafter adquiría para jalar sus carromatos cargados de mineral hasta El Paso.

Esta práctica siguió hasta la Revolución, donde aseguran que Villa se surtía de buenos caballos por 25 dólares cada uno; las bestias eran traídas desde la antigua Hacienda de los Remedios, en el municipio de Jiménez, hoy propiedad ejidal, pero en 1883 su dueño era Marcos Russek, comercializando con los dueños de la vieja Hacienda de Maijoma, en Ojinaga. El terrateniente judío tenía propiedades en

Jiménez y Chihuahua, hasta que decide comprar 86 000 hectáreas; todo un próspero hombre de negocios de Jiménez, quien hizo construir un emporio ganadero en la región, haciéndose famoso después porque Villa le había robado a su hijo una yegua fina y por lo cual, Victoriano Huerta por poco y lo fusila. Esta hacienda ganadera tenía casa de campo, tienda de raya y casas para los peones mientras las aguas termales que bajan de la montaña hicieron prosperar los cultivos; es aquí donde todavía hoy el gran atractivo turístico es una cueva donde en su interior brota una cascada de agua caliente en forma natural que la familia Russek convirtió en baño privado para los hacendados donde aún en invierno se pueden bañar sin problemas de salud. “Los Remedios” llegó a ser una de las haciendas más prósperas del país; su ganado tenía una fama enorme, pero sobre todo sus caballos árabes y el ganado caprino y vacuno que exportaba a los norteamericanos, siendo Ojinaga uno de los puntos fronterizos por donde salía la producción; grande caballada era traída desde Jiménez, Maijoma, Ojinaga y Presidio, atravesando el desierto y prosperando las arcas de Marcos Russek, quien pronto adquirió más terrenos ganaderos. Marcos (el padre) falleció de sesenta años en 1910. La yegua que Villa se robó de aquí

la llamó Siete Leguas y era de los ejemplares árabes pura sangre.

En 1913, la hacienda fue saqueada por un compadre de Villa; el general Tomás Urbina, quien llegó hasta aquí y la incendió, llevándose muebles y pertenencias de la familia. Los Russek salieron desparvoridos al extranjero y durante más de veinte años la hacienda estuvo abandonada, hasta que en 1950 toma posesión de ella el general Eulogio Ortiz – otro villista–, para que finalmente los ejidatarios la adquirieran para su poca explotación agrícola y turística, quedando en pie unos paredones de cantera que cuentan la mayor fama que tuvo en la cría de ganado fino. Majoma fue creciendo como centro poblacional alrededor de la hacienda y los ojos de agua que brotaban del subsuelo.

Con el tiempo se dividieron los terrenos para beneficio de los ejidatarios y se explotó la cantera de sus contornos; los caminos y los ranchos cercanos fueron trazándose hasta colindar con los de Camargo; parte de la familia Asúnsolo creó fama de buenos vecinos. Parece que la prosperidad y la problemática de los pueblos siempre vienen de la mano. Tomemos un ejemplo cualquiera de la vida real: el Rancho San Blas, enclavado en Ojinaga en una de las grandes extensiones ganaderas y agrícola-

las, propiedad del señor Juan M. Pantoja, nacido en la región de Satevó, pero que llegando a la frontera viene al mundo en 1857, dos años después de la caída de la conservadora administración santanista. Fue un hombre rudo, decidido y soltero hasta sus últimos días; era de 70 kilos de peso con 5 pies y 10 pulgadas de alto; ojos cafés y no tenía marca visible, según el pasaporte que le expidieron en Presidio, Tx., el 17 de octubre de 1919, cuando tenía 62 años de edad. Así lo manifestó el vicecónsul mexicano Cosme Bengoechea, quien tramitó su pasaporte como un agricultor que requería del paso de implementos agrícolas de los Estados Unidos de América hacia México. Dicho pasaporte lo pidió desde el 23 de octubre de 1918 ante el agente en Marfa, Hormos M. Gourlay. Estos trámites, comparados con los actuales, en muy poco han cambiado.

Juan M. Pantoja tuvo como hermanos a Amelia, Maurilio, María de Jesús, Agrícola y Elpidia Pantoja Villa.

Durante su juventud, el estado se convulsionaba por los vaivenes de la política desde el centro del país, que repercutía con la imposición de gobernadores liberales o conservadores, según el caso.

El licenciado José Eligio Muñoz se distinguió por

ser un liberal que en 1877 creó los cantones d Ojinaga y Degollado, este último en Temósachi. Curiosamente, este licenciado toma partido por Porfirio Díaz, quien se oponía a la reelección de Lerdo de Tejada; era la rebelión tuxtepecana que alcanzó hasta esta frontera, involucrando personajes como Juan M. Pantoja, que soterradamente se afiliaba a esa rebelión. El gobernador Muñoz llega en los primeros días de marzo de 1877 a Ojinaga, junto con otros simpatizantes, buscando entablar las negociaciones con las fuerzas vivas de esta frontera y luego pasa al lado norteamericano para comunicarse a México por telégrafo con Díaz, que espera respuesta de cada uno de los cantones de Chihuahua. Logrado su cometido sale de esta población y el día 19 de marzo ya está en Rosales, donde apenas unos años antes, el Benemérito Juárez había cenado y bailado alegremente las polkas y redovas de la época. Eran los años de la dominación de Luis Terrazas como cacique y político chihuahuense que se ligaba con prósperos ganaderos de todo el estado, incluido el mencionado Pantoja, aunque Terrazas en este lapso se identificara como contrario a Díaz; la prensa de Chihuahua pagada por él, lo alababa como un semidiós del liberalismo norteco, cuya fortuna iba en aumento; estos ganaderos

tenían las constantes amenazas de los apaches y otra lacra social que apareció en Chihuahua y en Durango, llamados “Los Tulíces”, que eran partidas de bandidos, ladrones y salteadores que cometían excesos en las poblaciones y ranchos desprotegidos. Pero sería en Chihuahua donde los capturaron, pasándolos por las armas y acabando con ellos; los ranchos del norte armaron gente para protección de tantos bandidos de la época, que mermaban el ganado.

Uno de los abusos del gobernador Luis Terrazas fue el apropiarse de los productos de las aduanas fronterizas de Ciudad Juárez y Ojinaga; tanto, que el Gobierno federal expide una ley en 1862 para frenar esos desmanes. Llegaban muchas noticias incluso amorosas, como el noviazgo del licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, que permanecía fiel a la soltería, hasta que en Chihuahua encontró a su encantadora media naranja, la señorita Manuela Revilla, quien se hizo novia del ministro juarista; un amor idolatrado que nunca pudo concretarse por medio del matrimonio, muriendo así el licenciado en el destierro y en los suspiros por aquella dama que fue hija de don Bernardo Revilla. Todo acabó en amores de lejos, y aunque muy retardados, llegaban los chismes hasta el último rincón del país.

El asesinato del gobernador (1865) Manuel Ojinaga en Arisiachi estaba muy reciente, producto de esos enfrentamientos políticos entre liberales masones y conservadores recalcitrantes. Ese año Ojinaga pasó de ser Presidio del Norte a Villa de Ojinaga.

Luego de diferentes acontecimientos, el periódico del gobierno “La República”, competía contra otro que seguía a Porfirio Díaz: “El Imparcial”. La masonería, en pugna por el poder, organizó sus fuerzas en Chihuahua; acumularon pertrechos de guerra por parte del gobernador Terrazas, quien el 5 de enero de 1872 decretó una rebaja del 33% sobre los derechos de importación de mercancías por las aduanas de Ciudad Juárez y Ojinaga, lo que muchos rancheros y comerciantes aprovecharon para pagar menos que en el arancel federal. Luis Terrazas le erró políticamente, tomando partido por Ciudad Juárez, y sin tener facultades para inmiscuirse en los asuntos de la Administración de Aduanas. La Secretaría desaprobó esa medida que Terrazas había dictado y aun así prosperaban ranchos ganaderos como la Hacienda de Amapolas, Charco de Peña, El Pulpito, San Blas, Punta de Agua, Charco de Piedra, La Morita, etcétera, por el rumbo de Ojinaga y Camargo.

Sin adelantarnos a los acontecimientos en la

nueva provincia de Chihuahua, separada de Durango por decreto en julio de 1823, apenas dos años posteriores a la consumación de la Independencia, surge el primer gobernante José Ignacio de Urquidi en 1824 como provisional; era un militar político con negocios particulares y dueño de la Hacienda de la Concepción –así se llamaba su esposa–. Y no dejando ningún heredero, se dedicó a reponer losas en el piso, el alumbrado público, los caminos vecinales, el empedrado de las banquetas y mandar la fuerza pública a Moris, donde algunos indígenas ópatas andaban de la greña con otros de Sonora; introdujo la imprenta como buen republicano, reglamentó la Constitución del Estado y al dejar el mando del gobierno, se va para México en 1826, donde falleció y está sepultado.

Tanto en un lugar de la república como en otro, se suscitaban aspectos históricos relevantes que no se volverán a repetir, en contraposición de aquellos historiadores que afirman que la historia es cíclica y repetitiva en muchos de sus hechos, pero no es así; la filosofía de la historia nos dice que nada se repite, todo acontecimiento es nuevo. La Independencia de México en 1810 ocurrió sólo una vez, y aunque puede producirse otra revolución parecida, nunca será la misma, porque intervienen otros

factores, circunstancias, etcétera, aunque las condiciones sean las mismas, puesto que el hombre –hacedor de la historia– también es el mismo en esencia, pasiones y aspiraciones a través de todos los tiempos, ya que forzosamente se van creando hechos de sucesión y no de repetición. En este volumen echaremos mano de documentos familiares como testimonios reales de la vida de antaño en la frontera y conversaciones con personajes de la vida social y política que explican de algún modo el ser de una comunidad entre dos ríos importantes que fueron la atracción de seres humanos que formaron nuestra cultura muy propia. Habrá pues, cosas y hechos parecidos, pero nunca iguales.

Con la llegada de los liberales al poder, se expidieron leyes que acabaron con los fueros y privilegios de aquellas fuerzas de tipo conservador, de sus propiedades y riquezas acumuladas por siglos, siendo la institución católica romana la más afectada, ya que poseía el control de fincas y predios agrícolas y ganaderos, llamados por los juaristas “Bienes de manos muertas”. Al poner en venta dichas propiedades expropiadas a la Iglesia, los acaudalados aprovecharon para comprar tierras que ocasionarían la formación de ricas haciendas bajo su control, naciendo así la clase terratenien-

te, principal motor de una próxima revolución social de masas campesinas explotadas y dirigidas por una nueva burguesía joven en contra de grupos arcaicos representados por un dictador. Casonas y haciendas pasaron a manos de familias poderosas en Chihuahua, como los Terrazas, los Vallina, los Muñoz, los Cuilty, los Creel, los Russek, los Revilla, etcétera.

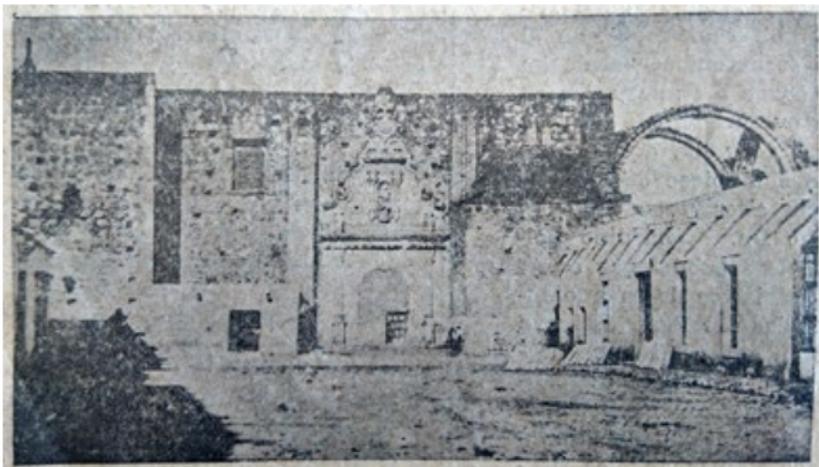
En los entornos de la frontera de Chihuahua, esas pampas norteñas tan externas y solas aún conservaban las pisadas del búfalo; la víbora que guarda su veneno; el gavilán y el viento en remolino. Se ven ahí los campesinos quemados por el recalitrante sol y sólo la lluvia temprana o tardía provoca ocasionalmente una sonrisa en sus labios; los días son difíciles; como el coyote que persigue a la liebre, así los campesinos a su cosecha. Y aunque sepa que como mediero su situación nunca cambiará, por el rumbo Palos Blancos empieza a surgir una hacienda con ese nombre, propiedad de Enrique C. Creel; buenas tierras labrantías pegadas al Río Bravo que su dueño visitó tan sólo dos ocasiones en su vida. No obstante, el capataz estaba ahí siempre vigilante a caballo y látigo inseparable. En Palos Blancos, la escasa población era heredera de aquellos indígenas que los españoles asentaron a los márgenes de

los ríos que ahora en el nuevo siglo tenían también nuevos amos.

En Chihuahua, el viejo convento y hospital de los jesuitas estaba a punto de ser demolido con autorización del presidente Juárez, quien autorizó siempre y cuando se respetara la conservación del calabozo donde estuvo prisionero el Padre de la Patria; esto con el fin de darle modernidad a esos terrenos, donde tiempo después se construyó el Palacio federal.

En Ojinaga, otro núcleo de población floreció en la Hacienda de San Juan; la familia de Juan Cervantes que llegó ahí para hacer prosperar los campos agrícolas, pero de la cual no se supo de dónde venía. Sin embargo, fue aceptada entre el viejo caserío de campesinos que se beneficiaban con trabajos, el molino de harina y los productos que llegaron al poblado más rápido, ya que eran traídos por don Juan y sus capataces en los carretoneros jalados por mulas desde la frontera y la capital del estado. Se decía que el señor Cervantes ocultó en su hacienda algunos implementos para troquelar dinero y almacenar aquellas monedas de gran valor como oro y plata; pero lo notorio fue la prosperidad de la hacienda y su molino de trigo. En muy poco tiempo, Cervantes cruzó la Sierra del Pegüis con rumbo

a Cuchillo Parado y compró más tierras agrícolas, todo esto antes de los movimientos revolucionarios en Chihuahua.



Una extraña carta

Sentado don Juan Cervantes bajo los árboles cercanos a su hacienda, decide leer las notas de un viejo periódico que le regalaron en Chihuahua; eran de un indio Piel Roja de *Seattle* en la Unión Americana, el cual dio respuesta a la petición de compra de sus tierras que le hizo el presidente de EUA en el año 1854.

Él contestó así:

Jefe de los Caras Pálidas:

¿Cómo se puede comprar el cielo o el color de la tierra? Eso es para nosotros una idea muy rara. Si nadie puede tener la frescura del viento ni del agua,

¿cómo es que ustedes quieren comprarla? Mi pueblo cree que todo esto es sagrado.

Cada pino que está naciendo, cada granito de arena del río; los arroyos, cada gota de rocío en los bosques; cada colina, son sagrados según la mentalidad de mi pueblo. Las Caras Pálidas olvidan a su nación cuando mueren y se van a las estrellas, pero nuestros muertos nunca olvidan la tierra que es como la madre.

El venado, el caballo y el águila son nuestros hermanos y creo que usted, como jefe, pide demasiado al querer comprar nuestras tierras. Dice también que nos reservaría un lugar para vivir y que usted sería como un padre para nosotros, pero no podemos aceptar esa oferta. El agua que corre por arroyos y ríos es la sangre de nuestros antepasados; ustedes no entienden nuestro modo de vida; entre las diferencias, hay dos terrones: ustedes llegan por las noches a usurpar de la tierra lo que necesitan; conquistan territorios dejando muchos muertos; tratan de comprar tierras como si fueran cuentas de collar; las tierras las convierten en desiertos; nosotros somos silvestres y no lo entendemos; en sus poblaciones no hay tranquilidad, no se oye el aleteo de los insectos; hay mucho ruido.

¿Para qué quieren la vida si no escuchan al pájaro chotacabras, ni las ranas ni el aroma del pino por la llovizna? Nosotros compartimos el mismo aliento y si les vendiéramos nuestras tierras, perderíamos también todo eso. He visto muchos búfalos que caen muertos por ustedes, que a balazos los acaban desde los trenes y luego los dejan tirados; no entiendo cómo ustedes los blancos le dan más valor a una máquina que a un búfalo.

El destino de los animales es el mismo que el de los hombres, la tierra debe ser respetada. Lo que la tierra padezca será padecida por sus hijos; cuando escupen al suelo, se escupen a ellos mismos.

Nosotros creemos que la tierra no es del hombre, sino el hombre se debe a la tierra. El hombre es solo una hebra de ese tejido, ustedes no escapan de esto, aunque hablen con su Dios como si fuera su amigo.

A pesar de todo, pienso que tal vez los Pieles Rojas y ustedes los Caras Pálidas seamos hermanos; quizá descubran que veneramos al mismo Dios, Él es de todos los hombres y su compasión se extiende por igual. Dios creó la tierra y la respeta, y quien la dañe, se enfrentará a su furia.

Ya no sigan infectando sus lechos, porque despertarán ahogándose en sus desperdicios. Para nosotros

es un misterio que ustedes estén aquí; no entendemos por qué matan a tantos búfalos ni por qué dominan a sus caballos, ni por qué destruyen el paisaje con tantos cables para comunicarse.

¿Qué ha pasado con el águila? Ha desaparecido. De hoy en adelante la vida ha terminado. Ahora empezamos a sobrevivir.

Hasta aquí la carta de un viejo sabio enviada a otro, a quien como político sólo le interesaba “el bien de la nación”. Esto era el reflejo de la época, el acaparamiento sin importar el precio; lamentablemente el hombre lobo sigue acabando a su semejante.

Se escuchó el rechinar de la vieja mecedora donde Cervantes leía interesado y pensativo en su actividad de rico hacendado; total, sólo eran opiniones de un indio.

Las memorias de don Melchor

Era una de tantas ocasiones que visitamos el Balneario de Coyame, donde las aguas fueron testigos que de sus “ojos” bebieron agua Pancho Villa y sus hombres, según afirmaban los viejos de Coyame. Una tarde calurosa del verano de 1974, estando en la plaza central del poblado, vi a un anciano sentado en una de las bancas disfrutando la tarde bajo los inmensos álamos y pinos; no supe quién era, pero tenía una mente lúcida y facilidad de palabra. Nos identificamos y nos caímos bien; empezó él a platicar sobre Coyame y su historia; se notaba que le tenía aprecio al terruño y a la familia; era aquel emperador expresidente de nombre Melchor Ramírez Navarrete, que en el trienio de 1953 a 1955 había dirigido el destino de los coyamenses. Pero las crónicas dicen que, por su trabajo y honradez, ya había fungido como tal en 1936, 1937 y de 1944 a 1946.

En el centro de esa plaza pública se levantó un busto del caudillo Miguel Hidalgo y Costilla que el mismo don Melchor mandó colocar cuando era presidente. Los habitantes llenaban esa plaza en sus ferias regionales, en bodas, en las fiestas de la Independencia, en desfiles o actos políticos. Don Melchor, con cierta nostalgia, veía el busto y decía:

“Hidalgo fue un buen hombre; esa plaza fue remozada pero el busto del insurgente ahí está, viendo pasar el tiempo desde 1953, cuando aún la luz eléctrica no llegaba al poblado”. La tarde había caído al despedirme de aquel viejo personaje; me aseguré que pronto me enviaría una carta contándome otros datos de Coyame para que fueran leídos a través de la radio, ya que para muchos eran desconocidos. Pasada una semana, efectivamente me llegó una carta que decía:

Coyame se fundó el día 11 de junio del año 1715, con el nombre de Santiago del Coyame, aunque una vieja escritura que se hizo y existe también, dice que se llamó Ciénega del Coyame, nombre que se tomó del Coyamé (con acento), según datos y versiones de hombres muy viejos como un señor que se llamaba Reyes Sosa, muerto en el año 1895 a la edad de 108 años. Se sabe que era de raza india, él lo relataba.

Una vez que fue fundado este lugar por el sargento mayor Juan Antonio Trasviña y Retes, quien habiendo fundado ya en compañía de los religiosos la Misión de la Junta de los Ríos el 2 de junio de 1715, de regreso a San Francisco de Cuéllar y de paso por este lugar, fundó lo que se llamó Santiago del Coyame a los nueve días de la fundación de la Junta de los Ríos,

donde se establecieron diez familias que no pudieron permanecer mucho tiempo por causa de los ataques de los indios apaches y comanches que eran los que merodeaban en esos lugares. Decía Sosa que a los que no mataron se fueron del lugar, habiéndose quedado todo eso despoblado por diez años. Pero cuando al capitán Manuel Muñoz, por orden superior, se le ordenó que se trasladara a la Misión de la Junta de los Ríos (Ojinaga), venía de Julimes. Los apaches y comanches no dejaban en paz a los que vivían en ese lugar, pero al parecer en el año 1759 se pobló de nuevo este lugar con veinte familias, procediendo entonces a establecer un presidio al que se le dio el nombre de Presidio del Príncipe (Coyame).

Según contaba Reyes Sosa, él mismo lo escuchó de sus antepasados. En 1787 en que él nació, los acontecimientos aún estaban frescos y –dice además esta misiva– que a la edificación del presidio le siguió la iglesia en ese lugar que según las cuentas, a la fecha (1931) tiene 216 años (salvo equívoco), quedando este templo dentro del perímetro circundado por dicho presidio hecho con paredones, quedando también una noria que se cavó para el abastecimiento del agua para las familias, porque contaban que cuando había peligro a causa de los indios que aparecían, todas las familias se encerraban dentro del presidio y los hom-

bres salían a pelear con ellos hasta que se retiraban, recogién dose entonces a sus hogares.

Según los últimos datos que proporcionó Sosa, en este lugar Del Coyame sí había minas ricas y por esto, tal vez los españoles trabajaban esas minas y establecieron una fundición para el trabajo de los metales a orillas del pueblo hacia el noreste de la población.

Pero los hombres más viejos que ya murieron, como don Reyes Sosa de 108 años, así como Anselmo Ortega que murió de 105 años y don Celso Ramírez de 94, ninguno dio razón acerca de la fecha en que funcionó esa fundición ni de dónde traían el mineral, dando por resultado que sí conocieron los graseros de la fundición y se dieron cuenta que tenían mucha plata, la levantaron toda hacia Chihuahua.

Hasta aquí los datos que proporciono a usted. Una vez estudiados, sabrá si les da publicidad.

Atentamente

Melchor Ramírez N.

(Firma)

En este texto se aprecia el valor de hechos históricos verídicos muy apegados al relato actual sobre este municipio de Chihuahua, los cuales ya fueron narrados al principio de esta obra.

Viendo desde la Junta de los Ríos Bravo y Conchos, se aprecia el alto lomerío donde ubicaron los españoles el vetusto presidio militar, con defensas estratégicas y fácil desplazamiento de tropas hacia el noroeste; ahí el poblado de San Francisco se fue moldeando hasta las faldas de la loma y luego se dieron prósperos sembradíos en una comunidad agrícola y ganadera desde tiempos lejanos.

En la memoria de muchos ojinaguenses persiste el recuerdo de viejas leyendas surgidas de ancestrales mitos de la gente sin que nadie sepa sus orígenes, pero sí sus propósitos de ir a buscar entierros, túneles con armas, manuscritos o monedas de oro que siempre serán codiciables para los buscadores de las antigüedades. Lo único que se pudo constatar es que todavía en la década de 1950 existían tumbas antiguas en la punta de la loma y que por ahí mismo, doña Chavelita encontró una pequeña petaca con rosarios y manteles blancos muy bien doblados, que al sacarlos al aire se deshacían en plumas blancas; esa petaca estaba ceñida como una baqueta de cuero de venado; otro buscador más moderno encontró un aparato de baterías y una campana del tamaño de un melón a la que le cabían tres dedos; al parecer era de oro.

Dicen que una antigua familia Muñoz, habitante

de esos contornos, encontró monedas de oro, pero en fin, la gente común asegura muchas cosas sobre el lugar que ocupó el viejo Presidio de la Junta, por lo que aún persisten las leyendas de aparecidos y ruidos, donde se supone que fue el panteón, así como fantasmas silenciosos que llegan al caserío donde se mete el sol. Según las charlas de algunos lugareños con el autor, en 1982 fue visible a mis ojos el trabajo de la maquinaria de Gobierno que hizo una enorme zanja como a dos metros en algún tramo de la loma, quedando al descubierto una difunta a la que se le veía una parte del vestido negro con que fue sepultada y unos pedazos de tabla de lo que se supone era el ataúd; pero lo más raro de este caso, es que los pocos huesos humanos que aún quedaban, estaban quemados. El médico legista a quien mostré partes de la osamenta, no supo o no quiso dar una explicación más científica del porqué del estado óseo en esas condiciones.

El operador de la máquina ya no estaba en el lugar, salió corriendo, pero no del susto sino del gusto; dice la gente que porque junto con los huesos se encontró bastante dinero. Todos estos relatos y leyendas los encuentra el lector en cada pueblo muy a su estilo; de lo que no cabe duda es que merecen una crónica aparte, ya que la imaginación es mucha

y sea verdad o mentira, el hecho es que la gente los cree y los repite por generaciones, siendo parte de la idiosincrasia del pueblo mismo.

Las crónicas antiguas ubican a los cementerios de los presidios casi siempre en el atrio de la capilla dentro de la muralla y los del frente de la iglesia eran para los soldados y la “gente bien”. Y según el criterio ramplón de la Iglesia, los indios eran sepultados hacia los lados del perímetro un tanto lejos de las tumbas y los epitafios. También se descubren datos interesantes para la historia de los pueblos y familias del viejo presidio ubicado en San Francisco y su lomerío, como este caso: niños, jóvenes y adultos, a consecuencia de tantos relatos y sustos, fueron perdiendo el miedo a la noche, a los ruidos, a los movimientos; pero al peligroso apache le temían más que a los muertos, porque llegadas las siete de la tarde, todo mundo corría a encerrarse a piedra y lodo, ya que el terror los asombraba más que los muertos; las bandas de indios no dejaban títere con cabeza.

Las incipientes viviendas fueron tomando forma en su alineación, trazando las primeras callejuelas de aquel viejo presidio militar y de la iglesia central, puestos como referencia en la venta de solares y patios caseros con basadas de adobe y jardín con

un toque español plasmado en porches y azoteas.

Algunos “acomodados” construían sus casonas con zaguán y pila central rodeada de macetas y muchos cuartos protegidos por alta muralla con entrada y salida para carruajes de mayor tiro.

En las vecindades se reproducía el populacho apegado a viejas tradiciones sociales y religiosas muy marcadas; a los cultivos primarios se les asoció el comercio con venta de comestibles y aperos de labranza principalmente; la educación era incipiente y la industria no aparecía por ningún lado; los jefes políticos poblacionales ocupaban los cargos públicos por breve tiempo buscando medio aplicar la Ley y la obra pública, que era escasa. Surge en el centro una plaza de armas que antaño se escogía para aplicar la justicia ante los ojos del pueblo; una audiencia pública donde los reos y quejosos quedaban delante de un juez de letras encargado de hacer justicia rápida ante los curiosos; una plaza pública donde cada amanecer la soldadesca marchaba y presentaba armas a sus superiores con el pase de lista acostumbrado y los festejos cívicos enarbolando la bandera en el centro y arengando al pueblo con discursos. El pan y el circo venían después, por lo cual los aplausos se escucharon tanto para la Dictadura Santanista como para los liberales a partir de

1855, año en que el movimiento masónico de Ayutla corrió del poder a Santa Anna. La gente tomaba partido en uno y otro bando; la influencia clerical era muy fuerte y desde lejos venían personajes con otras ideologías como hasta hoy, buscando posicionar su bando.

Fue un tal Benigno Jiménez, pilar de una acaudalada familia, quien sentó los cimientos de una próspera edificación de adobe atravesado que la gente bautizó después como “La Comercial del Norte”, que servía de casa-habitación, tienda y casa de huéspedes con noria interior en el centro del predio. Fue muy conocida la prosperidad de esta familia por sus nexos comerciales con los burgueses de la capital del estado, de comerciantes texanos y traficantes misteriosos que ofrecían productos prohibidos como armas y aguardientes finos; su relación comercial con Milton Faver, hombre legendario de gruesa barba blanca, lo relacionaron con el comercio a gran escala en la región, aún más allá del Bravo y de Texas.

La bonanza de estos tiempos estaba en el comercio y el centro minero más cercano era Shafter, Tx.; y desde ese centro hasta El Paso, las viejas carretas jaladas por yuntas acarrearón el metal a las fundidoras paseñas; sin embargo, el flagelo de los indios aún no desaparecía.

Los hijos de Benigno Jiménez agrandaron la propiedad, adjudicándose otras más y decidiendo los descendientes construir otro nivel a esa casona del centro. En las escrituras consultadas se refleja más el espíritu emprendedor de los hijos de Benigno, sobre todo dos de ellos: Narciso y Bibiano, que fueron acaparadores de terrenos y tierras labrantías; manejaron los asuntos públicos y monopolizaron las principales actividades en Ojinaga. Fueron los negocios turbios los que acabaron con la vida de Narciso, empezando por ahí a desmoronarse la fortuna y vidas de esta familia tan rica que competía hasta con el comercio texano.

Los temporales cercanos al río seguían produciendo lo típico de las cosechas de maíz, sandía, tomate, melón, chile, calabacita, ciruelo, durazno, chabacano y más productos que los campesinos acarreaban al poblado que crecía y aprovechaban para llevar los chismes y comentarios a sus comunidades, noticia que estremeció a la sociedad de entonces.

Debido al asesinato del rico Jiménez de Ojinaga por cuenta de un norteamericano que corrió a esconderse en Presidio, mucha gente temía a los pocos indígenas apaches que estaban cerca de Santa Teresa, municipio de Ojinaga, que quedaron allí

desde 1857 en que el gobernador Jesús María Palacios había ordenado al coronel José Quintanilla que los reuniera en ese lugar para hacer las paces con apaches mezcaleros y se quedasen asentados ahí por largo tiempo. Sólo daban obediencia a las columnas militares del Gobierno y de esto daba cuenta El Observador Demócrata, periódico de Parral.

El gobernador Palacios era abogado liberal republicano y estuvo siempre ligado a los juaristas aun después de dejar el gobierno; y al ocurrir la primera invasión de las fuerzas francesas en Chihuahua, que venían al mando del comandante Brincourt, Palacios se retira en dirección a esta Villa de Ojinaga acompañado de otros personajes de tendencia republicana; sabía que en esta frontera existía gente de corte liberal y se sabe que los invasores franceses obligaron a su familia a regresarse hacia Aldama, impidiéndoles seguir la marcha a Ojinaga, entre otras noticias.

Aquí mismo, en este puerto fronterizo, un diputado firmó una protesta contra el general Jesús González Ortega, señalándole la pérdida en su encargo de presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; el motivo fue que González se había ido a residir a territorio extranjero, lo que sucedió en enero de 1866, dedicándose entonces a donar rifles

y cajones de parque para gente de tropa organizada en la región.

Jesús María Palacios murió pobre como porfirista en 1871; tanto, que el gobierno de Chihuahua tuvo que pagar todos los gastos funerarios. El tiempo fue apacible en la región, salvo los acontecimientos políticos entre conservadores y liberales por el poder, entre los que corría la fama de un general revoltoso encubierto con el manto de heroísmo, ganado a pulso en la guerra contra Francia: el oaxaqueño Porfirio Díaz Mori buscaba –según sus ambiciones– llegar al poder máximo para recuperar los fueros militares abolidos por el Benemérito Juárez contra la casta de afanados grupos castrenses. Pero sería hasta 1884, cuando extendiera su mano derecha en el Congreso y se elevara como presidente a sus 54 años de edad. En Chihuahua, años antes, el gobernador y licenciado Antonio Ochoa ordenó enseguida el traslado definitivo de los restos del general Manuel Ojinaga de ciudad Guerrero a la capital del estado; de las familias ojinaguenses representativas acudieron los Jiménez, la familia de Francisco Colomo y otros; en 1875, apenas diez años atrás, el ilustre general Ojinaga había sido asesinado (1865) en Arisiachi, en la sierra de Chihuahua, siendo gobernador. En la actualidad se levanta en su honor

una estatua por el Paseo Bolívar. Pero también está fresca la muerte del presidente Juárez, en 1872, y la organización liberal de Ojinaga, llamada Junta Patriótica, había organizado bandos solemnes y conferencias que ilustraban la figura del indígena Juárez García.

La poca gente que leía y sabía, comentaba lo impreso en los periódicos y las alegorías, la política, los chismes groseros, las picardías, los cuentos y notas sociales de todas partes del estado que llegaban a esta Villa de Ojinaga. Los periódicos de más circulación en Chihuahua fueron el Rasca Rabias, Juan Panadero y El Radical, todos con el sello terracista que atacaba o ensalzaba figuras políticas, según la orden del acaudalado Luis Terrazas.

Eran tiempos difíciles del bandidaje, de ladrones y asaltantes en despoblado; la ruta hacia la capital era por el rumbo de La Mula, camino viejo que ayudaba a sortear la Sierra del Pegüis. En 1877, en los Cantones de Ojinaga y Degollado, allá por enero de ese año, el licenciado J. Eligio Muñoz es nombrado por Díaz gobernante del estado y Comandante Militar, pero llegado marzo, aparece por Ojinaga con adictos a su causa en contra de los opositores de sus dos cargos. Aquí en Ojinaga le resultó fácil pasar a Presidio, Tx., y comunicarse a México

con Díaz, consiguiendo el apoyo del tuxtepecano; se notaba ya el fuerte influjo político del general Díaz, que en muchas regiones del estado tenía apoyo y Ojinaga no era la excepción. La presencia del licenciado Muñoz confirma su estancia en la Villa de Ojinaga por algunos días.

La era terracista

Luis Terrazas fue el personaje más característico y acaudalado que llega al gobierno de Chihuahua por una designación del Congreso local, por vez primera en septiembre de 1860, nombrándolo sustituto a los 31 años de edad, cuando acababa de dejar el puesto de Síndico del Ayuntamiento.

Fueron los negocios y la política los soportes de una gran fortuna que lo convirtió en uno de los tres hombres más poderosos de México, con prominentes socios y diversas empresas y haciendas que disfrutó durante esa larga vida de 94 años dedicado a esporádicos ataques militares, arduas cabalgatas por extensos y polvosos desiertos hasta Ojinaga y Juárez, y aduanas que abrían fácilmente al paso de sus mercancías hacia Norteamérica y vicever-

sa; un personaje nacido en otro México, de formación ideológica masónica, que en 1852 se casó con Carolina Culty Bustamante. Siempre unidos al estado norteño, esta lejanía del centro lo hizo autosuficiente, primero como partidario de Benito Juárez, hospedador de la república y opuesto a Porfirio Díaz, quien terminó siendo su amigo. No fue un ateo consumado a pesar de su ideología; fue un católico práctico que aprovechó a la Iglesia para acumular bienes, incluso a través de doña Carolina. Pero el apache también sumaba bienes, ganado y granos a costa suya, siendo precisamente durante el gobierno de Terrazas cuando recrecieron más estas guerras de sangre, ya que no fue condescendiente con la indiada, sino al contrario, le insinuó a su primo Joaquín que los persiguiera a muerte y exterminio, violentando más la paz social que ya de por sí era precaria, siguiéndolos hasta Tres Castillos en el municipio de Coyame. Los informes de los periódicos de la época detallan el asesinato de Eugenio Herrera y Quintero Rivera en Vado de Piedra, hoy sección de Ojinaga por el Río Bravo hacia el norte. Los indios alzados atravesaron parte de Texas y atacaron varias poblaciones por la Sierra de la Candelaria, desplazándose a Ojinaga, donde se organizaron los vecinos para el caso que les produjo la defensa.

El terror se apodera de la población, pero los bárbaros deciden desviarse hacia El Pegüis.

Desde los días del gobernador Irigoyen se estilaban las “contratas de sangre”, un negocio peligroso para algunos como Santiago Kirker, a quien le sirvió para cobrar alto las cabelleras apaches y de paso prestarse a uno que otro fraude. Las gavillas apaches respondieron igual y en ocasiones hasta peor que sus perseguidores; los gandules apaches eran comandados por capintacillos muy bravos y astutos. Y cuando los tomaban prisioneros, su destino era la servidumbre en trabajos forzados; los niños y las mujeres eran repartidos entre familias; a aquellos que corrían con más suerte los educaban, pero otros simplemente eran sirvientes.

La cabellera de un indio era pagada en 300 pesos, de ahí que se decía que “el mejor indio es el indio muerto”. Una de las volantas militares salía de Chihuahua hacia Aldama, Coyame y Ojinaga, peinando las serranías y aguajes en busca de gandules que huían a Manuel Benavides. En 1874, el jefe Arzate llegó a ese viejo presidio para solicitar una audiencia con el gobernador, pero fue hasta el siguiente año en que recibió la ayuda, asentándose allí en el Presidio de Cerro Gordo que fundó Hugo O’conor en 1773. Después, el capitán Felipe Griego lo establece como pueblo en 1836.

Pasarían 46 años más para que en la Sierra de la Candelaria el indio Victorio hiciera una masacre de rifleros en la ranchería, aumentando una grave emergencia de guerra con la cual empezaba el tenebroso año de 1880. En el mes de febrero, Victorio recorre el Río Bravo desde el Paso del Norte hasta Ojinaga, escondiéndose y burlando las Compañías de Dragones que pagaban los ricos hacendados de Chihuahua; de la Villa de Ojinaga sale Victorio con más indios a buscar las atrayentes lagunas, reanudando el pillaje y los asesinatos. Le acompañaba Ju, otro feroz apache.

Los rancheros y la misma Legislatura de Chihuahua los consideraban verdaderas hordas salvajes; “una plaga”, decía el gobernador Terrazas, porque los tenían por enemigos rateros de su ganado. En el Cantón de Ojinaga, Terrazas había impuesto como jefe político a Paulino Flotte, quien fue un infatigable servidor del gobernador y se coordinaba con ayuda de militares y voluntarios para medio conservar la paz en la región, hasta que, muy enfermo, renunció al cargo.

Así, el 14 de octubre de 1880, Joaquín Terrazas llegaría a unos picachos rocosos conocidos como “Tres Castillos”, en Coyame, con la consigna de acorrallar y acabar a la gente de Victorio; y éste que

de pronto se encontró a dos fuegos, venía huyendo del coronel Baylor, un *gringo* despiadado pero torpe, y a quien a pesar de traer espías y apaches paleros, el indio Victorio logró evadir muchas veces, aun cuando las mujeres y niños venían en el grupo rebelde desde los Estados Unidos. Baylor y su contingente fueron los últimos americanos que persiguieron a Victorio sin darle alcance, pero fue más sagaz el coronel Joaquín Terrazas con la Compañía de Arisiachi, comandada por el tarahumara Mauricio Corredor, al lograr acorralar a la indiada en los parapetos de Tres Castillos.

Ahí, con más gente, los blancos repelieron el ataque de los indios, cayendo el jefe principal de los apaches con los resultados ya conocidos. Corredor logra darle en el pecho a Victorio y lo tira del caballo, recibiendo la felicitación inmediata de su compadre Roque, mientras que Naná, lugarteniente del fallecido, ordena retirarse otra vez hacia los picos, pero la caballería lo sigue hasta acabarlos; las mujeres gritan y lloran igual que los niños, pidiendo clemencia como pueden, en lo que sería ya el inicio de la derrota. Algunos fueron hechos prisioneros y llevados a Chihuahua en fila y bien amarrados, y se recogió también el botín. Para el día siguiente por la noche ya estaban festejando en Chihuahua, ofre-

ciéndole a Joaquín Terrazas una corona y muchos elogios por parte del licenciado Silvestre Bustamante, según consta en un boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos. Sin embargo, la apachería no desaparecía del todo, pues aún faltaban las acciones de Ju y Gerónimo, que venían atrás, y quienes consideraban a Chihuahua como su tierra y no pensaban abandonarla.

La escritora coyamense, señora Rosario Rodríguez Ramírez, narra lo siguiente en su libro *Coyame*:

La mayoría de los miembros de la tribu iban a pie, ya que los caballos eran usados sólo por los guerreros, haciendo con esto el traslado más difícil, ya que había ancianos, mujeres y niños. Estos cansados viajes eran para despistar a sus perseguidores, librando cada día una batalla contra el árido y hostil terreno. El Gobierno decide poner fin a estas persecuciones, uniendo fuerzas con varios cantones del estado como Guerrero, Iturbide, Bravo, Degollado y Galeana, una fracción de seguridad pública y rurales comandados por el coronel Joaquín Terrazas y el mayor Juan Mata Ortiz.

Esto se hizo para dar muerte al indio Victorio y a su banda, ya que se les consideraba ladrones y asesinos.

nos, por lo que había que acabarlos a como diera lugar. La tribu de Victorio cada día se veía más acorralada y para hacer la paz, la cita era Tres Castillos, al norte del municipio de Coyame, en octubre de 1880.

Otro caso que llama la atención sobre el tema fue el ataque de los indios apaches sobre el señor Albino Ramírez, tatarabuelo de esa misma autora, quien vivió para contarlo:

“Cuando mi abuela me contaba algunos hechos de la Revolución Mexicana, me decía que tanto a su abuela (mi tatarabuela) como a su madre (bisabuela) les había tocado presenciar hechos históricos de este movimiento armado acaecido en el desierto chihuahuense; cuentos muy sangui-narios, brutales y salvajes, motivo por el cual las viviendas de Coyame eran muy altas y sin ventanas, y las puertas tenían unas barras de fierro por dentro, como trancas difíciles de abrir por fuera. No eran puertas de cerradura, sino de trancas; de ahí que en la actualidad, y debido a la inseguridad, muchos familiares utilicen la expresión de atrancar bien las puertas, aunque ya no se usen trancas, sino cerraduras y llaves.

Pero volviendo al tema de los apaches, esta historia me la relató mi tío Pedro Ramírez Franco, pri-

mo-hermano de mi madre. Se trata de la cruel aventura que vivió mi tatarabuelo Albino Ramírez en las últimas décadas del siglo XIX, en 1860, cuando las guerras apaches se encontraban en una encarnizada lucha por sobrevivir y asaltaban a los hombres que se aventuraban a transitar por esos inhóspitos lugares del desierto chihuahuense, y mi tatarabuelo no fue la excepción. En aquellos lejanos días, él contaba con inmensos rebaños caprinos y surtía de carne en pie a la ciudad de Chihuahua, llevando cada año 180 cabezas de ganado caprino desde el rancho 'El Coyamito'. Estas caravanas de carretas o carros de mulas eran protegidas por el ejército, ya que eran varias semanas de camino de ida y vuelta a esta ciudad, y al llegar al pueblo de Coyame, los soldados se quedaron en el fuerte 'El Príncipe', por lo que la pequeña caravana de mi tatarabuelo continuó su marcha sin protección hacia el rancho 'El Coyamito', distante quince kilómetros de dicho poblado. En el trayecto los asaltó una horda de apaches y mi tatarabuelo, tratando de distraerlos de la carga del carro de mulas con mercancías obtenidas de la venta del ganado en Chihuahua, emprendió la huida, alejándose de la pequeña caravana en su caballo, al cual persiguieron hasta darle alcance logrando tumbarlo al lanzarlo y arrastrarlo con sus

caballos. Años después de este triste suceso de la arrastrada por los mezquites y matorrales, mi tatarabuelo platicaba a sus hijos que los apaches le reventaron sus pies con las pezuñas de sus caballos, provocándole intensos dolores en todo el cuerpo. Y cuando ya no pudo caminar debido a esta tortura infringida por los asaltantes, ya que su cuerpo estaba bañado en sangre por la arrastrada, observaba casi desmayado y tambaleándose, que estos salvajes gritaban y se reían a carcajadas de su sufrimiento sin piedad alguna. Cuando ya no pudo más, finalmente perdió el conocimiento, lo que aprovecharon los apaches para arrancarle la cabellera. La misma suerte corrieron los acompañantes.

Los apaches los abandonaron a su suerte en la sierra cercana, y mi tatarabuelo, después de varias horas, recuperó el conocimiento y sacando fuerzas, que no supo de dónde, con gran sacrificio se levantó del suelo y empezó a caminar, y en ratos hasta se arrastraba tratando de avanzar un poco y llegar a su pequeño rancho 'El Coyamito'.

Después de varias horas de doloroso camino, llega bañado en sangre, con mucha sangre seca y maloliente, y casi muerto de dolor, hambre y sed. Al verlo sus familiares en tan lastimosa situación, se asustaron, ya que no lo reconocían por el lamenta-

ble estado en que lo dejaron los apaches. Después de la primera impresión, pasado el susto, empezaron a curarlo con plantas del desierto, siendo muy dolorosa y prolongada su recuperación. Transcurridos algunos meses mi tatarabuelo se recupera de este lamentable suceso, viviendo hasta principios del siglo XX.

El tío Pedro me contaba que su padre Bibiano Ramírez Morales, hermano de mi abuelo Inés, le platicaba que el viejecito se amarraba unos trapos en la cabeza y luego se ponía el sombrero, ya que el sol le lastimaba el cráneo cuando andaba en la labor regando su hortaliza, causándole intenso dolor en la piel que se le juntó con el cráneo después de haber sufrido aquella salvaje acción. Afortunadamente vivió para contarlo”.

Es interesante el caso aquí narrado, porque da una idea de lo peligroso de la época y cómo **tiempos traen tiempos**; hoy la misma inseguridad se vive en un estado que como Chihuahua se presta al asalto, secuestro, robo, etcétera, sin que las autoridades hagan lo concerniente para proteger a su gente. El apache tuvo que responder al gobierno de Luis Terrazas, de igual manera a esa exagerada mala política social de acaudalado gobernante:

las leyes inhumanas de las famosas “contratas de sangre”, que mucho tienen de genocidio y racismo.

A los apaches les gustaba cantar estando en paz; contaban historias de los viejos y de los animales; bailaban y jugaban a las cartas, les atraía el intercambio de pieles por ropa vistosa de colores, cuchillos, ornamentos, espejos, collares y claro, por el licor que les vendían o les regalaban. El apache no conocía la moderación; tomaban hasta que caían al suelo o se acababa el trago; habitaban en campamentos con algunos perros, construían *tepee* –una especie de choza forrada con pieles y jaras gruesas–, siempre cercanos a los cerros para escapar; sembraban y criaban chivas. En la guerra eran tan feroces, que muchos historiadores y etnólogos aseguran que los apaches fueron los mejores guerreros que el mundo haya conocido hasta hoy; utilizaron el caballo mejor que nadie, viajaban más de 75 millas a pie por día, avanzaban en grupos que en las batallas entraban gritando y corriendo esparciéndose por diversos lados; resistían hambre y cansancio; usaron flechas, rifles, cuchillos y sogas; perseguían a sus contrarios hasta matarlos; los desmanes que cometían en ranchos y haciendas no los hacía sentirse responsables por las atrocidades de robo o muerte; para ellos la responsabilidad no existía y

así, por medio de la guerra más que por otra cosa, cobraron fama los apaches Victorio, Mangas Coloradas, Ju, Gerónimo, Cochise, Baishan, Cojinillin, Felipe, Taralchi, Benito, Naná, Benancio, Delgadito, Cuchillo Negro y otros que fueron cabecillas y grandes estrategias apaches.

A muchos de ellos los atraía como antaño el venir a la confluencia del Bravo y el Conchos, y trasladarse a Coyame o San Carlos de Cerro Gordo. Fue por esos años, en 1870, antes de la derrota de Victorio en Tres Castillos, que nació en Coyame un niño a quien la historia conocería después como Toribio Ortega Ramírez.

En Chihuahua repercutían las pugnas políticas del centro del país, y el 14 de diciembre de 1876, se libró un zafarrancho en el pueblo de Cuchillo Parado; las fuerzas militares simpatizantes de Porfirio Díaz que les llamaron tuxtepecanas, llegaron dirigidas por Luis Comadurán y atacaron las tropas afines a Sebastián Lerdo de Tejada, quien quería seguir de presidente de la República, cosa que Díaz no estaba dispuesto a permitir. A los lerdistas los mandaba el coronel Fermín Fierro, y el agarrón que duró un día y medio, dio como resultado 17 muertos, entre ellos Fierro y el comandante de la aduana de Ojinaga, que fue avisado del ataque.

Fue tal la derrota, que muchos lerdistas salieron hacia Ojinaga, y otros hasta el Placer de Guadalupe. Ya desde entonces era notoria la rivalidad de esas poblaciones –Cuchillo y Coyame–, como en la Revolución y como hoy que hasta por un juego de béisbol se pelean.

El triste final de los apaches se produjo en septiembre de 1886 en el Cañón de Esqueleto, en Arizona, donde se rindieron por hambre. La poca gente y el cansancio de la guerra a dos fuegos –capitula Gerónimo– apacigua a la indiada, concentrándolos en reservaciones que el gobierno estadounidense tiene en algunos estados de su país.

En Chihuahua, el gobernador Luis Terrazas acrecentaba su prestigio político ante los enfrentamientos de liberales y conservadores, y nacían entonces otros periódicos como “El Chiste”, “El Imparcial”, “El Centinela” y “El Cometa”. En algunas notas chuscas exhibían al licenciado J. Eligio Muñoz como muy persignado y hasta exagerado, como aquella nota jocosa de ponerle un altar a Porfirio Díaz en su casa después del Plan de Tuxtepec, que le destruyó la imprenta al periódico “La Brújula” y encarceló a los editores; esto lo hizo Muñoz, pero Terrazas aparecía como pacificador y pilar fuerte del Partido Liberal, por lo que aplicó en la enseñan-

za primaria los principios de gratuidad y laicismo, y por primera ocasión quitaban los textos de Ripalda, que en realidad servían como catecismo católico y que la Iglesia usaba en su afán de tener controlada la educación, aunque las relaciones de Terrazas con el clero romano siempre fueron cordiales.

En 1863, el Gobierno estatal sufre penurias por sequías, rumores de guerra y el problema apache; los confederados americanos los empujan hacia México y empiezan las alianzas con desertores del ejército y las gavillas apaches; los mexicanos de las zonas fronterizas como Ojinaga y el Valle de Juárez salían beneficiados por el tráfico de armas y municiones hacia los jefecillos indios en trueque por caballos y otros objetos que intercambiaban como producto de los robos. Así sucedían los intercambios como la gran masacre a los indígenas traicionados que relatamos en el *Fort Leaton* de Presidio, Tx. A mediados del siglo XIX la burguesía chihuahuense se manejaba en dos corrientes: la de los grandes acaparadores de tierras y ganado, muy ligados a la Iglesia Católica y a Terrazas; y la otra, representada por los descendientes de los militares de los presidios fronterizos desde la época de la Independencia. Las desavenencias entre ambos perdurarían hasta el siglo XX.

El 1868, debido a la importancia que tenía el servicio de correos hacia las fronteras, deciden restablecerlo en el Paso del Norte (Juárez) y Ojinaga, donde el servicio se hacía cada quince días con la salida de coches o diligencias que iban a todos los montes de Chihuahua, y si los contratiempos no aparecían en el camino, la gente recibía en una semana sus cartas y documentos. Sólo la milicia, por lo secreto o urgente del asunto, se valía de sus propios correos para el traslado de la correspondencia. Sin embargo, después llegarían a Coyame y Ojinaga los hilos del telégrafo principalmente para acelerar la comunicación desde la capital del estado.

Las comunicaciones, la pacificación de los apaches y la venta de los bienes de la Iglesia, permitieron el rápido desarrollo de la generación de riqueza por la explotación de las haciendas, de las cuales Chihuahua fue el más prolífico, concretamente con las de Terrazas, lo que explica en parte por qué la Revolución de 1910 empezó en Chihuahua.

En febrero de 1871, Luis Terrazas explica de nuevo al presidente Juárez la difícil situación del estado, aprovechando para solicitarle se abone por las aduanas de Ciudad Juárez y Ojinaga, cuando menos una parte de la subvención vencida para el sostenimiento de la guerra contra los bárbaros; el

presidente liberal pronto moriría, al igual que el veterano coronel amigo de Terrazas, el estimado José Merino, que había estado como Jefe de la Línea Militar en el Presidio del Norte (Ojinaga) y que había sido un valeroso joven militar convertido en Inspector de Colonias Militares que radicó por más de un año en el centro de la población.

Las fiestas y los banquetes se multiplicaban en todo el estado en respuesta al proyecto político del general Díaz, y aunque muchos federales lo perseguían, no podían aplacarlo, ya que era terco el viejo soldado de la reforma; incluso en Valle de Allende se le puso precio a su cabeza, y por el rumbo de Ojinaga llegaron también grupos de rebeldes armados, motivo que tomó el coronel Manuel Maya para venir a someterlos. Díaz se alzaba con el Plan de la Noria con su lema de “no más reelección”, acentuándose ese tema propagandístico contra Lerdo y sus ambiciones de reelegirse en el periodo 1876 a 1880. Pero Díaz, que no se dormía en sus laureles, saca el Plan de Tuxtepec y con éste logra sus aspiraciones políticas. Uno de sus operadores favoritos en Chihuahua fue José Perfecto Lomelín, quien era porfirista, pero con el tiempo chaqueta y se convierte en revolucionario, operando en la región de Ojinaga.

Los grupos aliados a Díaz dieron mucha guerra e inestabilidad social al Gobierno estatal; la pacificación no fue fácil, de nuevo la frontera ojinaguense vuelve a ser noticia, llegando militares a perseguir y sujetar alzados políticos contra la federación. Fermín Fierro derrota de nuevo al coronel Ortiz y de paso captura a don Eligio Muñoz aquí en Ojinaga. La derrota de Lerdo estaba muy cerca, y cuando al fin entregó el poder, se fue a Nueva York derrotado y soltero, y allá murió con el dulce recuerdo de su amada Manuela Revilla de Chihuahua, su amor imposible. El teniente coronel ya citado, José Perfecto Lomelín, consigue que le den trato de Gobernador y Comandante Militar, ya que la legislatura en Chihuahua había separado del cargo a Luis Terrazas, quien por el momento escapaba de la tormenta.

La apachería recrudecía sus ataques en 1881, al ver cómo ese potro de acero, llamado ferrocarril, llegaba a Chihuahua desde México a Ciudad Juárez con el entusiasmo de la población; pero esto no duró mucho, ya que de pronto llegaron noticias malas: en la Hacienda de Palos Blancos en el sector de Ojinaga, los apaches asesinaron a dos ingenieros y cuatro trabajadores; esta hacienda pertenecía a don Enrique C. Creel, yerno de don Luis Terrazas.

Don Francisco R. Almada es muy preciso al escribir acerca de las sumas millonarias en dólares que Luis Terrazas obtenía, tan sólo en la venta de ganado, por el cual el tren vendría a acelerar las exportaciones, gestionando el telégrafo del Gobierno federal, ya con la complacencia de Porfirio Díaz que mañosamente buscaba un acercamiento político con el hombre fuerte de Chihuahua; según estas líneas, eran las propuestas que beneficiarían a la Aduana de Ciudad Juárez o la de Ojinaga; pero lo que jamás imaginaron Díaz y Terrazas, era que esos dos medios, el ferrocarril y el telégrafo, servirían después a los revolucionarios para ofuscar su poderío; eran los tiempos en que Creel vendía las propiedades de Sierra Rica, Palos Blancos y Monte Marqueño a Alberto Terrazas, hijo de don Luis, quien vino a estos lugares como rico comerciante y gerente del Banco Minero de Chihuahua, a organizar predios y armar a su gente de confianza. Los trabajadores no querían pertenecer a las guardias rurales. Alberto recibía apoyo de su padre, aunque había rumores de revoltosos en la región y del cruce de armamento por el Río Bravo que obligaban a los hacendados a reforzarse; esas eran tierras fértiles donde antaño moraban indios cíbolos y púliques. Ahora, las autoridades complacientes de Ojinaga

tenían al tanto a la familia Terrazas, y por medio de gente enviada por Bibiano Jiménez como autoridad del poblado, le ofrece a Enrique Creel comprarle otra hacienda, pero éste no acepta; era la Hacienda de Orientales en el municipio de Manuel Benavides, la cual conservaría hasta su muerte en 1931.

Alberto Terrazas organizó constantes viajes a esta frontera; conocía bien los polvorientos caminos y las serranías; el transcurso del río y los aguajes para el mantenimiento de las reses, y tenía muchos amigos ricos en Ojinaga y Presidio; por eso en 1913, no es de extrañar que acompañara a su padre y al general Salvador Mercado en la Batalla de Ojinaga contra las huestes villistas.

El propio dictador Huerta le acababa de dar el grado de coronel de las Fuerzas Auxiliares en el Estado y, según los reportes de la prensa, se debatía con denuedo; pero obligado por la refriega, cruza hacia Presidio, Tx., alejándose algunos días con la familia Nieto y Armendáriz, para luego salir a El Paso, regresando a Chihuahua hasta 1920.

Con la llegada de Díaz al poder, el populacho iba cayendo en la inseguridad, en la servidumbre, en la explotación de su humanidad y sus recursos. El régimen abría sus fauces como lobo depredador

y la dictadura era cada vez más abusiva, gracias a la vanagloria de un grupo político conocido como “científicos”, primates porfirianos que se engolosinaban con el poder y que manejaban los hilos de la economía, mientras Díaz maduraba su gobierno de manera personal, cobijando a las altas capas sociales y burlando la voluntad popular.

Con las propiedades confiscadas al clero romano, muchos terratenientes rodearon al presidente, entre ellos el talentoso José Yves Limantour, personaje muy ambicioso, rico y culto que organizó las finanzas, jactándose de ser seco y duro con las cosas que manejaba en sus manos.

En los estados, los caciques hacían y deshacían; el gran problema fue el agrario, la chispa que iba a encender el fuego contra el gobierno. El odioso caciquismo estaba desenfrenado, pero ninguno de estos nuevos masones liberales le entró de lleno al problema de la tierra, por la complacencia de los hacendados, el alto clero y el celo autoritario del general Porfirio Díaz.

Por sus muchas haciendas en Chihuahua, ya se rumoraba sobre brotes revolucionarios; en Pinos Altos y Tomochi ya ensayaban la Revolución; sólo faltaba quién encendiera la mecha y no sería Cruz

Chávez, sino otro labriego de Cuchillo Parado que vendría después.

En estas aparatosas regiones del estado había pobreza; los hombres cantaban corridos de las hazañas de aquellos rifleros que acabaron con Victorio; en plazas y calles se escuchaban trovadores encomiando esos hechos; y aunque el habitante del desierto supiera que habían acabado los tiempos de la apachería, sabía también que el Gobierno estaba acabando con ellos como clase social, y ahora lo que ambicionaban los ricos eran las fértiles tierras; se acababan sus derechos y con ellos la posibilidad del manejo de sus campos. Sí había paz, pero era distinta a la del movimiento apache; ahora los ranchos estaban ante otro depredador de sus propiedades, afectando a todos los pequeños propietarios agrícolas de Chihuahua, y las tierras no eran la excepción: un claro ejemplo de la aristocracia contra los antiguos pueblos libres.

Así entendía el régimen su paz porfiriana; en la época de los virreyes a los poblados se les dotaba de tierras y ahora se las quitaban. En poblaciones como San Andrés y el mismo Cuchillo Parado, que fueron establecidos por la administración colonial española, recibieron menos extensión de tierras que otras Colonias Militares, ya que siendo de pro-

piedad individual, no podían venderlas ni aceptar gente de fuera, aunque por ahí hubiera alguna propiedad comunal. Ahí mismo en Cuchillo Parado, el señor Enrique C. Creel ambicionaba esas tierras y los indios tarahumaras de Chihuahua recibieron unas que eran de la comunidad; y aunque eran pocas, tampoco podían venderlas.

Muchos jesuitas abusones despojaron de sus propiedades a los indios, también a los mestizos y blancos, y a esto le sumamos la pérdida de comunidades indias con el anexo que hizo EUA después de 1848 de los territorios arrebatados a México, por lo que a los indígenas no les quedó otra alternativa que irse a las cuevas de la sierra.

Algunos colonos tenían hatos ganaderos y requerían de pastizales; cada vez era más difícil explotar la ganadería extensiva.

En 1880 cualquiera podía llevar a pastar su ganado a los terrenos nacionales o recoger leña; el gobierno pensó en los granjeros y pequeños ganaderos y les abrió tierras, lo que calmó los desesperados ánimos; en cambio, el Gobierno federal ofrece los terrenos nacionales vendidos o entregados en forma de latifundio y aquí el principal favorecido fue Luis Terrazas y socios; sólo los ricos podían

comprar esas propiedades, naciendo así esta casta tan odiada desde finales del siglo XIX.

El ganado salvaje y la caza que antes se hacía libremente, ahora quedaban prohibidos en la propiedad pública y se perdió también el derecho a la explotación de madera, con lo cual se debilitó el rancharo común.

El enojo iba en aumento, ya que por si fuera poco, las autoridades distritales ya no serían electas, sino nombradas por el Gobierno estatal; los vecinos se las veían negras para que sus demandas fueran atendidas, y en 1891 se promulgó un decreto, el cual decía que no se podía elegir o nombrar presidentes municipales, sólo los nombrados por el Gobierno estatal, práctica que quedó muy arraigada hasta el siglo XXI en el PRI, con el famoso “dedazo”, a la usanza de los viejos tiempos.

Había descontento y reacciones violentas; algunos rancheros se ocuparon en la minería o trabajos en el ferrocarril que estaba de moda; sin embargo, en 1893 esa paz porfiriana se venía abajo con una serie de levantamientos.

De porfirista a revolucionario

Si el pueblo de México ya estaba preparado para la democracia, entonces vamos a probar a este presidente que parece querer dejar el poder. Después de treinta años de tiranía, ésta era la oportunidad de tantos políticos nuevos y nuevas ideologías que buscaban una transformación de las viejas estructuras feudales que prevalecían en un sistema dictatorial con el sello del porfirismo.

La nueva burguesía terrateniente se puso en marcha, los intereses norteamericanos vieron con buenos ojos la declaración presidencial y azuzaron a jóvenes hacendados para quitarse de encima a un viejo que coqueteaba con los intereses de Francia; una clase científica parasitaria que frenaba el avance petrolero que abrió los ojos a los norteamericanos y a varias naciones del Viejo Continente.

Soplaron nuevos vientos con una declaración de Díaz que –aunque demagógica– muchos tomaron en serio, aunque caro le salió al dictador hablar ligeramente al periodista Creelman. En 1901 ya se había explotado el primer pozo petrolero, y con esto se abría la boca de lo insaciable para muchos países que olieron ese energético emanado de los veneros del diablo.

En la antigua ranchería llamada Cuchillo Parado, los vecinos elegían a un joven agricultor y comerciante del lugar; en este caso, Toribio Ortega Ramírez era el representante local opuesto a los tiranos, soñador de ilusiones, pero muy apasionado luchador desde sus años mozos de abarrotero en Chihuahua, cuando despachaba mercancías en la tienda de Martiniano Sandoval como almacenista. Corría el año 1884, cuando aún joven, recordaba las labores de su pueblo, la serranía de “El pegüis” y la boquilla del cañón sobre el río Conchos, pero volvería pronto con la experiencia de convertirse en comerciante, acarreando las mercancías fiadas por Sandoval en aquel carro de mulas de su padre Teodoro. Cuántas travesías y aventuras había que sortear, siendo apenas un adolescente hasta llegar a Chihuahua; “Al cabo ya no hay apaches acá por Coyame –como decía la gente–, ya los acabó Joaquín”. Por aquí mismo en este municipio se sentía seguro, porque le acompañaban además las bendiciones de su madre Isidra, por esos caminos llenos de lechuguilla; planta conocida por él y sus hermanos Marcial y Armando, a quienes su papá había enseñado a entretrejer para hacer lazos y costales.

Allá por la región agrícola de “El Mulato”, otro rudo agricultor manejaba peones como si fuera un hacendado; era José de la Cruz Sánchez, nacido en

Ojinaga, pero que tenía tierras y ganado en “El Mulato”. Había sido aleccionado por sus familiares para el uso del chicote y era de armas tomar.

Fue bastante conocido por su carácter en lo laboral, y aunque tomó las armas en el movimiento maderista, falló en algunos combates decisivos, logrando después un grado en el ejército antirreeleccionista. Siendo coronel en 1912, durante los combates contra Orozco, había oído de numerosos albrestandos que querían derrocar el gobierno de Porfirio Díaz. No perdía tiempo en leerles a los jornaleros algunos recortes de periódicos, aunque algunas proclamas como las de los Flores Magón, ni él mismo las entendía. No obstante, la idea de echar del poder a Díaz les llenaba el corazón de gozo. Del lado americano, en Redford, atravesaban muchos con armas, pero nadie conocía a los forasteros que aprovechando la noche se internaban hacia México, a la sierra o a cualquier punto de insurrección. Algo feo estaba a punto de explotar en Chihuahua.

La llama del cerillo

En alguna de las hemerotecas del periódico Norte de la ciudad de Chihuahua, se conserva un artículo fechado el 5 de julio de 1900, en el que se hace alusión al movimiento armado de Cuchillo Parado. Ahí se mencionan los clubes políticos que mucho tenían de círculos viciados en fraudes electorales al estilo del porfiriato; en Chihuahua, esta maquinaria se echa a andar y los correligionarios del dictador se van a los lugares estratégicos para movilizar simpatizantes a la causa que encabezaba el gobernador Miguel Ahumada, un militar emprendedor, pero enemigo de la democracia, avalado por los Terrazas y los Creel, que buscaban adhesiones de los clubes que funcionaban en los pueblos. Según León Bari, autor de un artículo relacionado con esto, todos querían pregonar su apoyo a Díaz para lanzarlo de nuevo a una candidatura; el 6 de enero de 1900 se publicaron las actas del club político “Benito Juárez”, del pueblo de Cuchillo Parado, que tiene la peculiaridad de ser encabezada por Toribio Ortega y Bernardino Rodríguez, donde proponen se sostenga la reelección del general Porfirio Díaz para presidente, y la de Miguel Ahumada como gobernador de Chihuahua; error de juventud de Or-

tega. Es un detalle importante, porque diez años después, siendo él el iniciador del movimiento armado en Chihuahua y de acuerdo con el plan de Madero, fueron publicadas las actas en los periódicos de la mayoría de las poblaciones en ese sentido, por lo que se explica bastante solidaridad hacia el régimen del gobierno en esos años, conforme a la costumbre antidemocrática.

A solicitud de los pobladores de Cuchillo Parado, envían carta al gobierno de Chihuahua para ser cambiado el nombre de Cuchillo que era muy antiguo, por el de “25 de marzo”, lo que se da por decreto el 9 de julio de 1904, y siendo ahora gobernador Luis Terrazas, esta manifestación de la gente de Cuchillo pudo ser de admiración hacia Terrazas o simplemente un halago empalagoso hacia el gran cacique que alternaba los negocios con la política. Por este tiempo regalaba un terreno para levantar un monumento al general Manuel Ojinaga, y el periódico Norte, dirigido por Silvestre Terrazas, atacaba continuamente a don Luis.

Aquel nombre de “25 de marzo” al poblado coyamense, se basaba en una “hazaña armada” que había tenido Luis Terrazas en esa fecha en que la plutocracia lo ubicaba como caudillo.

Los grupos de bandas de malhechores pululaban por el estado y eran unos verdaderos azotes que buscaban su provecho personal robando, matando y plagiando gente adinerada por los caminos solitarios, pero que también estaban asociados a “gente revolucionaria” de ideas magonistas o maderistas que requerían de armamento americano. Ojinaga fue un punto importante para ese tráfico que hacían los grupos alzados. Mientras tanto, en Chihuahua, don Luis tiene una plática con Enrique Creel donde le dice: “Me avisan mis amigos de Ojinaga que no ha habido novedad, pero que Abraham González y otros revoltosos pasan armas de Presidio y Shafter, Tx. con libertad, con el temor de las autoridades en Ojinaga de que esta circunstancia proporcione a los revoltosos grandes elementos. Suplico a usted si es posible, aprehender a estos cabecillas en territorio americano”. El “revoltoso” González Casavantes venía constantemente a esta frontera a la que consideraba menos peligrosa para su proselitismo, ya que por el gobierno americano no había esperanzas de detener a sus grupos. Siempre intentaron frenar a don Abraham, junto con José de la Luz Soto y Toribio Ortega, que contrabandeaban armamento por esta región. Sólo a Ortega en cierta ocasión, le echaron el guante en Presidio y lo trasladaron de-

tenido a la cárcel de Marfa, Tx., pero sale a los ocho días, siendo incluso acusado de pasar armas y de tener contacto con un bandolero de Chihuahua de apellido Villa.

Como jefe del club político en Cuchillo, Ortega empieza a madurar las ideas liberales de sus amigos, dejando atrás los apoyos que tenía hacia Díaz y convirtiendo el club en un partido antirreeleccionista promovido por Abraham González, quien se había convertido ya en un verdadero líder en su estado natal y en consejero del hacendado Francisco I. Madero, un joven educado en academias de Europa y EUA, soñador y decidido, personaje sin estampa de líder, que sin embargo lo fue a pesar de su abuelo don Evaristo, que insistía en sus planes aventureros de lucha social, rasgo tan odiado de los hacendados porfirianos de su época.

La llama del cerillo pasó a ser de la antorcha; Abraham González invitó a más campesinos a sumarse a la lucha que se avecinaba; fue a su tierra y convenció a Pascual Orozco, quien era también de San Isidro en Guerrero, hijo de don Pascual, un ministro de culto protestante. Tenía 28 años y fama –en ese tiempo– de honrado y transportista de metales. Los Orozco tenían constantes altercados con el capitán Joaquín Chávez, quien se desempeñaba como cacique en esa zona de Guerrero.

González reclutó gente como Cástulo Herrera, líder ferrocarrilero que tenía nexos en los EUA relacionados a ese gremio. Su buen inglés servía para atraer compatriotas a la causa; en la Convención de 1909 hizo amistad con José de la Luz Soto y otro José de la Luz Blanco, este último un minero fuerte de la región de Cananea que le ayudó a reclutar más gente. En la frontera, la fama que tenía Toribio Ortega en Ojinaga fue atrayente para González, quien vino por él. Y otro campesino de nombre Máximo Castillo, de 47 años, estuvo muy decidido a trabajar en México y en Estados Unidos, adonde había estado como jornalero en campos agrícolas americanos.

También hizo contacto en la sierra con Francisco Villa, a quien trajo a Chihuahua para invitarlo al movimiento y quien con su fama de salteador, al poco tiempo se transformó en estrategia de la Revolución. En fin, muchos experimentados luchadores sociales encontraron cabida en el proyecto de Madero, convirtiéndose en una red de apoyos campesinos y clase media que veía como buen inicio aquel movimiento social de raigambre campesino. Desde El Paso, Tx., hasta Presidio, a lo largo de la frontera había muchos norteamericanos que veían con simpatía a los comisionados buscando armas, información y apoyo para los maderistas, como les decía la

gente. Para Díaz no eran más que desarrapados alborotadores de la paz al estilo del porfiriato, y para la élite adinerada, eran bandas de locos abigeos que merodeaban sus haciendas y les lavaban el coco a los peones encasillados. El régimen, confiado en que pronto se acabaría esto, nunca imaginó que de esos movimientos brotaría la primera revolución del siglo XX en el mundo.

En febrero de 1900 se reúne en San Luis Potosí el Primer Congreso del Partido Liberal Mexicano, convocado por el club “Ponciano Arriaga” y nace también el periódico “Regeneración”, órgano de combate de ese partido que significaba culturalmente la oposición hacia la otra; la del liberalismo, representado por Flores Magón, a quien el presidente Díaz persiguió y encarceló.

Eran los tiempos en que los habitantes de pequeñas poblaciones recibían el agua “potable” por acueductos abiertos aun en ciudades con mayor población. Así se usaba, incluyendo la fuente pública. Esto propició enfrentamientos como parasitosis, tifoidea y muchas amibas. En la fronteriza Ojinaga no se usaban los sanitarios y la bacinica seguía guardándose debajo de la cama o detrás de las cortinas; su contenido se arrojaba por las puertas o ventanas, en calles sucias y polvosas o malos

pisos de tierra, y sólo en la casa grande y algunas haciendas de la región, se usaba el ladrillo recocado cuadrado. Las banquetas de piedra y pequeños tramos de algunas callejuelas empezaron así con el nuevo siglo, cuando México aún estaba posicionado como uno de los principales productores de plata, siendo el principal sostén de la economía nacional.

En 1901 se explota el primer pozo petrolero y dos años después se da una devaluación que se resintió fuerte en las fronteras; la paridad del dólar era de uno a dos pesos.

El peso de plata acuñado se daba en 27.73 gramos de plata pura y en 1905 el nuevo peso mexicano contenía un valor de 75 centigramos de oro puro. Los burgueses hacendados se apuraban para conseguir el metal amarillo y convertirlo en lingotes de oro y plata, como aquellos que en 1913 Luis Terrazas pasó por Ojinaga hasta los bancos de El Paso, Tx.

Aún eran recordadas las hordas salvajes de apaches que merodeaban las grandes llanuras y ranchos de Chihuahua; su cruce fronterizo por la Junta de los Ríos de Ojinaga, por “Lajitas”, “El Mulato” o río arriba hacia Ciudad Juárez hasta cruzar los grandes cañones de Arizona; los pequeños rancheiros y ganaderos de hatos chiveros no confiaban en que los apaches habían sido desterrados del todo.

Por los ranchos al sur de Ojinaga, como en San Blas, se recibía correspondencia de Chihuahua que se hacía por caballo a punto de carretones cargados de mercancías, tal es el caso de esta misiva fechada el 7 de enero de 1896, dirigida a la señora Amelia Pantoja:

Hoy despacho a Francisco y con él te mando siete libras de papas, tres de cebolla cabezona y una pieza grande de buen lienzo con 75 yardas; además, la marca de herrar y mi fierro. Si ha venido don Pablo Sáenz y me ha traído un dinero que debía, pueden prestarle diez pesos a Francisco que me pidió ínterin viene el italiano.

A Jesusita que acarree toda la hoja que haya en el temporal y que se ocupe de herrar lo becerros que quedan orejones.

*Yo estaré allá lo más pronto posible D.M.
Sin más, recibe el afecto de tu hermano.*

Juan M. Pantoja

Los asuntos de los ranchos se acreditaban entre juez menor y ante la Agencia de Agricultura y Fomento de Chihuahua:

La posesión y propiedad del terreno denominado el “Cerro Cuate”, hoy San Blas en esta jurisdicción, la adquirimos al fallecimiento de mi finado hermano Juan M. Pantoja y al efecto he de merecer usted se digne citar a los CC. Norberto Acosta, Florencio Sánchez, Néstor Baeza, Jesús Cano y Matías Tavárez ante el Juzgado de su merecido cargo, para que sean examinados al tenor del siguiente interrogatorio:

1. Digan sus generales.
2. Digan si les consta y es cierto que el señor Juan M. Pantoja fue dueño del terreno denominado “San Blas” y lo poseyó por más de treinta años pacíficamente.
3. Digan si es cierto y les consta que a últimas fechas don Juan M. Pantoja y sus familiares rentaron los pequeños predios laborables del citado terreno San Blas al señor Mateo García y este reconoció como único dueño al señor Juan M. Pantoja.
4. Den la razón de su dicho.

Suplicando a usted C. Juez, que una vez efectuadas las siguientes diligencias, se sirva entregarme las originales.

Aparece la firma de la señora Amelia Pantoja y recibe el juez Juan M. Spencer.

Esto sucedía el 17 de marzo de 1925.

Antiguamente, como hoy, había problemas ejidales de terrenos entre particulares y las famosas compañías deslindadoras aprovecharon la posesión formal de las propiedades; esta fue una de las medidas adoptadas por el viejo régimen de Díaz para beneficio de los grandes latifundistas desde el año 1888, según tengo a la mano los documentos de ese señor Pantoja, que se quejaba de injusticias territoriales en su rancho.

Así mismo, la tenencia de la tierra en las comunidades agrarias, los aguajes, las minas y los pastizales, crearon el problema mayor en el campo que se convirtió en el germen de la Revolución y llama del cerillo que la incendió.

Toribio Ortega Ramírez

Lenta la tarde va cayendo; se narra en la sección de Héroes y Militares la semblanza del caudillo coyamense.

El viento leve que llega del desierto arrastra polvo y frío, y levanta hojas caídas del viejo árbol sacudido por el tiempo, debido a los muchos años que ha pasado. La roca, como cuchillo, seguirá clavada en el río. Hace largo rato que el sol se ocultó y comienzan a vagar las sombras por las olvidadas calles del poblado, mientras don Lucio Nieto –un noble anciano–, quizá el último en morir de aquellos valientes de Cuchillo Parado, deja que sus cansados ojos fijen la mirada en algún punto lejano, allá donde más que verse, se adivina la sierra adormilada; esa serranía de la aldea del imponente Pegüis... o quizá esté mirando hacia el recuerdo. ¡Quién sabe! Tal vez piensa en aquellos días que se quedaron distantes con el paso de los años.

Encendió un cigarro después de batallar tres o cuatro veces contra el viento que apagaba la llama del cerillo; dio una larga fumada, apoyándose en su bordón improvisado y miró de nuevo a la distancia mientras pensaba: “Toribio era tan joven, tan honrado y tan valiente...”. “Toribio...”, repetía ese nombre casi en voz alta cuando lo asaltó el recuerdo de aquel que fue su jefe y algo nubló unos ojos que, discretos, se cerraron por el momento, mientras un ligero temblor le llegó hasta los labios.

Después miró otra vez a la distancia y cobraron vida en su imaginación los instantes, las voces, los gritos y las órdenes... y rememoró todo... “Era el 14 de noviembre de 1910, faltaban unos días y nos adelantamos a la cita del señor Madero. Ni modo, iniciamos el baile unos días antes del 20, porque Toribio lo creyó prudente”.

Cerca de él estaba un sencillo monumento, una pequeña base de ladrillo y sobre ella el busto hecho de bronce donde se reflejan las facciones de un militar de rostro delgado en el que se adivina la energía, el vigor, la reciedumbre de aquel que un 14 noviembre tomó las armas, reunió un grupo de amigos –los más leales– y se lanzó a la Revolución en 1910, seis días antes de la disposición del Plan de San Luis; en el que se daban los ideales políticos para el derrocamiento de Porfirio Díaz, el dictador.

Cuchillo Parado y Toribio Ortega están ligados muy dentro de una historia que desgraciadamente no le ha hecho mayor justicia a quien decidido y valiente empuñó la carabina y salió entre el polvo, el desierto y el frío congelante de esa noche que imperaba en la Sierra del Pegüis, para enfrentarse a un destino marcado ya en su vida. Vámonos de aquí rumbo a Ojinaga.

Cuchillo Parado es una pequeña población casi perdida en la geografía de Chihuahua; tierra árida de veranos ardientes y fríos inviernos que debe su nombre a una roca que estaba a la mitad del río Conchos, que tenía forma de una hoja de Cuchillo y que hoy se encuentra hacia un lado de la corriente del río, perdida entre los jarales. Sin embargo, el nombre perdura de aquella antigua ranchería de indios conchos.

El acta original de Toribio Ortega se perdió, pero se asegura que nació en Coyame el 17 de abril de 1870; fue hijo de Teodoro Ortega y de Isidra Ramírez, quienes además procrearon a Pánfila, Armando, Rosa, Cruz, Juan, Marcial y Cleofas (según doña Tila Ramírez). Desde muy chicos se les trasladó a Cuchillo, donde Toribio aprendió sus primeras letras, siendo uno de sus maestros el profesor Esteban Luján, acostumbrado a la regla y al castigo.

Al llegar a los veinte años, su padre Teodoro lo llevó a Coyame para que conociera a Fermina Juárez Levario, hermana de Marcelino, quien era apenas una chamaca de diez años de edad, pero así eran las costumbres de la época; inmediatamente se armó el noviazgo con el joven Toribio; pasaron otros diez años y se casaron en 1900. De ese matrimonio se conocen cuatro hijos: Francisca, Vene-

randa, Juanita, y el más chico, Galación, aunque se habla de un Valeriano como el mayor, que falleció muy pequeño.

De Galación Ortega, que fue el varón que más tiempo sobrevivió, se supo que falleció en Los Ángeles, CA., en EUA, a muy avanzada edad.

En el año 1988, Galación visitó Cuchillo Parado y aportó datos interesantes sobre sus padres; su madre Fermina dijo que tenía grandes y bonitos ojos, además de su amor y ternura; falleció en Ciudad Juárez en 1968. De su padre Toribio, con quien convivió poco, recordaba su firme carácter y sentía mucha admiración por él.

Ya casado, Toribio Ortega viajó a Chihuahua en busca de empleo y se colocó en la tienda “El Nuevo Mundo”, en la esquina de las calles Independencia y Aldama, demostrando entusiasmo por superarse y trabajando incansablemente con honradez, se ganó la confianza del propietario.

Martiniano Sandoval, que operaba un almacén, le ofrece a Ortega fiarle mercancía para poner una tienda en Cuchillo y éste acepta la oferta; regresó y se ubicó a un costado de la Plaza Central del poblado, donde aún se conserva en buen estado la construcción como casa remodelada.

Su dedicación al comercio lo llevó a viajar constantemente; no era hombre que se encerraba en cuatro paredes, así que empezó a visitar poblados y rancherías, progresando así muy rápido y haciendo amigos sobre todo en Ojinaga y en Chihuahua, donde conoció a Abraham González, comerciante también, pero de compra-venta de ganado y minerales.

González encabezaba por el año 1909 el Club Antirreeleccionista de Chihuahua. Las pláticas con el señor González despertaron en Toribio una gran simpatía y admiración hacia el hombre que con gran valor y energía luchaba y se oponía al régimen de don Porfirio Díaz. Aquellas palabras despertaron también el sentimiento patrio que latía en Ortega y decidió que allá en el lejano pueblo, envuelto por el calor agobiante de los intensos veranos o el frío de los crudos inviernos, sus amigos debían unirse también al movimiento contra las reelecciones del presidente dictador.

Reunió a sus más leales amigos y formó el Club Antirreeleccionista de Cuchillo Parado, que pronto se fortaleció.

Audaz y decidido, sin temor a las fuerzas del gobierno, Toribio dedicaba su tiempo a recorrer las

rancherías y poblados animando a los demás, y preparándolo todo para las elecciones que serían en 1910. Al llegar éstas, las autoridades del municipio se apropiaron de las casillas, cometiendo fraude, provocando con esto que sucedieran algunos incidentes que se agravaron al saber que el señor Madero había sido encarcelado en México por instrucciones de Díaz.

Ortega calmó sus propios impulsos y logró hacerlo también con sus amigos, una vez que conocieron el Plan de San Luis, que Madero había proclamado al escapar de la cárcel.

La orden era esperar hasta el 20 de noviembre, fecha marcada en dicho documento para levantarse en armas; pero fueron pasando los días hasta que un zafarrancho del que resultó herido de bala el jefe político de Coyame, Ezequiel Montes, denunció aquello como una provocación que incitaba al movimiento y pidió un destacamento militar para detener a Toribio Ortega y a otros de sus seguidores; el 12 de noviembre llegan los soldados a Coyame y al siguiente día el hermano de Toribio –que andaba en Coyame–, Marcial Ortega, a galope de caballo devoró la distancia para ir a Cuchillo para avisarle que había orden de disparar a matar. No esperaron nada, el tiempo se había terminado.

Sin vacilar, Toribio ordena a los suyos marchar de ahí para enfrentar al destino; era el día 14: Se fue a la tienda, abrió las puertas de par en par y regaló a su pueblo toda la mercancía, porque sabía que les haría falta; después se despidió de Fermina, acarició a sus hijos y salió de la modesta casa para entrar ese día a ser parte de la historia, iniciando así el movimiento hacia la Sierra de la Aldea. Iban 63 hombres que buscaban la gloria o la muerte con ocho rifles calibre 44, seis o siete carabinas y otras tantas pistolas aparte de los cuchillos; era todo lo que tenían para enfrentar al Ejército federal que venía por Ortega.

“Las armas nuestras las tienen los soldados, se las quitaremos”, fue la primera frase del líder antes de avanzar rumbo a la aldea desde la cual vigilarían la entrada de los soldados a Cuchillo; pero fueron avisados y se fueron directamente a donde estaban los maderistas. Ahí se dispararon los primeros tiros. Ahí los valientes mal armados hacían retroceder a los soldados que salieron despavoridos a Coyame en busca de refuerzos. Era el 14 de noviembre de 1910 y 63 hombres con un valioso jefe, que días después marcharon al encuentro de Villa con Madero en la Hacienda de Bustillos.

Se sumaron más y más hasta llegar a cuatrocientos los que llevaba Ortega; era el pie veterano de lo

que sería la Brigada “González Ortega”, con la cual el hombre nacido en el desierto cruzaría los senderos de la Revolución para escribir a sangre y fuego los fragmentos de la historia de la que él mismo es parte, al igual que otros.

Luchó con valor en Ciudad Juárez y en “El Mulato” y “Tierra Blanca” en Ojinaga, donde dejó su más grande recuerdo; luego en Chihuahua y allá en el desolado Bermejillo, donde cruzó con su poderosa brigada para luchar en Gómez Palacio y Lerdo, y más tarde apoyar a Villa en San Pedro de las Colonias para detener los refuerzos federales que venían a Torreón, y que luego los villistas tomaron con la astucia de su jefe.

Se fortalecieron en San Pedro, impidieron el paso de los trenes y caballería, y luego tomado Torreón, esperó a la División del Norte y entraron en la batalla.

Paredón y Saltillo estaban adelante, y Ortega, con su brigada, andaba en pasos de triunfo; era ya general, pero en el fondo era el mismo valeroso, bueno y sencillo.

En junio de 1914, Villa decide atacar Zacatecas y Carranza toma la decisión de que Pánfilo Nate-

ra lleve a cabo esta acción, pero se suscitan incidentes, por lo que Villa analiza su posible renuncia ante la cual los generales de la División del Norte se oponen, entre ellos Ortega que le escribe a Carranza lo siguiente:

El general Villa es hombre humilde y leal que no quiere más que el triunfo de esta pelea en que andamos. Al empezar la guerra vadeó el Bravo con solo ocho hombres y si ahora manda nuestra División del Norte, es por haber resultado así de su pericia, del valor y los hechos de sus hombres, pero nunca de ambición.

La carta es larga, Ortega defiende su postura al igual que los demás, alegando que fue una demostración de lealtad al amigo que mandaba aquella fuerza.

El día 23 de junio, al frente de su brigada, González Ortega entró en acción en la Toma de Zacatecas. Corría el año 1914 cuando llegó por rumbo de San Antonio, ordenando la carga hacia los fortines de la estación en la falda del Cerro del Grillo, que era de los federales; en unas cuantas horas ya los tenía en su poder. Aquella batalla ha quedado para la historia mexicana como una de

las más brillantes de la Revolución por la estrategia de Villa y sus generales.

Sin embargo, no gozaría Toribio las mieles del triunfo, porque desde su llegada a Zacatecas se sentía enfermo; hubo días lluviosos y el general se sentía muy mal, pero nada decía hasta que cayó del caballo. Los médicos dictaminaron fiebre tifoidea; el estado de salud era grave y Villa ordena que de inmediato se le traslade a Chihuahua, donde las fuerzas villistas habían improvisado un hospital, precisamente en la Quinta Touché, aquella que Villa había quitado a unos chinos y se la regaló a Toribio, en el Paseo Bolívar e Independencia. Dos médicos lo atendieron: uno era norteamericano, y el otro doctor parece ser que era el que estaba en su pueblo; también había dos enfermeras. Inmediatamente después llegó Fermina, esposa del enfermo, para estar cerca de él vigilándolo día y noche.

El general Villa dio instrucciones para que el tráfico fuera cerrado en las calles cercanas para evitar ruidos; entonces el propio Villa pidió a su chofer entrar por las calles clausuradas, cuando de pronto un soldado villista les cerró el paso: “Con el debido respeto, pero por órdenes tuyas, no pueden pasar por aquí”.

La llama que alumbraba la vida de Ortega se apagaba lentamente. El hombre que alzó su brazo en el desierto de Chihuahua y los valientes de Cuchillo Parado, Cuna de la Revolución, veían la muerte del guerrillero muy cercana. Ortega estaba a punto de perder su última batalla, lo que sucedió finalmente el 16 de julio de 1914, rodeado de amigos y familiares.

Su carrera militar fue breve, pero la entrega y la firme lealtad del valiente guerrero de Chihuahua quedaron demostradas en cada combate y en cada acción de guerra que afrontó en busca del bienestar de su pueblo.

Con los honores correspondientes y el dolor de los suyos, el cuerpo del general Toribio Ortega Ramírez, de 44 años de edad, fue sepultado en el antiguo Panteón de la Regla en Chihuahua; la tierra cubrió sus restos y la historia recogió su nombre y el valor de sus acciones, para dejarlo entre aquellos que con sus vidas pagaron el precio de una lucha contra la injusticia de un dictador.

Toribio Ortega, el que salió del lejano Cuchillo Parado al frente de 63 hombres siguiéndole hasta la conformación de la Brigada “González Ortega”, fue

uno de los brazos fuertes del villismo en la grandiosa División del Norte; sus restos fueron exhumados del Panteón de la Regla a una tumba en la Universidad Autónoma de Chihuahua, para luego sacarlo de ahí y juntarlo a los restos de otros patriotas chihuahuenses y colocarlos en la Plaza Central del Ángel en la ciudad de Chihuahua. De todos esos cadáveres, el de Ortega es el más reciente.

OJO: AQUÍ HAY PÁRRAFO QUE PARECE QUE FALTA PARA CONECTAR EL TEXTO.

Es digno de mencionarse este lugar por su belleza arquitectónica, así como el contenido histórico que aún encierran sus muros, arcadas, pasillos, establos y enormes patios que fueron testigos de la llegada de tantos personajes célebres a ese casco de los Zuloaga.

Entre los terrenos aledaños a la laguna se registran los nombres de Laguna de Pacheco, Laguna de Castillo, Charco Largo y Laguna de Bustillos, propiedad de los señores don José Sáenz de Chávez, Antonio Gutiérrez del Castillo, Mateo Domínguez de Mendoza, Juan José Bustamante, Gabino Culty, Luis Terrazas, Pedro Zuloaga y Carlos Moyer. Pero sería la familia Zuloaga quien levantara esta hacienda ganadera que vivió sus mejores momentos en los últimos años del siglo XIX y principios del XX.

En su construcción se aplicaron los más refinados estilos arquitectónicos de la época, incluyendo el Art Nouveau francés en la capilla, obra del oaxaqueño Enrique Esperón, brillante arquitecto, familiar cercano a doña Felicitas Irigoity Gómez del Campo, esposa de don Carlos Zuloaga. Culty, con igual esmero, hizo las construcciones de las caballerías, los toriles y el distintivo arquitectónico del Reloj del Sol y el Kiosco, conjunto que con el Jardín de los Cerezos hicieron de Bustillos una de las haciendas más bellas de México acá en el norte.

Todo ese esplendor lo vieron Villa y Ortega. Dorotheo Arango recordaba que en 1904 en su condición de abigeo, fue salvado por don Pedro Zuloaga Irigoity cuando lo venían siguiendo.

Hoy, la hacienda es propiedad de la familia Muñoz, representada por el señor Carlos Fernando Muñoz Olea, y de la familia Creel, representada por la señora Blanca Gómez y Terrazas de Creel.

El casco lo define un muro con algunas puertas de acceso enmarcadas con piedras de cantera y labrado que se aplicó en las demás construcciones como la Casa Grande, obra del arquitecto Romualdo González, distinguida por la puerta principal y la arcada que anuncian el buen gusto y la grata comodidad de la sala, decorada al estilo francés

con mobiliario traído de Europa; con la confortable chimenea que mostraba a sus lados los retratos de gran tamaño de don Carlos y doña Felicitas, familia emparentada con los Madero. La cocina tenía grandes estufas y vajillas que respondían a las necesidades de recepción de los importantes invitados que eran recibidos en el amplio comedor.

Las lujosas recámaras, salas de estar y estancias de aseo, eran dignas de toda admiración; las caballerizas eran la cuadra donde criaban y cuidaban bellos ejemplares de finas razas de caballos, pie de cría de las grandes manadas del paisaje de la región de Cuauhtémoc que enorgullecían a la Caza Zuloaga.

Los toriles eran recias construcciones que formaban la cuadra; aposentos y recintos para guardar lo necesario para el trabajo y la atención del ganado bovino; los corrales, el ruedo y los palcos, hablan de celebraciones de corridas de toros, coleaderos y suertes a caballo que con el herradero eran fiestas que disfrutaban los hacendados e invitados.

La capilla aún intacta es una réplica a escala de la iglesia dedicada a San Esteban en París, al gusto y consejo de algún obispo burgués de los que frecuentaban a la familia Zuloaga, introduciéndose

como participantes de la vida mundana del porfirato, al buen vino y a la buena mesa a través de doña Felicitas.

El recinto es un bello ejemplo de construcción religiosa que por esos rumbos se levantó y ofreció al ídolo de su devoción; su vista es maravillosa, invita al disfrute de la naturaleza; es una joya convertida en todo valor arquitectónico para el municipio de Cuauhtémoc en la Sección de Anáhuac, Chihuahua.

La sala y el comedor de la Casa Grande de la Hacienda de Bustillos fueron escenario activo por la presencia de personajes de los más altos círculos de la economía de la Iglesia Católica, y la política estatal y nacional, como Luis Terrazas, Enrique Creel y el mismo José Yves Limantour.

Sería en la época revolucionaria cuando el comedor se convierte en sala de conferencias con la presencia de Francisco I. Madero, jefe del Ejército Libertador, quien acudió ahí con toda la confianza, ya que un sobrino suyo estaba casado con una hija de don Carlos Zuloaga. Llegó herido de Casas Grandes el 6 de marzo de 1911 y ahí recibió a sus padres, porque sus hermanos ya andaban con él; platicó con enviados de don Porfirio Díaz para persuadirlo de su atrevimiento y como personaje del momento,

aquí extendió la invitación a reporteros de la prensa nacional y extranjera, pero la más trascendente y significativa fue la reunión del 26 de marzo de 1911, sostenida con Pascual Orozco, Agustín Estrada y Francisco Villa, a la que históricamente se le llamó “Conferencia de Bustillos”, de la que resultó la Toma de Ciudad Juárez, la rendición del Ejército federal y la renuncia de Díaz al Gobierno de la República.

Después de muerto Madero, vuelven el 24 de diciembre de 1915 en la cena de navidad; el comedor fue testigo de la presencia de 27 generales de la poderosa División del Norte, pero esta vez ya no estaba el general Toribio Ortega, a quien recordaron solemnemente; tampoco el general Felipe Ángeles, que había marchado a los Estados Unidos; y fue el día siguiente el 25, cuando acordaron que cada quien tomaría su propio rumbo. Sólo unos cuantos le siguieron con el comandante de la División del Norte.

En la actualidad, Francisco Villa sigue siendo recordado en esa reunión de valientes caudillos en la Hacienda de Bustillos, muy cerca de Riva Palacio, donde se efectuaría el banquete con motivo de su boda con doña Luz Corral; ahí se tienen todavía señalados los lugares donde se sentó Madero y cada uno de los seguidores del apóstol, incluidos Ortega

y Villa; un buen gesto de la familia propietaria del inmueble, al abrir sus puertas en esta ocasión para recordar parte de su historia, que se quedó entre la cantera color naranja quemada por el sol y el tiempo, alcanzando esa tonalidad de la cual resalta su belleza hasta hoy.

Eran los tiempos de los empachos, los embrujos, las torturas y los calambres; se curaban con masajes, pócimas, yerbas, huevos y rezos cansados a la luz de las veladoras, que por calor o por suerte el enfermo sanaba o se moría, decían las bisabuelas. Pero regresando a la silenciosa vida del poblado convertido en Villa de Ojinaga o la Antigua Junta, los jacales de carrizo y jara del río resistían lo mismo el crudo invierno que el recalcitrante sol, siempre pensando en la Acordada y en las friegas de la labor, donde había leñadores y aguadores, mientras otros surtían carne de venado y conejo al poblado, y ocasionalmente carne de res, que era la más cara, pero la preferida. Se mascaba el peyote y se fumaba el cigarrito de hoja, ¡qué vida tan sufrida y distinta de los pueblos de Chihuahua, comparada con aquella de Bustillos! Por las noches se saboreaba el atole platicando de grupos armados que no querían a Porfirio Díaz; las chozas se alumbraban con ocotes y petróleo en algunos casos; las lámparas de aceite

en la Plaza de Armas reunían a los jóvenes en las bancas desvencijadas de hierro forjado en la fragua. Pero llegaría el tiempo en que ese mismo lugar sería escenario de balazos entre federales y revolucionarios en una histórica batalla.

Los amigos de Ortega esperaban su venida con pláticas siempre interesantes de Cuchillo, de Chihuahua y de las personas que querían cambiar la vida de la gente, como él decía. Casi siempre llegaba a la casa de su compadre Agustín Contreras, ahí cerca de la plaza y del cuartel donde se estaban unos días para después despedirse con el carretón cargado de mercancías de Presidio que adquiriría con el alemán Kleinmann –establecido con su comercio muy cercano al río–, quien en sus ofrecimientos le proponía llevar incluso todo el parque que necesitara. Luego se regresaba a Cuchillo, después de darse una persignada en el Templo de Nuestro Padre Jesús. Los corrales eran improvisados para caballos y mulas que reposaban en su propia suciedad; las escasas calles no tenían empedrado; algunas construcciones se veían edificar con adobe y vigas torcidas alineadas al sol; el techado era de zacate y raja con lodo para la azotea; se les anexaban algunos cobertizos aderezados con cal y ceniza, y otros con grasa para que soportaran todo;

en las casas se guardaba harina de trigo, frijol, carne seca, conservas, especias, yerbas medicinales, cartuchos, velas, ropa, huaraches, machetes, trozos de tela, sombreros, canastos, jarros, aguardiente curado, sotol de Coyame, algunas botellas con salsa, piloncillo, etcétera, que las mujeres precavidas embodegaban para los tiempos duros. El bandidaje, aunque aliado a los pueblos y enemigo de los hacendados, a veces llegaba y cargaba con lo que podían. Al primero que le llegaban era al gallinero.

Una tarde fría de noviembre de 1907 llegaron tres forasteros a Tierras Nuevas; se veían cansados y hambrientos, por lo que desconfiadamente se aproximaron a la casa de José Muñoz. Dos venían a lomo de caballo y uno más en un macho. Llamaron a la puerta y el dueño salió a platicar con ellos en el partidero de leña, como viejos conocidos; uno de los niños de nombre Juan Muñoz Rodríguez, de sólo siete años de edad, observaba por la ventana. Su madre le decía que no saliera por el frío o por el peligro de esos desconocidos; su mirada se clavó en uno que volteaba para todos lados y estaba de espalda al macho; parecía que era el que más hablaba. Su padre le gritó a Juanito, ordenándole preparar cena a sus amigos y encajándole la chamba a la señora de la casa. Al buen rato se regresó hacia ellos

con tortillas de maíz, chile, tres asaderos, frijoles y café; el sol se estaba ocultando allá por “El Pegüis”, y el frío aumentaba con nubarrones negros como arreboles; al fin se despidieron esos desconocidos y el jefe de familia entró al hogar. Juanito, bien curioso, cuestionó al papá sobre la identidad de los visitantes que no quisieron cenar adentro y el papá responde: “Es Pancho Villa y dos de sus amigos que vienen del otro lado, ya se fueron...”

Villa era como un toro de pelambre rizado; tosco, de dientes manchados por el agua, sombrero gacho y con lenguaje certero y lépero por el trajinar en sus correrías, lo que le permitía conocer de cerca a la gente del pueblo. La raza en que él confiaba, como astuto coyote, sabía hasta dónde podía acercarse y oler a distancia una traición; el reverso de su carácter era otro: leal, honesto, tierno, enamorado, patriota, justiciero, etcétera. No sé por qué ningún psicólogo hasta hoy, se ha dado a la tarea de escribir algún volumen sobre los distintos rasgos de la personalidad del Centauro; sería un éxito, no creo que la historia y la psicología se peleen.

Víctima de los ricos y perseguidos por los comisarios del régimen, ese bandolero Villa del que todos hablan, está en todas partes; el torbellino de “La Bola” lo elevaría hasta ser brazo armado de la

Revolución; esa Revolución que en el siglo XX el Partido Nacional Revolucionario se encargaría de traicionar. Su nieto, el PRI, sería el acabose del autoritarismo, la corrupción, el caciquismo, la anti-democracia y el saqueo nacional; vienen precisamente de las lacras políticas con las que se enfrentó el villismo y zapatismo de su tiempo. El Doroteo o Villa que se conoció en estos pueblos, era de buena estatura, se lavaba la boca con raíces picantes, se frotaba con saliva, no cerraba la boca para comer, escupía hacia los lados, era bronco y en muchos días no se rasuraba y olía a polvo del camino; lo mismo pasaba ganado robado por Ojinaga hacia EUA, que traía de allá armas y parque para sus correrías. En una plática con su hermano Hipólito, le encargó que con unos cuantos se fueran por Ojinaga y de ahí a Marfa, Tx., a recoger el parque que le había comprado a Samuel Ravel en El Paso. Ambos, Ravel y Villa, se hablaban de tú con estos negocios.

Su hermano Hipólito recibió la orden de encontrarse después de diez días en el rancho “El Espejo”, que está entre Camargo y Ojinaga; para esa fecha, muy puntual, llegaba Hipólito al pequeño caserío del rancho esperando a que Doroteo llegara de un momento a otro, pero sólo dos enviados estaban ahí en un cuarto oscuro y tapados con jorongos y

sombreros. Al día siguiente Hipólito, desesperado, quería salir, pero un desconocido le marcó el alto; aquel hombre de barba larga era su hermano Doro-teo, que ya tenía dos días de haber llegado. Ni él mismo lo conoció.

Sagaz como una zorra, cuántas mañas aprendidas con Nacho Parra y sus amigos les servirían para escapar de la muerte o de sus captores en aquellos tiempos en que tener un arma era suficiente razón para colgar a una persona. Nació con la pistola y con ella murió en Parral.

“No tengo miedo –muchas veces se le oía repetir esto–, los hacendados, los federales, los comisarios, los cobradores de impuestos, los bandidos, ya no me atemorizan”.

Pienso que Villa sí tenía mucho miedo, pero lo interesante es que supo vencerlo y sobrepasarlo.

La gente del pueblo estaba atada a la tienda de raya y sólo pocos jornaleros empezaron su vida así, por estos lares; ya la Revolución se aproximaba en San Juan y Palos Blancos era donde se reclutaba más gente. Allá por “El Mulato”, Victoriano Carrasco era un español que hacía florecer los maizales y acrecentar las chivas y vacas; ahí mismo, José de la Cruz Sánchez cultivaba y pagaba bien, pero era de-

masiado estricto; siempre a caballo y con chicote al hombro. Los burros y las mulas tiraban las carretas viejas y rechinatoras cargadas de pastura o algodón; algunos usaban el Winchester y ya con un segundo disparo, ni quién se les pusiera cerca ni lejos.

Se procuraba a los indios viejos como curanderos que venían a vender hierbas a los poblados, y a las indias que tenían fama de buenas comadronas o brujas del mismo vecindario para lo que se ofreciera. ¡Qué monotonía de vida el porfiriato! Condiciones sociales que rayaban en lo inhumano como dormir en el suelo, en el petate o viejos catres desvencijados donde ocasionalmente se ocultaba el machete o cuchillo del viejo de la casa, aquel que se consideraba muy hombre por tener buen caballo, pistola y machete para atravesar la Sierra del Pegüis e irse hasta Chihuahua capital. Refugio García era uno de esos aventureros, casado en 1880 con María de Jesús Martínez. El temible Cuco se ausentaba del hogar hasta por tres o cuatro meses y al fin aparecía cargando una talega de pepitas de oro que cambiaba por mercancía, hasta para seis meses, en los comercios de Ojinaga, y luego se volvía a ausentar en su mula con rumbo desconocido; sólo se le veía cabalgar en dirección a “La Mula” y eso era todo. Así pasó más de quince años de su vida, hasta

que un día jamás regresó, dejando a la viuda con cuatro hijos.

La gente soñaba sumida en su pobreza; había que buscarle una salida a la desesperación del populacho; jamás se pensaba en la riqueza, sólo la imaginaban; se comía con los abuelos, las tías, los hermanos... las familias eran más unidas, más austeras, pero más entrañables.

Los rurales buscaban bandidos y salteadores como lobos tras el conejo; hacían mil preguntas a la gente apuntando con el rifle. La intimidación del porfiriato hacia el populacho era del tamaño de su miedo; el dictador ya había oído de ciertos levantamientos en la sierra de Chihuahua y protestas de mineros en Cananea, pero no le importó; para callarlos estaban los betarros generales dispuestos a acabar con esa chusma.

Las mujeres contaban sus cuitas mientras lavaban en el río o traían el agua en burros hasta las casas, platicando de lo caro del frijol, del maíz, los colores del hilo, de tal enfermedad y claro... de la deshonra de alguna que era la comidilla más sabrosa del chisme diario en el vecindario.

En la planicie se sentía más calor; en las lomas cercanas al río estaba más fresco, pero los mosqui-

tos no dejaban dormir; las noches ojinaguenses se bañaban de luna clara, hombres y mujeres conocían bien los signos de la luna. El transcurrir del tiempo parecía eterno, los tenderos bajaban las cortinas al cerrar; se aquietaban los humanos y las bestias, y poco a poco la villa dormía con las ventanas abiertas; algunos se sobrepasaban con la bebida y amanecían en cualquier lado.

Los campesinos se preocupaban demasiado por la luna, tal vez la brutalidad de la bebida les hacía olvidar los difíciles años en que los hacendados y el régimen feudal se imponían a ellos y a sus familias en la casa; las mujeres y los niños vivían sin escuela; aún no llegaba Marianita Gómez a improvisar algún centro educativo; se poseía muy poco, todo lo debían por medio de la deuda a quienes entregaban o cambiaban el producto de las cosechas cuando había; se podía asegurar que quien tenía un gallo no tenía gallinas; las cabras tenían poco pelo, el populacho se mantenía quieto por el inclemente sol, por el trabajo rudo de la labor; el polvo gris cubría la piel, los pies estaban reseco por la costumbre de andar descalzos; el uso de sombrero era para el hombre y para las mujeres el chal, de preferencia negro y largo.

Nada cambiaba de aquellos campesinos de su pueblo, pensaba Doroteo Arango cuando traficaba ganado robado por esta frontera hasta Marfa; los pobres seguían siendo pobres, el mundo parecía pertenecer a los hacendados; él mismo se identificaba con los proletarios, considerándoles hermanitos de raza: pasaba hasta dos días sin dormir y en algunas ocasiones llegó hasta la troje de Manuel Arenivas Marrufo en Tierras Nuevas, y medio dormitaba; le tenía confianza a esa familia, no sabían a qué hora se había ausentado ni para dónde salía; en sus despistes se perdía.

José Doroteo Arango, con un buen caballo, una buena montura y un 30-30, devoraba leguas de camino viviendo al aire libre; se bañaba en los arroyos y se mataba las pulgas de la ropa; era desconfiado al aceptar comer; temía a la oscuridad, traía su tenedor y su cucharita oculta en el grueso cinto fajado; lo usaba hueco; en sus soledades pensaba en Micaela, su madre; en cómo cocinaba lo que había y lo hacía rendir; administraba la casa y las hierbas medicinales; veía su cuerpo flaco, de un güero tostado que a sus 25 años ya había recorrido “mucho mundo”, le seguía gustando la carne fresca y con el tiempo fue propietario de una carnicería en Chihuahua. Por todos lados iba acarreándose fama

de bandido para los ricos, pero benefactor para los desprotegidos y allá, río arriba rumbo a Ciudad Juárez, mencionaban a otro bandido de apellido Rentería, pero no era como Arango, “El Robin Hood mexicano”, dijeron los *gringos*. No era el único, pero sí de los más temidos; había salteadores de caminos, rateros, matones, secuestradores, asesinos a sueldo, transeros y aventureros que, al parecer, ni el tiempo ni la justicia han podido acabar con ellos.

Eran políticas de muy poca conciliación hacia el pueblo; Porfirio Díaz, encaramado en el poder, lo manejaba como negocio o como cuartel, según convenía a sus intereses.

Los banqueros de Chihuahua vivían bajo el amparo de las concesiones, sin rendir tributo ni al público ni al gobierno.

Había demasiados privilegios para los terratenientes y para el clero católico, mismas rémoras que el juarismo había combatido. Pero Díaz se hizo de la vista gorda, el pueblo gozaba de miseria y “paz porfiriana”, los indios medio vestían, los parias y los ilotas trabajan de sol a sol en las haciendas. El sostener a un peón mexicano costaba menos que el de un buen caballo. El hombre percibía cuatro pesos mensuales y siempre estaba endrogado en la tien-

da; las mujeres recibían del trabajo o servicios de la hacienda, un peso mensual; lo demás lo ofrecía el hacendado en ropa, alimento y casa que descontaba del mismo salario. En 1898, el Gobierno de Chihuahua construye la presa Chuvíscar; la agricultura era de corte capitalista, no había crédito rural para las comunidades indígenas ni el campesinado.

En las escuelas no se profundizaba en lo científico, la preocupación la centraban los maestros en clases de urbanidad; es decir, se preocupaban más por los “buenos modales”, que por lecciones de aritmética o física. Y eso sólo en la alta sociedad, porque las clases bajas no tenían acceso a la escuela; prevalecía el analfabetismo.

El piano y la máquina de coser era una manera honesta de la mujer en las altas clases porfirianas; la tertulia era un baile de lujo entre parientes y amigos que disfrutaban de la paz familiar; eran tiempos patriarcales de sumisión total de la mujer hacia el varón; la libertad política y religiosa estaban por los suelos; el gran cacique chihuahuense, Luis Terrazas, en 1889, ganaba entre 500 mil dólares y un millón, tan sólo por la exportación de ganado por las aduanas de Ciudad Juárez y Ojinaga. Para esta última, gestionó la concesión del ferrocarril y telégrafo que servirían a sus intereses; a Villa no lo bajaba

de bandido y pedía al Gobierno federal garantías para sus latifundios. De Madero opinaba que era un personaje de cerebro enfermo; en cambio a Díaz, lo consideraba un Héroe de Paz. En 1903, el tramo ferrocarrilero llegó hasta Estación Trancas.

El Cíbolo Creek Ranch

Pasando el Río Bravo hacia el lado americano en la llamada Misión de los Cíbolos, área que comprendía Presidio, Shafter y Marfa en Texas, los españoles encontraron muchos indígenas con ese nombre tomado de los búfalos que abundaban por ahí; era parte del trayecto desde Chihuahua hacia Presidio del Norte en el Río Grande. En esta ruta, que también llamaron “Ruta del Comanche”, hablaban de un “Río Cíbolo” en el lugar donde después se asentaría la caballería americana *Fort Davis*; pero mucho antes, los viejos misioneros españoles habían ubicado este lugar en sus viajes desde El Paso, Tx., localizándolo en un mapa. Fue Melitón Faver, el ganadero, que en 1857 se estableció en un área de 25 000 acres para convertirse en un próspero negociante, trabajando en esas montañas del Chinati o Chanate, como aún se le nombra, junto a

las reses. Faver criaba a los búfalos, pavos, mulas, burros, venados e incluso camellos y águilas de la región; llegó a aumentar su propiedad hasta medio millón de acres, abarcando algunos cañones como el actual Observatorio McDonald hasta el bordo del Río Bravo. Muchos ojinaguenses cruzaban a ese lugar para trabajar o cazar los leones del lugar, así como coyotes, zorras, jabalíes, venados, osos, pumas, entre otros, para Melitón y los mexicanos que negociaban con las pieles y la carne. A ese Faver se le considera un pionero desde 1850, que llegó a tener enfrentamientos con apaches hostiles que continuamente merodeaban su famoso *Ranch Cibollo Creek*; de ahí la necesidad de llamar a más gente para salvaguardar su ganado. Abundaba el agua en manantiales y un gran “ojo”. Las lluvias caían constantemente por las tardes, mientras Faver acostumbraba pasear con dos o tres rancheros por los arroyos y cañones, donde fácilmente localizaba artefactos líticos y de madera de indios asentados ahí en campamentos; construyó corrales, edificó una muralla con grandes casas-habitación, un fortín de la Ciénega, una estructura fuerte de adobe para protección de cualquier ataque y, con el tiempo, tropas de la guerra civil americana acamparon ahí, quedando agradecido el mismo presidente con Faver, al recibir estos informes.

Para el año 1880 llegó a tener 20 000 cabezas de ganado; decidió hacer las paces con los indios e intercambiar con ellos armas o brandy que sacaban del durazno, siendo del agrado de estos y permitiéndole el traslado de su ganado hasta El Paso.

Con el tiempo, la gente lo llamaba “Don Melitón”. Fue un angloamericano llegado aquí con nombre español y se dice que fue un extraordinario individuo alto, blanco y de barbas largas que hizo su propiedad al estilo de un viejo fuerte español; y mientras en Presidio florecían los campos agrícolas, en el Cíbolo la prosperidad de la ganadería iba en aumento, lo que favoreció en mucho a familias de Ojinaga y la frontera en una época donde el trámite migratorio no era tan riguroso. Los grandes hacendados de Chihuahua llegaron a tener contacto con Faver, e incluso el mismo Terrazas Fuentes aprendió mucho de las técnicas ganaderas de los americanos.

Llegaba el otoño, la estación preferida de las gavillas apaches para sus correrías, mismas que se movían de un lugar a otro con ganado escogido y robado de los ranchos y haciendas, mientras se prevenían del invierno paleando las temporadas de crisis alimenticia. Los apaches se convertían en los mayores depredadores de la economía de la fami-

lia Faver, donde abundaban los cuernos largos, los búfalos y el oso negro en el Ojo Grande del Cíbolo.

Toda esta enorme propiedad quedó abandonada después de la muerte de Melitón Faver, el 23 de diciembre de 1889. Su esposa Francisca tuvo que vender la propiedad y de nueva cuenta quedó en el abandono. Afortunadamente, en 1987 fueron empleados 44 meses de restauración adquirida primeramente por la *Gulf Coast of Texas* y ocupando obreros de Presidio y Ojinaga. Algunos de ellos descubrieron en las viejas construcciones vecinas de Shafter, una piedra inscrita que decía lo siguiente: “Año de 1807, Eliseo Luna”.

Encontraron también cuevas de indios con las paredes ahumadas, piedras labradas, pinturas rupestres y en lo alto de una montaña se descubrió un sitio que pudo haber sido un cementerio. La fertilidad de este lugar sugiere que desde remotas épocas fue poblado.

En septiembre de 1990 empezó la reconstrucción de otras áreas o secciones del rancho, que fueron llamadas “La Morita”, “La Ciénega”, “El Ojo Grande”, “El Fortín”, etcétera. Como nueva inversión vendrían después otras aún más costosas.

El 10 de junio de 1883, la caballería del ejército

norteamericano abandonó este lugar, El Fortín del Cíbolo o *Faver's Ranch*, después de que don Melitón les facilitara alojamiento, caballerizas y provisiones para el movimiento de la tropa hasta la Junta, como aún se le nombraba a la Villa de Ojinaga. Eran volantas que vigilaban sus nuevos puntos fronterizos; el correo, los ataques indios y la persecución de bandoleros y abigeos. Era notorio cuando la caballería se alejaba; los indios aparecían por estos contornos y se habla de descubrimientos de plata cerca del Cíbolo, un antiguo camino trazado.

Desde el periodo colonial español, donde se creía que abundaban los metales preciosos, el señor Juan Spencer, un inmigrante de la guerra en México, encontró yacimientos de plata en “El Chinatis”, en 1880, y tratando de potencializar el comercio de metales hacia México, llegaron inversionistas al área del *Big Bend*, mismos que aceleraron la producción en el mineral de Shafter, cinco millas al sur de “El Fortín”, lo que trajo un auge en la minería que provocó la contratación de tres mil mineros, naciendo un poblado más en Texas, que hoy es un pueblo fantasma. Junto con Melitón Faver, los inversionistas atrajeron el *Southern Pacific Railroad* hasta Marfa, trazando las primeras vías y embarcando el metal de Shafter hacia allá en carretones

jalados hasta con seis pares de mulas y más. Esta prosperidad que redituó hasta veinte millones de plata en Shafter, acabó en 1931, siendo hasta 1942 cuando pequeños mineros trataron de reactivar esa explotación, pero no pasó a mayores.

Gran parte del pueblo fue desmantelado para material de guerra y, curiosamente, don Melitón no formó parte de los venturosos mineros, aunque algunas de sus parcelas en esa zona fueron transferidas a la Iglesia Católica por su hijo Juan. El poblado siguió habitándose socialmente hasta la Segunda Guerra Mundial y hoy, unos cuantos descendientes habitan las viejas tapias de Shafter. Aquella prosperidad minera le atrajo a la ganadería y agricultura mucha demanda, ya que una cabeza de res que costaba tres dólares, se elevó hasta diez.

En la historia de este lugar encontramos que el 5 de junio de 1581, Francisco Sánchez Chamusca salió de Santa Bárbara como colono explorador español, llegando a la Junta de los Ríos y entrando a la Ciénega del Fortín. Ellos fueron atraídos a estos lugares por los reportes de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca que arribó por aquí en 1535 y reportó esto como lugar fértil para la ganadería.

Otros aventureros españoles también llegaban en su paso hacia Santa Fe del Nuevo México, como Espejo, en 1583; Mendoza, en 1683; José de Ydoiaga y Fermín Bidaurri, en 1748. Un dato interesante es el viaje que realizó Juan Antonio Trasviña y Retes en 1715, del que incluso se tiene el dato de su llegada al Cíbolo Creek en 1714, por lo que suponemos que el fundador de la ciudad actual de Ojinaga tuvo tiempo de darse una vuelta hacia ese lugar que sólo dista doce millas; el otro dato encontrado es que en esa Misión española de los Cíbolos estuvo fray Gregorio Osorio, quien fue uno de los encargados de levantar el Acta de Fundación de Ojinaga, el 2 de junio de 1715, lo cual indica el intercambio social, cultural, comercial y religioso-militar que ya existía entre la Junta de los Ríos y el Cíbolo Creek de Melitón Faver, y en la actualidad de John Poindexter, reconstructor de las viejas fortificaciones cercanas a Marfa, Tx.

Los artificios de la política

Desde los salones espaciosos del Palacio Nacional, salían miles de marrullerías que iban acentuando al dictador en su “paz porfiriana”, mientras en el populacho se gestaban inconformidades hacia el régimen; los tarahumaras se rebelan en Tomochi, y las injusticias en el campo de la minería provocan cada vez más la rabia de los obreros; la guerra de muerte, a través de los cantos guerreros de los apaches vuelven a oírse en las serranías y las planicies. La Junta (Ojinaga) sigue siendo un punto de reunión estratégico, y ante las correrías de esos nómadas que parecen no darse por vencidos, la política del general Díaz era perseguirlos y acabarlos; trasladar a los Mayos a Valle Nacional, para servicio de las hermosas haciendas yucatecas y oaxaqueñas, y las crónicas de la época nos hablan de un escenario que pronto se teñiría de sangre por la provocación sistemática del gobierno de Díaz, provocador de la escuela del garrote, del chicote, el cuchillo y la horca.

La epopeya estaba por iniciar en Chihuahua, estado norteño que tenía mayor número de hacendados con peones encasillados que encarnan lo más

inhumano del trato hacia un ser explotado y analfabeta, de donde brotaba un sentimiento profundo de rebeldía.

Las gavillas seguían atacando las haciendas y robando ganado; decían que una revolución se aproximaba y acabaría con la tienda de raya, las jornadas de doce horas, las deudas heredadas, los bajos salarios, el analfabetismo, el robo de las tierras, etcétera.

El catolicismo romano era la institución religiosa que vivía holgadamente durante el régimen, y a pesar de la expedición de las Leyes de Reforma, el clero se las arreglaba para continuar reuniendo los mayores caudales posibles a través de varias fuentes recaudatorias de dinero: las limosnas, los derechos parroquiales y el diezmo que cobraban con verdadero despotismo sobre el producto obtenido. Todo ello ponía a las corporaciones religiosas muy por encima de aquel dominio que tenían como propietarios de haciendas e inmuebles.

Manejaron en buena parte la riqueza amortizada durante el porfiriato que, abierta o soterradamente, se sumaba a los “legados voluntarios” y las herencias.

Es aún un filón que el clero aplica explotando el

miedo que se tiene a la muerte y la abnegación de la viuda, que en su angustia se desprende fácilmente de la fortuna por salvar a su familiar de las llamas. Según la consigna de la Iglesia, los capitales se invierten en prestanombres que de la noche a la mañana aparecen como grandes empresarios y dueños de negocios y propiedades.

Porfirio Díaz y los científicos no ocultaban el temor a perder su autoridad, y el clero resultó un aliado perfecto para influir en las conciencias de los explotados; los maestros eran supervisados por la Iglesia, al igual que los textos, los programas, etcétera, por el temor a que los niños fueran a “extraviar su formación” con textos heterodoxos que hacían peligrar la fe católica.

En el estado de Chihuahua, en 1895, un director de escuela ganaba de cincuenta a cien pesos mensuales, y los maestros de las comunidades rurales —donde había— sólo veinte o treinta pesos. A la antigua Ojinaga no llegaban aún las escuelas del régimen porfiriano, que sólo hacían cuentas alegres del censo escolar para justificarse ante otros gobiernos. La realidad rayaba en el desconocimiento del alfabeto, y en muchos estados ni siquiera se hablaba el español por los niños, donde eso sí, las reglas de crueldad se practicaban, porque según los pro-

fesores, estaban obligados a imponer su autoridad a varazos, haciendo al niño llenarse de conocimientos acumulados de ideas y mucha memorización: “Total, la letra con sangre entra”. Este agotador y desencajado método creaba deserción y traumas, aunque el conocimiento llegaba más por miedo o aprendizaje de memoria. Esta idea se fue gestando en la escuela pública para que abarcara otras técnicas de aprendizaje más acorde con el molde francés que con la realidad nacional, hasta que vino Justo Sierra a suavizar la educación en el porfiriato.



Continuará....

Colorín, casi colorado

Toda esta área comarcana de la Junta tuvo poblados y lugares donde originalmente los Conchos dejaron su imborrable huella. Sin embargo, no sólo aquí encontramos “la cultura de la conchería”, estos eran los mismos de San Antonio, Tx., de la región de Casas Grandes, Jiménez, Camargo, Parral, parte de la Sierra Tarahumara, etcétera.

Respetando los archivos y boletines consultados de algunos ayuntamientos de Chihuahua, podemos afirmar que este pueblo seminómada fue muy adelantado para su época; incluso hay evidencias de pequeñas industrias de cobijas y sarapes, así como telares burdos de algodón; luego su comercio hacia otras poblaciones los hizo un grupo fuerte en los negocios y hubo apertura de nuevas tierras para el cultivo. Fueron –pues– sus caseríos los más poblados; fabricaron alfarería, aprovechando el barro de los ríos, y desde aquí, Ojinaga fue moldeando sus costumbres y vivencias que fueron acoplándose “en el fortuito cambiar de los tiempos” hasta nuestros días. Los Conchos pertenecían a grupos de habla yutoazteca y agricultura incipiente.

El legado del pasado nos compromete con el presente a los habitantes que pugnamos por un mayor progreso, aun cuando las administraciones municipales den unos pasos *pa'delante* y otros para atrás. El legado histórico de este municipio y lugares aledaños es tan enorme, que creo que al término de estos apuntes me he quedado corto.

Puedo asegurar que las generaciones venideras ampliarán el panorama histórico con mucha mayor visión e investigación que el caso requiere, dado el avance tecnológico y la exigencia cada vez mayor de los contenidos históricos de la materia.

Confieso que lo más difícil de esta obra fue cómo terminar, porque cuando me propongo escribir algo, sólo Dios y yo sabemos cuándo poner punto final; pero al final, sólo Él lo sabe.

garpa

Ojinaga, Chihuahua

16 de febrero de 2016

Bibliografía

Almada, Francisco R. (Profesor). *Monografía de Ojinaga.*

Apuntes e investigación del Autor.

Archivos Municipales de Riva Palacio, Satevó, Jiménez, Parral y Chihuahua.

Chaparro Félix, Vinicio. *El otro lado de la luna.*

Correo del Norte, Edición especial, julio 2009. Parral, Chih.

De Obregón, Baltazar. *Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España.*

Estavillo Lozoya, Horacio (licenciado). *Apuntes históricos.*

Gobierno del Estado. *Chihuahua; Imagen y Destino.*

Jaurrieta, José Ma. *Con Villa; Memorias de campaña.*

Jordán, Fernando. *Crónica de un país bárbaro.*

León Moorhead, Max. *El Presidio.*

Lister, Florence C. y Robert H. Lister. *Chihuahua; Almacén de Tempestades.*

Mendoza M., Víctor M. (Ingeniero). *Pueblo Viejo.*

Mateos, Juan A. *Hidalgo; sacerdote y caudillo.*

- Márquez Terrazas, Zacarías.** *Terrazas y su siglo.*
- Nichols, Peter and Belia Nichols.** *Archaeology,*
- Ontiveros, Francisco de P.** *Toribio Ortega.*
- Ortega Mata, Armando.** *Prensa Libre.*
- Pantoja, Víctor. (Profesor).** *Biblioteca y Archivo personal.*
- Poindexter, John B. (Ph. D.).** *The Cibolo Creek Ranch.*
Presidio. Country, Tx.
- Taibo II, Paco Ignacio.** *Pancho Villa.*
- Texas, Historical Commission.** *Los años indígenas.*
- Valadés, José C.** *El Porfiriato.*
- Womack Jr., John.** *Zapata y la Revolución Mexicana.*
- W.W. New Comb.** *The Indian of Texas.*

Testimonios orales y traducción de agradecimiento:
Brenda Olivas Carrasco, señora Delfina Nieto, Roberto
García, Carlos Colomo, José Galindo Aranda, Armando
Valenzuela Colomo, Antonio Vázquez García, Carlos y
Luis Armendáriz Spencer, Manuel Arenivas Marrufo,
Manuel Rosales Villa, José y Eduardo García Mendoza y
René Franco Aguilar.



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024